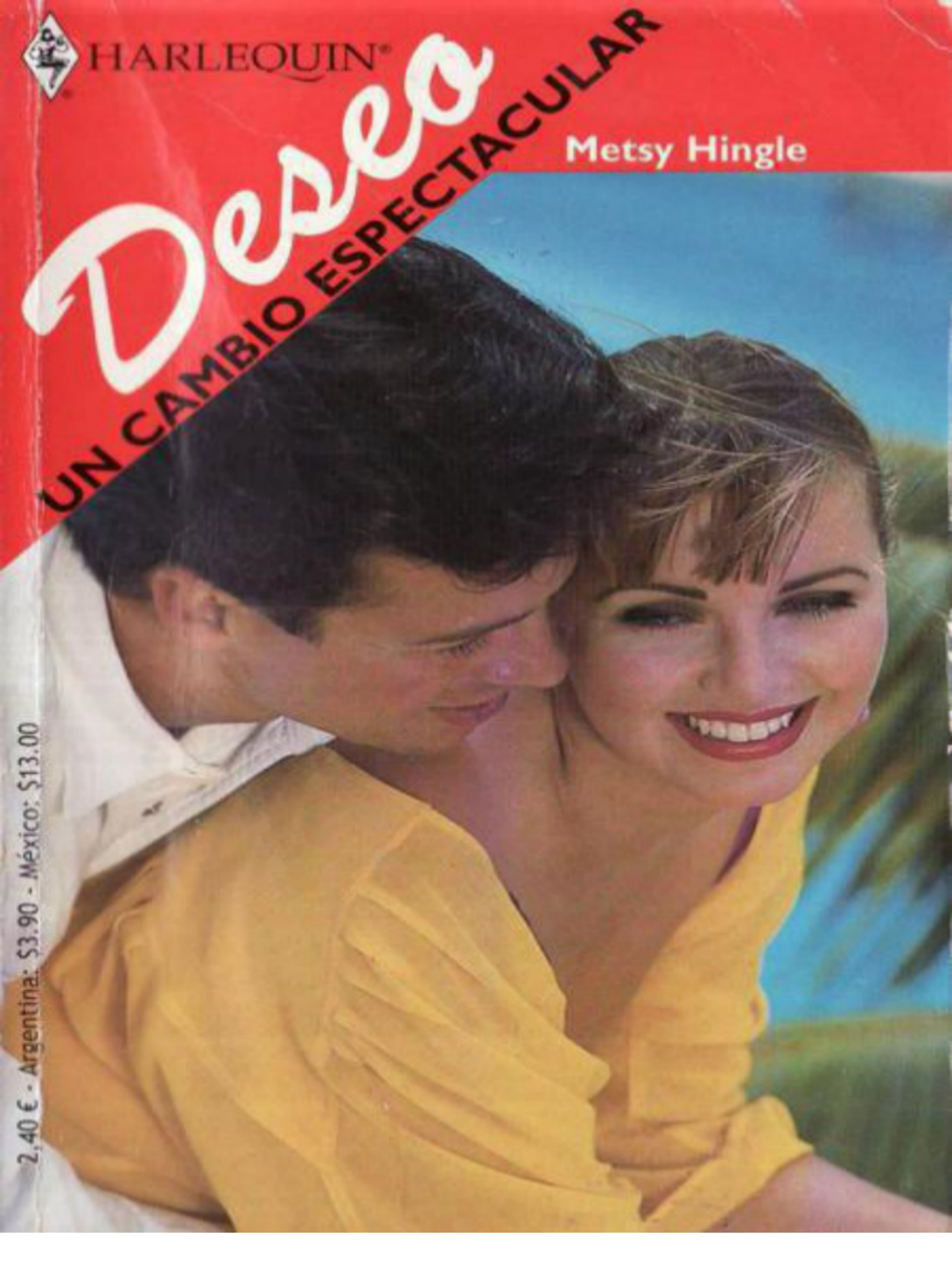


HARLEQUIN
Deseo
UN CAMBIO ESPECTACULAR
Metsy Hingle
2,40 € - Argentina: $3.90 - México: $13.00

Un cambio espectacular

Metsy Hingle

Un Cambio Espectacular (2002)
Título Original: Navy Seal dad
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1153
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Pete McKenna y Rachel Grant
Argumento:

El teniente Pete McKenna había vuelto herido a Nueva Orleans después de que una peligrosa misión hubiera estado a punto de acabar con su adorada carrera para siempre. Pero había otra razón por la que Mac había regresado, y su nombre era Rachel Grant.

Rachel no había podido olvidar el breve pero apasionado romance que había tenido con «Mac» MacKenna. Después de dos años sin verlo, su mera presencia seguía haciendo que le flaquearan las piernas y, a pesar de que él aseguraba que deseaba que le diera una segunda oportunidad, Rachel tenía miedo de que se volviera a marchar… ¡Especialmente cuando se enterara del secreto que ella escondía!

Capítulo 1

¡Había vuelto!

El corazón de Rachel Grant latió con violencia contra su pecho mientras miraba la espalda del hombre alto y moreno vestido de marino que se hallaba ante la puerta de la sala de descanso de las enfermeras. Apenas capaz de respirar, se quedó paralizada fuera de la habitación en la que estaba a punto de entrar. Alzó la mirada hasta los anchos hombros cubiertos por la chaqueta militar de color azul marino y se fijó en la onda que hacía su pelo negro en su nuca.

¡Dios santo! ¡Era Mac!

Pero no podía ser Mac, razonó mientras trataba de controlar los latidos de su corazón. Lo último que había oído de «Mac» MacKenna era que estaba a mil millas de distancia, en un país lejano, ejerciendo su profesión de marino. Además, aunque hubiera regresado a los Estados Unidos, no habría ido a New Orleans. ¿Para qué? Dos años atrás había dejado bien claro que no encajaba con sus planes mantener una relación a largo plazo con ella. Sintió una punzada de dolor al recordar hasta qué punto había hecho el tonto por Mac McKenna. Afortunadamente, su orgullo había acabado por prevalecer. Era lo único que le había impedido no hacer aún más el tonto y rogarle que no la apartara de su vida.

Al oír la campanilla del ascensor, Rachel movió la cabeza y apartó sus pensamientos del pasado. Aquel hombre no podía ser se dijo con firmeza. Claro que no. Había sido el uniforme y su pelo moreno lo que la habían confundido. Eso y los nervios con los que estaba luchando desde que Alex había empezado a lanzar indirectas sobre el matrimonio. Era lógico que la idea del matrimonio la hiciera pensar en Mac. Después de todo, aún no había pasado mucho tiempo desde la época en que esperaba que le pidiera que se casara con él.

Presionó una mano contra su pecho, odiando el hecho de que, incluso después de más de dos años, aún le doliera que Mac la hubiera rechazado. Irritada consigo misma, frunció el ceño. Tenía cosas más importantes que hacer que recordar su fracasada relación con Mac McKenna, se recordó. Su trabajo, por ejemplo, que incluía tranquilizar a la señora Goldblum sobre su operación de vesícula. Tomó de la puerta el sujetapapeles en que se encontraba el gráfico del paciente y echó un vistazo a las notas del doctor.

—Estoy buscando a una de sus enfermeras, Rachel Grant. Me han dicho que podría encontrarla aquí.

Rachel volvió a quedarse sin aliento al oír aquella voz profunda y grave. Volvió la cabeza de nuevo hacia el oficial. ¡No! No podía ser Mac. No después de tanto tiempo.

—Debe estar con algún paciente. ¿Puedo hacer algo por usted?

—¿Entonces sigue trabajando aquí?

¡Dios santo! ¡Era Mac!

De pronto, como si hubiera sentido la presencia de Rachel, el marino se volvió.

—¡Rachel!

Ella sintió que la sangre abandonaba sus mejillas al ver su rostro… el rostro que tanto tiempo la había perseguido después de que él se fuera. Demasiado anonadada para moverse o decir nada, Rachel se limitó a mirarlo. No había cambiado. El ridículo pensamiento pasó por su cabeza mientras él se acercaba. La misma mandíbula fuerte y tenaz, los mismos pómulos altos, la misma boca carnosa y sexy que tanto solía afectarla cada vez que sonreía como lo estaba haciendo en aquellos momentos.

—No puedo creer que te haya encontrado, Rach —dijo él a la vez que deslizaba su mirada sobre ella como un felino en busca de su siguiente comida. Atrapada en la intensidad de sus ojos azules, Rachel no se dio cuenta de que la había alcanzado hasta que se vio atrapada entre sus brazos—. Me alegro tanto de volver a verte… Tienes un aspecto maravilloso.

—Tú… también —replicó Rachel, sin saber qué decir, y antes de darse cuenta de sus intenciones, Mac fundió sus labios con los de ella. Cálidos. Delicados. Hambrientos. Familiares.

Su sabor y su aroma, la sensación de su cuerpo presionado contra el de ella, resonaron en un lugar profundo, frío y vacío del interior de Rachel, un lugar que había enterrado bajo un mar de lágrimas y dolor. El sonido del sujetapapeles al caer al suelo de baldosas resonó como un trueno a oídos de Rachel, que dio un paso atrás.

—El gráfico… —murmuró. Aturdida, se agachó para recoger el informe del paciente con dedos temblorosos. Mientras lo hacía trató de controlar las emociones que se habían desbordado en su interior.

—Deja que te ayude —ofreció Mac, y le dedicó una de sus sonrisas, cosa que no ayudó precisamente a que ella se recuperara.

Cuando él se arrodilló y empezó a recoger los papeles, Rachel se levantó. Al fin, los sonidos del hospital lograron penetrar sus sentidos. Miró hacia la sala de las enfermeras y estuvo a punto de gemir al ver las especulativas miradas que les estaban lanzando.

—Toma —dijo Mac, y le entregó los papeles y el sujetapapeles.

Rachel los tomó con rapidez.

—Gracias.

—De nada —dijo Mac y, como si hubiera sentido la incomodidad de Rachel, la sonrisa que curvaba sus labios se esfumó—. He dicho en serio lo que he dicho. No sabes cuánto me alegra volver a verte. Y es cierto que tienes un aspecto estupendo. Mejor que estupendo. Estás aún más guapa de lo que recordaba.

—Veo que ya ha encontrado a la señorita Grant —dijo la joven

enfermera que hablaba hacía unos momentos con Mac.

Él se volvió hacia ella y sonrió.

—Sí, señorita. Desde luego que la he encontrado. Gracias por su ayuda.

La enfermera le dedicó una sonrisa radiante.

—Aquí me tiene para lo que quiera.

Rachel tuvo que reprimir una inesperada y repentina punzada de celos. No tenía derecho a estar celosa, se dijo. No tenía ningún derecho sobre Mac. Nunca lo había tenido. Ni siquiera mientras estaban juntos había sido realmente suyo. El hecho de que ella hubiera cometido el error de enamorarse de él no había sido problema de Mac, sino de ella y solo de ella. Lo mismo que el inesperado resultado de su breve relación había sido solo para ella. Su corazón latió más deprisa al pensar en el pequeño P.J. y en cuánto había cambiado su vida.

¡P.J.!

Un repentino pánico se apoderó de ella al preguntarse qué efecto podría tener la repentina aparición de Mac sobre sus vidas.

—Lo recordaré, Kimberley —dijo Mac a la vez que leía la etiqueta que la enfermera llevaba sujeta a su uniforme—. Y gracias de nuevo.

—De nada, teniente —replicó la joven y, tras asentir brevemente en dirección a Rachel, entró en la sala de las enfermeras, donde estaba sonando un teléfono.

¿Teniente? Rachel se fijo en las barras doradas del uniforme de Mac.

—No me había dado cuenta de que habías ascendido.

Él se encogió de hombros.

—Ascendí hace un par de meses.

—Felicidades, Mac.

—Gracias.

—Me alegro por ti —dijo Rachel, y era cierto.

Sabía cuánto significaba para Mac su profesión. Lo descubrió cuando él le dijo que se iba y que no sabía cuándo volvería, si llegaba a hacerlo. Aunque apenas le había dado información sobre sus actividades en la marina, Rachel sabía que las misiones en las que intervenían no carecían de peligro y riesgo. Además, Mac fue brutalmente sincero con ella la última vez que se vieron. Le dijo que no lo esperara, porque no podía ofrecerle lo que ella merecía, un compromiso, una familia, un futuro. Lo cierto era que Mac no quería compartir aquellas cosas con ella. Al menos, no lo suficiente como para intentarlo. Para él era cuestión de elegir; o la marina, o ella. Y había elegido la marina.

—Te he echado de menos, Rach —dijo, y su mirada se oscureció.

Aquello hizo recordar a Rachel el modo en que Mac la miró la

primera vez que hicieron el amor… como si ella fuera lo único que le importaba en el mundo.

Mac alzó una mano y le acaricio la mejilla como lo había hecho innumerables veces mientras estaban juntos. Los recuerdos se agolparon en un instante en la mente de Rachel. Parecía que había sido ayer cuando había estado desnuda entre sus brazos, cuando su corazón se había visto colmado de amor y de sueños. Pero Mac no buscaba su amor, tuvo que recordarse. Él no tenía los mismos sueños.

Molesta por el hecho de que aquel recuerdo aún tuviera ese efecto sobre ella, dio un paso atrás.

—Lo siento —dijo Mac, y dejó caer la mano—. Supongo que no debería haberme presentado aquí sin avisar. Pero ni siquiera estaba seguro de que iba a viajar a New Orleans hasta que me he visto en el avión. Y cuando he llegado solo podía pensar en que tenía que verte y en cómo encontrarte.

Claro que había querido volver a verla. ¿Por qué no? A fin de cuentas, la última vez que había estado por allí ella había sido una compañera de juegos muy complaciente.

El dolor y la amargura dejaron un desagradable sabor en la garganta de Rachel.

—Como verás, estoy bastante bien.

—Eso ya lo veo —dijo Mac, y sus ojos brillaron de forma apreciable—. Traté de localizarte ayer por la tarde, cuando llegué, pero tu antiguo número de teléfono estaba desconectado. Luego fui a tu apartamento y me dijeron que te habías trasladado. Entonces fue cuando decidí venir al hospital para ver si seguías trabajando aquí —sonrió—. Es una suerte que no hayas cambiado de trabajo.

—Ya me conoces, Mac. Sigo siendo tan predecible como siempre. Probablemente siga aquí dentro de veinte años, y la próxima vez que vayas a pasar —replicó Rachel, incapaz de contener la ironía de su tono.

Mac entrecerró los ojos.

—No pretendía criticarte. Siempre he admirado tu dedicación al trabajo. Fue una de las cosas que me atrajo de ti… el hecho de que siempre hubieras sabido que querías ser enfermera, como yo sabía que quería ser marino. Es una de las cosas que tenemos en común.

Rachel no pudo evitar una punzada de dolor al pensar en cuánto más tenían en común de lo que él creía. Sin embargo, la idea de hablarle de P.J. le produjo un pánico inmediato.

—Me ha alegrado mucho verte de nuevo, Mac, pero tengo que volver al trabajo.

—Un momento —dijo él a la vez que le bloqueaba el paso—. No sé qué he dicho para molestarte pero, sea lo que sea, te pido disculpas.

—Bien. Y ahora, si me disculpas… —Rachel fue a pasar junto a él

por segunda vez, pero Mac volvió a impedírselo—. Ya te he dicho que tengo que seguir trabajando.

—Tómate un descanso.

—No quiero tomarme un descanso.

—Tómatelo de todos modos. Quiero hablar contigo.

—Disculpa, pero no creo que estuvieras pensando precisamente en hablar cuando has venido a buscarme —incluso mientras decía aquello Rachel sabía que no estaba siendo justa. Después de todo, ¿por qué no iba a pensar Mac que no quería retomar su relación después de lo dispuesta que se mostró a llevárselo a la cama la última vez que estuvo allí?

—No tengo ningún problema en hacer esto delante de todo el mundo —la mirada de Mac se volvió fría como el acero—. O terminamos esta conversación aquí mismo, donde todo el mundo puede oírnos, o podemos hacerlo en algún lugar más privado. Tú decides.

Rachel comprendió que hablaba en serio.

—Solo tengo unos minutos —dijo, y lo condujo a la sala de descanso que, por fortuna, estaba vacía—. De acuerdo, Mac —se volvió hacia él—. Ya estamos solos. ¿Por qué no me explicas qué haces aquí?

Él la miró a los ojos.

—Estoy aquí porque quería… no, porque necesitaba verte —contestó, con una seriedad que no encajaba en lo más mínimo con el hombre que recordaba Rachel.

Durante las cuatro semanas que pasaron juntos, Mac había reído y la había amado con una audacia y un descaro que la dejaban sin aliento. La había hecho sentirse atrevida, excitante y sexy, no como Rachel Grant, la aburrida hija del reverendo, que siempre seguía las reglas. Había roto todas las normas que le habían enseñado y en las que creía referentes al sexo prematrimonial y la necesidad de amor y compromiso. Y las había roto sin arrepentirse, sin vergüenza. Hasta que Mac le dijo que se iba, que no podía haber futuro para ellos.

La expresión de Mac se suavizó.

—Cuando he dicho que te he echado de menos estaba hablando en serio.

Aquellas palabras fueron como cuchillos atravesando el corazón de Rachel, pues revivieron viejos sentimientos, viejos sueños, viejos dolores.

—¿Qué se supone que debo decir a eso, Mac?

—Esperaba que tú también me hubieras echado de menos.

»Echar de menos» no describía lo que sintió Rachel cuando Mac se fue. Se sintió perdida. Sola. Muerta por dentro. Hasta que se enteró de que existía P.J. Descubrir que estaba embarazada de Mac fue lo que la

mantuvo durante los primeros meses. Y ahora Mac estaba de vuelta en Nueva Orleans y había decidido ir a verla.

—Supongo que no puedo culparte por no creerme, pero es la verdad. Nunca te he olvidado, Rachel.

—¿De verdad? ¿Y es por eso por lo que no he tenido noticias tuyas en dos años? Ni una llamada, ni una carta. Ni siquiera una postal diciendo que estabas vivo.

—Nunca te di esperanzas, Rachel.

—No, no lo hiciste —admitió ella—. Cuando te fuiste dejaste claro que todo había acabado entre nosotros. No debería haberme sorprendido no tener noticias de ti. Pero me sorprendió —«y me dolió», añadió para sí.

—Rachel —Mac pronunció su nombre con gran suavidad a la vez que alzaba una mano para acariciarle el rostro.

Ella se volvió para que no viera el dolor que reflejaban sus ojos.

—Tendrás que disculparme si tu afirmación de que me has echado de menos me parece demasiado conveniente.

—¿Conveniente? —repitió Mac, desconcertado—. ¿De qué me estás acusando?

Habiendo recuperado parte del control sobre sus emociones, Rachel se volvió a mirarlo de nuevo.

—No te estoy acusando de nada. Solo estoy diciendo que después de todo ese tiempo sin saber nada de ti, vuelves a New Orleans y decides buscarme para decirme cuánto me has echado de menos.

—Es cierto.

—¿Lo es? ¿O te ha parecido una buena frase para volver a meterte en mi cama? Después de todo, la última vez que estuviste en la ciudad fui bastante complaciente —Rachel fue incapaz de ocultar la amargura que reflejaba el tono de su voz—. Así que supongo que debo comprender que puedas haber pensado que estaría dispuesta a retomar las cosas donde las habíamos dejado. Y tal vez lo haría si…

—No sigas —Mac pronunció aquellas palabras con suavidad, pero no había duda de la acerada fuerza que había tras su tono—. Jamás te utilicé, Rachel. No te rebajes a ti misma, ni a mí, pretendiendo que lo hice.

La verdad de aquellas palabras avergonzó a Rachel.

—Tienes razón, por supuesto. Nunca me utilizaste, Mac. No necesitaste hacerlo. Yo me ofrecí a que lo hicieras.

—Rachel…

Al ver que Mac volvía a alzar la mano, Rachel dio un paso atrás.

—Tendrás que perdonarme, pero que tu amante te diga que lo olvides y que te busques a un tipo agradable del que enamorarte, alguien con un trabajo seguro de nueve a cinco, hace que cualquier mujer se sienta una estúpida —antes de continuar alzó levemente la

barbilla—. Pero ahora soy mucho más lista que antes, Mac. Lo que nos lleva de nuevo a mi pregunta. ¿Por qué estás aquí?

—Porque no he seguido mi propio consejo.

Rachel frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no he podido olvidarte, que no he sido capaz de hacerlo… por mucho que me he empeñado en ello.

Rachel parpadeó, sorprendida tanto por la respuesta de Mac como por la oscura intensidad con que la había dado. Las emociones se arremolinaron en su interior como una tormenta. Placer. Esperanza. Temor. Pero fue este último el que triunfó. Ya no era una mujer inocente que podía perder la cabeza por un atractivo marino. Era una madre soltera con responsabilidades, y no podía permitirse juegos emocionales con hombres como Mac McKenna.

—Es cierto. No ha habido un solo día en los dos últimos años en que no haya pensado en ti.

Conmovida, Raquel aferró el sujetapapeles como si fuera un escudo.

—¿Por qué haces esto? —preguntó, queriendo creerlo, pero temiendo hacerlo—. ¿Qué quieres?

—A ti —contestó Mac—. Te quiero a ti.

Rachel cerró los ojos para controlar de nuevo sus emociones. Afortunadamente, en aquel momento requirieron su presencia en la sala de urgencias a través de los altavoces.

—Tengo que irme —dijo, y se encaminó de inmediato hacia la puerta. Necesitaba tiempo para pensar, para decidir qué iba a hacer. Lo último que quería era crearse falsas esperanzas a causa de las palabras de Mac.

—¿A qué hora sales? —preguntó él mientras la seguía.

—A las cuatro.

—Pasaré a recogerte.

—¡No! —en tono menos enfático, Rachel añadió—: Tengo… planes.

Aquello no le hizo gracia a Mac. Lo notó por su forma de entrecerrar los ojos.

—De acuerdo. Entonces, ¿cuándo?

—Esta noche —dijo Rachel, con la esperanza de que Chloe pudiera quedarse unas horas extra con P.J.

Mac la siguió al interior del ascensor.

—¿A qué hora?

—A las siete. ¿Te parece bien en el Irene? —Rachel se arrepintió de inmediato de haber sugerido el restaurante que solían frecuentar como pareja.

—Me parece bien. ¿Te recojo a las seis y media?

Las puertas del ascensor se abrieron.

—Nos veremos en el restaurante —dijo Rachel, y salió rápidamente, antes de que Mac pudiera poner alguna objeción.

No iba a presentarse, reconoció Mac a las ocho y media de la tarde. Terminó su vaso de vino e hizo una seña al camarero.

—¿Otro vaso mientras espera a su dama, teniente?

—No, gracias, Sergio —replicó Mac, aún sorprendido por el hecho de que el camarero aún lo recordara.

—En ese caso, me permitirá que le traiga algún aperitivo.

—Le agradezco la oferta, pero solo quiero la cuenta, gracias.

—Pero sus planes para cenar…

—Han sido cancelados. No parece que la dama vaya a venir.

—Ah, es una lástima —dijo el viejo camarero a la vez que dejaba la nota sobre la mesa—. Lo siento.

—Sí, yo también —tras una rápida mirada a la nota, Mac dejó dinero suficiente para pagar los dos vinos que había tomado y para una generosa propina.

—Gracias, teniente —murmuró Sergio mientras tomaba el platillo —. Espero que cuando usted y su dama vengan por aquí pregunten por Sergio.

—Desde luego —contestó Mac.

«Pero no cuente con ello», añadió en silencio, pues no tenía muchas esperanzas de cenar con Rachel en Irene ni en ningún otro restaurante. Tomó su sombrero y se encaminó a la salida. Incluso aunque no hubiera estropeado por completo las cosas presentándose de forma inesperada en el hospital aquella mañana, las posibilidades de que Rachel quisiera compartir con él una taza de café eran muy escasas. Aunque no lo había echado directamente, tampoco podía decirse que lo hubiera recibido con los brazos abiertos. Su sugerencia sobre el motivo por el que había ido a verla no había dejado de reconcomerle todo el día. ¿Era así como lo recordaba? ¿Cómo una especie de semental que se había limitado a utilizarla? Le asqueaba que Rachel pudiera pensar algo así. Si lo consideraba tan insensible, lo más probable era que solo hubiera aceptado reunirse con él para quitárselo de encima.

Pero no podía culparla, pensó mientras salía al fresco aire de la noche. Si lo que alguna vez sintió por él había sido sustituido por resentimiento, suponía que se lo merecía. Y probablemente mucho más. Decir que no había manejado bien las cosas dos años atrás era un eufemismo. Había metido la pata hasta el cuello, reconoció. Lo cierto era que no había querido dejar a Rachel, y darse cuenta de ello lo había asustado.

Caminó rápidamente contra el fresco aire de la noche para quemar parte de la inquietud que lo atosigaba… una inquietud que había empezado mucho antes de que la explosión de una mina perjudicara su capacidad auditiva, y que no había hecho más que empeorar desde que estaba de baja médica. Pero mientras caminaba por las estrechas calles del barrio francés, sus pensamientos no dejaban de volver a la última ocasión en que caminó por aquellas calles. Entonces hacia calor. Calor y humedad como solo podía hacerlos en septiembre en New Orleans. Y estaba con Rachel.

Se contrajo al recordar la expresión del rostro de Rachel cuando le dijo que se iba y que debía olvidarlo. Mientras viviera no olvidaría la imagen de su valiente y trémula sonrisa, de la repentina sombra que cubrió sus ojos. Manejó la situación con la delicadeza de un toro en una tienda de porcelana.

El que estuviera asustado por lo importante que había llegado a ser Rachel para él, y por las consecuencias que pudieran tener aquellos sentimientos, no excusaba sus acciones.

Y tampoco excusaba el que le hubiera hecho daño a ella. Y sospechaba que le había hecho mucho daño, a pesar de que no hubo lágrimas, ni acusaciones, ni ruegos. Pero él supo de todos modos que le había hecho daño. Había visto el dolor en aquellos tristes ojos grises cuando le dijo que lo mejor que podían hacer era romper. Había percibido el dolor en la voz de Rachel cuando le dijo que lo comprendía. Y había saboreado su dolor cuando lo despidió con un beso y le deseó que le fuera bien.

Y allí estaba ahora, casi dos años después, para pedirle…

«¿Para pedirle qué, McKenna? ¿Que te de una segunda oportunidad?».

En realidad no sabía lo que quería pedirle. Ni siquiera sabía cuánto quería decirle. Tal vez era mejor que Rachel no hubiera acudido a la cita. Probablemente habría hecho el estúpido si hubiera ido. Como miembro del cuerpo especial de la marina no habría podido ofrecerle un futuro a Rachel. Y de ningún modo le habría pedido que se comprometiera sabiendo que la naturaleza de su trabajo implicaba la posibilidad de no salir vivo de alguna misión. Había aprendido de primera mano el daño que podía causar aquella clase de egoísmo. Pero ahora…

¿Ahora qué, McKenna? ¿Qué clase de futuro podrías ofrecerle ahora? ¿Por qué iba a conformarse Rachel con una mercancía dañada? Ni siquiera lo querían ya en el cuerpo especial de la marina.

La rabia afloró de nuevo en él al recordar la conversación que había mantenido con su superior tres días atrás.

—Lo siento, Mac, pero sabes tan bien como yo que un marino de los cuerpos especiales tiene que estar en plena forma. La pérdida de

audición, aunque solo sea de un oído… —el capitán Mike se pasó una mano por el pelo y miró a Mac a los ojos—. Lo siento de veras, muchacho, pero no puedo arriesgar la seguridad del resto del equipo.

Al escuchar aquello Mac se sintió como si acabara de pasarle un tanque por encima. Daba lo mismo que llevara dos meses esperando a que lo separaran del equipo, desde que la explosión mermó su capacidad auditiva. Sin embargo, saberlo no hizo que disminuyera el impacto de la noticia.

—Comprendo, capitán.

—Va a estar de baja mucho tiempo. Vaya a New Orleans, hable con los especialistas que tenemos en el hospital de la base. Tengo entendido que se han hecho grandes progresos en ese terreno. Averigüe todo lo que pueda sobre los nuevos procedimientos quirúrgicos y decida si merece la pena someterse a una operación.

—Ya he decidido operarme, señor.

El capitán frunció el ceño.

—Debe informarse bien primero. Sopese todos los riesgos antes de tomar la decisión. Oír el cuarenta por ciento es mejor que no oír nada.

—El cuarenta por ciento no basta para pertenecer a los cuerpos especiales de la marina.

—Ser marino no lo es todo.

—Sí para mí, señor —dijo Mac, y era cierto. Para él ser marino no era una actividad que realizaba. Él «era» marino, y si no no era nadie.

—No debe tomar una decisión precipitada, Mac.

—Lo sé. Lo he pensado mucho, capitán, y voy a someterme a esa operación.

—Haga las averiguaciones necesarias antes. Es una orden. Después, si quiere seguir adelante, allá usted. Pero si yo fuera usted me lo pensaría mucho. Y de paso, tampoco le vendría mal ir a visitar a esa amiga que tiene en New Orleans.

Mac debería haber supuesto que a su capitán no se le habría pasado por alto algo así. Los miembros de su equipo eran como sus hijos.

—Dimos por terminada nuestra relación la última vez que estuve en New Orleans. La cosa no iba demasiado en serio.

El capitán Rossi lo miró pensativamente.

—Es una lástima. Si siguiera con ella, su decisión podría haber variado.

Pero no seguía con ella, se recordó Mac. Sin embargo, allí estaba, porque no había podido permanecer alejado de ella. Lo mismo que no había podido olvidarla en dos años a pesar de todas las misiones y de todas las mujeres que podría haber metido en su cama desde que dejó a Rachel.

Y después de haber vuelto a verla no estaba más cerca de borrarla

de su mente que antes. En todo caso, la quería aún más.

«Y qué piensas hacer al respecto? se preguntó.

Seguía siendo miembro del SEAL, el cuerpo especial más bravo y fiero del ejército de los Estados Unidos. Un SEAL no abandonaba una batalla solo porque las circunstancias parecieran estar en su contra. Un SEAL encontraba la forma de igualar las circunstancias y ganar.

Rachel no lo vio hasta que subió las escaleras y desactivó la alarma de su casa. Agotada tras un día que había empezado con la aparición de Mac en el hospital y que había acabado con un turno doble en la sala de urgencias, había conducido de vuelta a su casa en piloto automático. Al día siguiente se preocuparía por Mac, se había prometido. Al día siguiente decidiría lo que sentía sobre las cosas que le había dicho Y pensaría en un modo de decirle lo de P.J.

Pero en aquellos momentos… en aquellos momentos lo que necesitaba era meterse en la cama a dormir. Estaba buscando las llaves en su bolso cuando un movimiento en el extremo del porche llamó su atención.

Se quedó paralizada. La fatiga de un momento atrás se esfumó como por ensalmo y fue sustituida por una sensación de temor. De pronto se dio cuenta de lo vulnerable que era, allí sola en la oscuridad, iluminada tan solo por la luz que Chloe había dejado encendida en el porche para ella.

Mientras trataba de controlar su pánico recordó el pulverizador de defensa personal que llevaba en el bolso. Con el corazón latiéndole en los oídos, rodeó con la mano el cilindro metálico.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó en un tono sorprendentemente firme, sobre todo teniendo en cuenta que sentía las piernas como gelatina. Alzó el spray como si se tratara de un arma y apuntó hacia la esquina en la que había detectado el movimiento—. Sé que está ahí, así que más vale que salga enseguida.

De pronto, una mano surgió tras ella y la desarmó en un segundo. Al mismo tiempo, otra mano le cubrió la boca y Rachel quedó presionada contra un duro cuerpo masculino.

—Soy yo, Rach.

Con el sabor metálico del miedo en la garganta y el corazón latiendo frenético en su pecho, Rachel no escuchó y se puso a dar patadas a diestro y siniestro—. ¡Para Rach! ¡Para! Soy yo. Soy Mac.

Rachel se quedó quieta.

—¿Mac? —murmuró contra la mano que le cubría la boca.

—Sí —dijo él a la vez que retiraba la mano.

Rachel sintió un inmenso alivio. Era Mac. No un ladrón. Ni un asaltante. Era Mac quien la había asustado de aquel modo.

—Lo siento —añadió él—. No pretendía asustarte.

El alivio dio paso al enfado y Rachel giró sobre sus talones para encararse con él.

—¿Asustarme? ¡Casi me muero del susto! —dijo, furiosa—. ¿Qué haces aquí merodeando en la oscuridad? ¿Y cómo has averiguado dónde vivo?

—No estaba merodeando. Te estaba esperando. Ya que no has acudido al restaurante he venido aquí con la esperanza de que podamos hablar. En cuanto a averiguar donde vives, soy un SEAL, Rach. Encontrarte no ha sido difícil.

El enfado de Rachel comenzó a disiparse.

—Siento… lo de la cena. Pero deberías haber dicho algo de todos modos. Deberías haberme hecho saber que estabas aquí.

—Iba a hacerlo, pero cuando he visto el aspecto de cansada que tenías he decidido que no era un buen momento para hablar. He esperado para asegurarme de que entrabas en la casa sin problemas. Luego iba a llamarte por la mañana para volver a concertar nuestra cita.

—No era una cita —corrigió Rachel—. Era una cena entre… entre conocidos.

Mac resopló.

—Éramos algo más que conocidos.

Rachel decidió ignorar el comentario.

—No he podido acudir al restaurante porque he tenido que quedarme en el hospital. Ha habido un accidente. Un autobús lleno de niños ha sido embestido por detrás por un camión.

—He oído algo. ¿Ha sido grave?

—No, por fortuna. Hemos tenido que dar bastantes puntos, un niño se ha roto el tobillo y ha habido varios esguinces, pero no hay ninguno herido de gravedad —de pronto, estar a solas bajo el porche con Mac recordó a Rachel a otras noches íntimas en que había estado con él, bajo la luz de la luna, charlando plácidamente. Apartó los recuerdos de inmediato y metió las manos en los bolsillos—. Cuando he tenido un momento libre para llamar al restaurante ya te habías ido. No sabía de qué otro modo ponerme en contacto contigo.

—No hay problema —dijo Mac, y deslizó el pulgar por la barbilla de Rachel en un gesto tierno y amoroso… como la mirada que le dedicó.

Pero ella no estaba dispuesta a volver a hacerse aquello a sí misma, y apartó el rostro para evitar la caricia. Pero no antes de captar un destello de emoción en la mirada de Mac. Por un instante, casi creyó que le había hecho daño. Pero lo más probable era que esa mañana hubiera acertado y Mac solo se hubiera molestado en localizarla para pasar el rato mientras estaba en la ciudad. Tragó saliva y se recordó el

error que cometió con aquella relación. Era un error que no tenía intención de repetir.

—De todos modos, siento haberte dejado plantado.

—Deja de disculparte, Rachel. Tú compañera de piso ya me ha explicado que has tenido un turno extra de urgencias.

—¿Mi compañera de piso?

—Chloe.

—¿Has hablado con Chloe?

—Sí. Cuando he venido a averiguar por qué no te habías presentado en el restaurante, ella me ha abierto la puerta y me ha contado lo sucedido.

—Comprendo —murmuró Rachel. Ella había llamado a Chloe para decirle que llegaría aún más tarde de lo que había pensado. Y luego había llamado al restaurante para advertir a Mac.

—Parece una chica muy agradable.

—Lo es —confirmó Rachel.

Chloe Chancellor era agradable. Y también era mucho más que una compañera de piso. Era su amiga. Fue ella quien la consoló las primeras semanas tras la marcha de Mac. Fue Chloe quien insistió en que debía cuidarse cuando descubrió que estaba embarazada. Fue Chloe quien aseguró que odiaba vivir sola en aquella casa grande y antigua y la convenció para que dejara su pequeño apartamento y se trasladara allí para que P.J. tuviera una casa de verdad.

Y había sido Chloe quien había insistido en que estaba perdiendo el tiempo saliendo con Alex. Según ella, que conocía a Alex Jenkins desde que eran pequeños, el buen doctor no le convenía. Y, por supuesto, hacía tiempo que había decidido que Mac era el único hombre al que iba a amar Rachel. Esta esperaba que su amiga estuviera equivocada.

—Es una artista con mucho talento.

—¿Chloe te ha invitado a pasar? —preguntó Rachel, sorprendida.

—Prácticamente me ha obligado a hacerlo cuando le he dicho quién era. El caso es que me he fijado en los dibujos. He tenido la impresión de que le ha sorprendido que me parecieran buenos. Luego ha admitido que eran suyos. Como he dicho, me parece que tiene mucho talento.

—Yo sé que lo tiene —era Chloe quien, a pesar de sus bravuconadas, dudaba de su propio talento.

—Ha aceptado venderme un pequeño óleo para mi madre.

—Parece que os habéis caído bien —dijo Rachel, consternada.

Mac sonrió.

—Creo que el uniforme ha tenido algo que ver con eso. Eso, y el hecho de que parecía saber quién era. Supongo que le has hablado de nosotros.

—Puede que le haya mencionado alguna vez tu nombre de pasada —mintió Rachel. Chloe le había oído hablar muchas veces de él desde que se marchó. Y fue ella la que estuvo a su lado cuando dio a luz al hijo de Mac. Pensar en su hijo hizo que se pusiera aún más nerviosa. Contuvo el aliento y esperó a que Mac mencionara a P.J.

La sonrisa desapareció de los labios de Mac.

—En ese caso, supongo que he tenido suerte de que no me diera con la puerta en las narices.

—¿Por qué iba a haber hecho eso?

—Vamos, Rach Teniendo en cuenta lo mal que manejé las cosas antes de irme, no creo que tuvieras muchas cosas buenas que decirle de mí.

Rachel lo miró a los ojos.

—En eso te equivocas, Mac —por mucho que hubiera sufrido tras su marcha, siempre le estaría agradecida por haberle dado a P.J.

—Rach —Mac pronunció su nombre como un rezo a la vez que la tomaba cor delicadeza por los hombros—. Si supieras cuántas veces…

Las luces se encendieron en el interior de la casa y una adormecida Chloe se asomó un instante después a la puerta con cara de sueño.

—¿Tenéis intención de pillar una neumonía a propósito? Ahí fuera hace un frío que pela.

—Lo siento. No pretendía despertarte —dijo Mac.

—No has sido tú. Ha sido el pequeño monstruo.

Rachel se quedó paralizada al oír las palabras de su amiga, y Mac frunció el ceño.

—Será mejor que entre —dijo, con la esperanza de que Mac no pusiera objeciones—. Hablaremos mañana.

Mac siguió mirando a Chloe.

—¿El pequeño monstruo? —repitió.

—P.J. —dijo Chloe, y bostezó.

—¿P.J.?

Justo en aquel momento P.J. pegó un grito que podría haber despertado a un muerto. Y, como Rachel temía, un segundo después apareció junto a la puerta con los bracitos extendidos.

—Mamá —dijo, una de las pocas palabras de su limitado vocabulario que cualquiera podía entender.

—¿Tienes un hijo? —preguntó Mac a Chloe.

Viendo que no tenía sentido posponer la verdad, Rachel tomó a P.J. en brazos y se volvió hacia él.

—No es hijo de Chloe, Mac. Es hijo mío.

Capítulo 2

—¿Tuyo? —repitió Mac sin ocultar su sorpresa.

Rachel alzó la barbilla.

—Sí. Mío.

Aún aturdido por el descubrimiento, Mac miró al niño moreno que Rachel sostenía en brazos, luego a ella y otra vez al niño. Al verse mirando unos ojos idénticos a los suyos, comprendió que era hijo de Rachel y suyo.

Tenía un hijo. ¡Un hijo!

Un hijo del que no sabía nada.

De pronto, al darse cuenta de la realidad de la situación, la sorpresa dio paso al enfado.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó, tenso. Al ver que Rachel permanecía en silencio, insistió—. ¿Cuántos años tiene, Rachel?

—Tiene dieciocho meses —dijo Chloe, que se ganó una mirada de pocos amigos de su amiga.

Mac no necesitaba ser un mago de las matemáticas para deducir que Rachel estaba embarazada de cuatro semanas cuando él se fue de Nueva Orleans. ¿Sabía que estaba embarazada y habría decidido no decírselo? ¿O lo había averiguado después y había decidido que él no merecía saber que iba a ser padre?

Ambas posibilidades le dejaron un desagradable sabor de boca. Hizo lo posible por controlar las emociones que se habían desatado en su interior y dijo:

—Lo que significa que yo soy el padre.

—Por supuesto que eres el padre —dijo Chloe a la vez que se acercaba a Rachel y apoyaba una mano protectora sobre su hombro—. Lo único que necesitas es mirar a P.J. para saberlo. ¿O necesitas alguna prueba?

Rachel gimió.

—No, no necesito ninguna prueba. Es mi hijo —dijo Mac, y retó a Rachel con la mirada para que lo negara.

Pero ella no lo hizo. Se limitó a abrazar a su hijo.

—Abajo —dijo el niño.

—No, P.J. Es hora de…

—¿Puedo? —Mac alargó los brazos hacia ella. Al ver que Rachel dudaba, añadió—: No te preocupes que no se me va a caer. Tengo un par de sobrinos. Tendré cuidado.

Rachel no dijo nada. Se limitó a entregarle al niño.

Mac logró hablar a pesar del nudo que se le hizo en la garganta.

—Hola, muchachote —contemplo la versión reducida de sí mismo y reconoció la fuerte mandíbula de los McKenna. Sin embargo, la nariz era de Rachel. Y la boca. Pero no había duda de que era un McKenna. Su hijo. Su hijo, repitió en silencio, maravillado. Cuando el

niño alargó una mano hacia la gorra que Mac sostenía en la mano, este se la dio—. Eres un niño muy fuerte, ¿verdad?

—También es muy testarudo —dijo Rachel—. No, no P.J —añadió, y rescató la gorra antes de que el pequeño empezara a morderla.

—¿De dónde vienen las iniciales P.J.?

—Peter James.

Mac miró a Rachel, sorprendido.

—¿Le pusiste mi nombre?

—En realidad le puse el nombre de nuestros padres. Recordé que me habías dicho que te llamabas Peter, como tu padre. Y mi padre se llama James. No planeaba ponerle un mote, pero las iniciales parecen encajar con él a la perfección.

En el caso de Mac sucedía lo mismo. A pesar de que se llamaba Peter, siempre lo habían llamado Mac.

—Es algo parecido a lo que me pasa a mí —dijo, y notó que P.J. estaba mirando sus medallas—. Puedes tocarlas si quieres —lo animó, y fue recompensado con una sonrisa que le llegó a lo más hondo.

—Puede que eso no sea buena idea. Esta en la época en que se lleva todo a la boca… —empezó Rachel, pero P.J. ya estaba tratando de degustar una de las medallas—. No, no, P.J. Eso no se come.

—Tu mamá tiene razón, amigo. Confía en mí. Es mucho mejor mirarlas que comérselas —cuando fue a devolver al niño a Rachel, P.J. se aferró a una de las medallas y empezó a llorar.

—Vamos, cariño —lo arrulló su madre.

Las lágrimas del niño hicieron que Mac se planteara arrancarse la parte de la camisa en la que tenía las medallas para dársela.

—¿Por qué no…?

Rachel lo silenció con una mirada y luego retiró los deditos de P.J. de la medalla.

—Ya está, ya está. Tranquilo, ángel mío.

—¿Por qué no me lo llevo dentro y le doy algo de comer? —sugirió Chloe—. Estoy segura de que tendréis mucho de qué hablar.

—Gracias, Chloe —dijo Rachel, y entregó al lloroso niño a su amiga.

—Vamos, cariño. ¿Qué te parece? A tu tía Chloe le apetecen unas galletas. Quieres ayudarla a encontrarlas?

—¿Lleta? —repitió P.J.

—Eso es —dijo Chloe, y desapareció con él en el interior de la casa.

El corazón de Mac aún se estaba recuperando del impacto que le habían producido las lágrimas del niño.

—Estará bien, Mac. Es un bebé, y los bebés lloran.

—Sí, lo sé. Pero estaba llorando con tanto sentimiento…

—Eso es porque las lágrimas funcionan muy bien. Tiene mucho

carácter y no le gusta que le digan que no. Desafortunadamente, yo no uso esa palabra todo lo que debería. Y tampoco Chloe.

—Es fácil comprender por qué os camela tan fácilmente, P.J. es un niño muy mono.

—Lo mismo pienso yo.

«Y es mi hijo», pensó Mac. Suyo y de Rachel. La realidad del hecho volvió a impactarle.

Y a asustarlo.

También lo enfureció darse cuenta de que se había perdido el primer año y medio de la vida de su hijo. Miró a Rachel. Era obvio que estaba cansada. Incluso en la penumbra reinante podía distinguir sus ojeras. Verla tan agotada aumentó su frustración, pues comprendió que durante todo aquel tiempo había tenido que mantener al niño y a sí misma sin contar con su ayuda.

—¿Por qué no me dijiste nada, Rachel? ¿No pensabas que merecía saberlo?

—Por supuesto que sí. Y quise decírtelo. Debí sentarme unas cien veces a escribirte, pero no sabía dónde estabas.

—Podrías haberme localizado a través de Delta Tema Six.

—Lo sé. E iba a hacerlo…

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Porque no sabía cómo decírtelo —el tono de Rachel reflejó parte de su tensión y cansancio. Un repentino golpe de aire frío la hizo estremecerse.

Mac se colocó de inmediato ante ella para protegerla.

—Estás temblando. Tal vez deberíamos pasar a…

—No —replicó ella de inmediato—. Estoy bien. En serio. Preferiría que… habláramos aquí.

A pesar de que Mac podía comprender que Rachel no quisiera que entrara en su casa después de cómo habían acabado las cosas entre ellos, su rechazo le dolió. Y, aunque estuviera deseando hacerle un montón de preguntas, era evidente que estaba agotada.

—Tal vez deberías descansar. Puedo volver mañana.

—No —espetó Rachel—. Prefiero responder ahora a tus preguntas.

Mac dudó un momento.

—En ese caso, será mejor que te sientes antes de que te desmayes —señaló el anticuado asiento balancín en que había estado sentado esperándola—. Estás exhausta.

—Solo cansada. Ha sido un día largo.

Mac notó cómo evitaba tocarlo. Dos años atrás habrían empezado a besarse y abrazarse aun antes de que la puerta se cerrara. Su deseo mutuo era ardiente, insaciable…

—Supongo que estarás preguntándote cómo pudo pasar esto —empezó Rachel, sin mirarlo.

—Si por «esto» te refieres a tu embarazo, creo que tengo bastante claro cómo «pasó». Estaba allí, ¿recuerdas? Y no he olvidado nada de la época que pasamos juntos.

—Me refería al hecho de que siempre utilizábamos protección.

—Solo hay un método garantizado para no que darse embarazada: la abstinencia. Y nosotros no nos dedicamos precisamente a practicarla —«más bien al contrario», pensó Mac. Durante el mes que estuvieron juntos hicieron el amor innumerables veces, y en ningún momento llegaron a saciarse. Y hubo una tarde especialmente tórrida en que su mutuo deseo creció junto con la temperatura del día, que acabó desembocando en una poderosa tormenta.

—Fue aquella tarde del temporal, ¿verdad? El que causó un corte de suministro eléctrico en la ciudad.

Como si hubiera sucedido el día anterior, las imágenes se precipitaron en la mente de Mac…

—Lo del hielo ha sido una buena idea —había dicho a Rachel mientras caminaban perezosamente por la acera bajo un sol implacable. Oleadas de calor surgían del pavimento y Mac lamió el helado de chocolate y crema que estaba tomando.

Giraron para tomar la calle en que estaba el apartamento de Rachel y esta gimió al recibir una bocanada de aire caliente.

—Apenas puedo respirar —protestó—. ¿Por qué no pareces tan achicharrado como yo?

Mac rió.

—Es gracias al entrenamiento de un SEAL, querida —contestó, y tiró el recipiente vacío de su helado a una papelera—. Uno no llega a saber lo que es el verdadero calor hasta que no pasa una semana tostándose en el desierto.

—Aceptaré tu palabra al respecto —dijo Rachel con ironía, y a continuación tomó un trozo de hielo y empezó a pasárselo por el cuello y la clavícula.

A Mac se le secó la boca al ver el agua deslizándose por su garganta hasta llegar a la abertura del cuello abierto de su recatado uniforme y perderse entre sus pechos. A pesar de que apenas habían pasado dos horas desde que habían hecho el amor, cuando Rachel había vuelto del trabajo, su cuerpo reaccionó al instante.

Ella notó que la estaba mirando.

—Mac —lo reprendió con voz ronca, y presionó la taza de cartón que contenía los hielos contra su pecho.

Él tomó la taza de su mano y deslizó un dedo entre los pechos de Rachel. El deseo lo recorrió como un misil al ver que a ella se le ponía carne de gallina. Tiró la taza a una papelera.

—Vamos —la tomó de la mano y corrieron por la acera hasta el apartamento de Rachel.

Y aunque un observador podría haber atribuido su loca carrera a que la tormenta que se había estado formando a causa del bochorno estaba a punto de desatarse, ellos sabían que su urgencia no tenía nada que ver con el tiempo y todo con su ardiente y mutuo deseo.

Apenas se había cerrado la puerta del apartamento cuando ya estaban el uno en brazos del otro. Los besos dieron paso a frenéticas caricias y unos momentos después estaban semidesnudos en el vestíbulo.

Mac aún tuvo el control necesario para ponerse un preservativo, y allí mismo, contra la puerta de entrada, con los truenos estallando en sus oídos y la lluvia golpeando con fuerza contra el tejado, Rachel lo rodeó con ambas piernas por la cintura y él la penetró de un solo empujón.

Ella tembló cuando él empezó a moverse en su interior más y más deprisa. Y cuando alcanzó el primer clímax se estremeció entre sus brazos y susurró:

—Te quiero, Mac. Te quiero.

Una intensa emoción embargó a Mac al oír aquello, y justo cuando alcanzó su liberación y llegó con Rachel a la cima del deseo… el preservativo se rompió.

Rachel sintió que se ruborizaba. Recordaba con toda claridad la tarde a la que se había referido Mac. Aún tenía dificultades para reconciliar la persona que sabía que era con el comportamiento que tuvo durante aquel verano con Mac. De algún modo, enamorarse de él hizo que dejara de ser la tímida y conservadora hija de un pastor baptista para transformarse en una mujer descocada y libertina. Una mujer que no había tenido ningún reparo en hacer el amor de pie contra la puerta de su apartamento. Una mirada al rostro de Mac le bastó para darse cuenta de que él estaba recordando lo mismo.

—Cuando el preservativo se rompió. Fue esa vez cuando te quedaste embarazada, ¿no?

—Probablemente —Rachel apartó la mirada, pues aún le dolía el recuerdo. Amaba a Mac y había creído tontamente que él no le habría hecho el amor si no hubiera sentido lo mismo. Pero la experiencia le había demostrado que estaba equivocada—. Por la fecha en que nació P.J., debió ser entonces.

—El día en que vine a despedirme… —empezó a decir Mac, y se interrumpió como si le costara continuar—. ¿Sabías… sabías ya que estabas embarazada?

—No —susurró Rachel, sorprendida por la emoción que reflejaron

los ojos de Mac—. Sabía que se me estaba retrasando la regla, pero eso ya me había sucedido otras veces. No me di cuenta hasta un mes después, cuando empecé a sentirme mareada por las mañanas. Pedí cita con el médico y me lo confirmó.

—No deberías haber pasado por todo eso sola —dijo Mac, serio—. Lo siento.

—No estaba sola. Tenía a Chloe. Ya mis padres. Fueron maravillosos en todo y me ayudaron lo que pudieron.

—Pero ellos no tendrían por qué haberlo hecho. P.J. y tú erais responsabilidad mía —protestó Mac—. Si te hubieras puesto en contacto con mi unidad…

—Ya te he dicho que pensé en ello, pero al final opté por dejarlo. No habrías podido hacer nada.

—Podría haber estado aquí contigo —insistió él.

—¿Cómo? Estabas Dios sabe dónde ejerciendo tu profesión.

—Habría conseguido un permiso, o algo. Habría vuelto para estar contigo. Lo sucedido fue mi responsabilidad, y me gusta cumplir con mis responsabilidades.

—¿Haciendo qué? ¿Ofreciéndote a casarte conmigo?

Mac permaneció un momento en silencio, como sopesando la pregunta.

—Sí —contestó por fin.

Pero a Rachel no se le pasó por alto su momentánea duda. Y estuvo a punto de romperle el corazón. Mac parecía tan valiente, tan fuerte, que no dudó de que hablara en serio. Se habría ofrecido a casarse con ella… por el bien de bebé. Y ese era el motivo por el que no se había puesto en contacto con él. Estaba tan enamorada de él en aquellos momentos que se habría sentido tentada a aceptar su oferta. Y, de haberlo hecho, habría arruinado sus vidas.

—No habría funcionado, Mac.

—Eso no lo sabes.

—Sí lo se. Y tú también. Tú mismo dijiste que en tu vida no había sitio más que para tu profesión. Una mujer y un bebé nunca habrían encajado en tus planes, Mac. Por eso me dijiste que siguiera adelante con mi vida y que te olvidara. Y eso es lo que he hecho. Eso es lo que ambos hemos hecho. Hemos seguido adelante con nuestras vidas.

—Pero eso fue antes de que me enterara de la existencia de P.J.

—P.J. es responsabilidad mía.

—Es mi hijo. Eso también lo convierte en responsabilidad mía.

Rachel empezó a preocuparse al ver la expresión decidida de Mac. ¿Qué iba a hacer si insistía en querer formar parte de la vida de P.J.?

—P.J. es tanto responsabilidad mía como tuya —continuó él—. Siento que hayas tenido que hacer frente a ella por tu cuenta, pero eso va a cambiar. Tengo intención de…

—Para —incapaz de permanecer quieta, Rachel se levantó y fue hasta el extremo del porche.

—¿Rachel?

Ella giró se sorprendió al ver a Mac muy cerca. Siempre había tenido la habilidad de moverse sin hacer ruido. Lo rodeó y volvió a alejarse. Necesitaba cierta distancia para poner en orden sus pensamientos.

—Suponía que te alegraría poder compartir la responsabilidad con alguien. No tiene que haber sido fácil hacer frente a todo por ti sola. Ahora que lo sé…

—Vamos, Mac —Rachel no se molestó en ocultar su exasperación —. Ambos sabemos que el matrimonio y la paternidad nunca estuvieron entre tus planes. Hace dos años me dejaste bien claro que lo más importante para ti es tu profesión, que no hay sitio para nadie ni para nada más en tu vida. Lo único que trato de decirte es que lo comprendo, así que no tienes por qué preocuparte por mí o por P.J. Yo puedo mantenerlo y ocuparme perfectamente de él por mi cuenta.

—En eso te equivocas, querida. No dudo que seas la mejor madre del mundo, pero hay algo que no puedes darle a P.J.

Aunque Rachel sospechaba que sabía a qué se refería, hizo la pregunta de todos modos.

—¿Qué?

—Su padre.

—Si te preocupa que en la vida de P.J. no haya una figura masculina, puedes dejar de preocuparte. Mi padre adora a P.J. Mi madre y él vienen desde Mississippi cada pocas semanas a verlo, y a veces vamos nosotros.

—Me alegra oír eso. Me alegra de verdad. Yo nunca conocí a mis abuelos, y me habría encantado. Creo que es importante para un niño establecer una relación con sus abuelos. Pero no es suficiente.

—Pero…

—Soy el padre de P.J. Tal vez no sea el hombre que habrías elegido como padre, pero ya es un poco tarde para rectificar eso. La tarde que hiciste el amor conmigo en el vestíbulo de tu apartamento y creamos a P.J. te quedaste sin opciones al respecto. Y aunque no me considero precisamente un premio, P.J. es mi hijo y tengo intención de ser un padre para él. Un verdadero padre… no simplemente el hombre que te dejó embarazada.

Rachel iba a replicar cuando se abrió la puerta de la casa y Chloe asomó la cabeza.

—Siento interrumpir, pero P.J. está empeñado en no dormirse hasta que su madre vaya a darle un beso a él y a su osito.

Rachel asintió.

—Lo siento, Mac, pero tengo que irme —dijo, y aunque sabía que

solo estaba posponiendo las cosas, se alegró de tener una excusa para dar por zanjada aquella conversación. De lo contrario, tal vez habría hecho alguna tontería… como permitirse pensar que Mac tenía razón.

Pero no la tenía, por supuesto. Aunque él no lo supiera, ella sí.

—¿Qué importa que pase contigo a despedirme de él?

El anhelo que manifestaron los ojos azules de Mac fue tan intenso que Rachel sintió que su voluntad se debilitaba por un momento. Entonces pensó en P.J. y en lo difícil que sería para él tener a Mac de repente en su vida para luego volver a ver cómo desaparecía.

—No creo que sea buena idea.

—¡Rachel! —siseó Chloe desde la puerta, escandalizada.

—Es tarde —dijo Rachel, ignorando a su amiga—. Si P.J. vuelve a verte ahora se despejará y será mucho más difícil conseguir que se duerma —explicó, y era cierto, pero ello no impidió que sintiera una punzada de culpabilidad al ver la expresión dolida de Mac.

—Comprendo —murmuró él.

—Tengo que… irme —dijo ella, y se sintió como una auténtica bruja—. Adiós, Mac.

—Adiós no, Rachel. Buenas noches —Mac inclinó la cabeza en dirección a Chloe—. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo, teniente. Y vuelve por aquí.

Rachel taladró a su amiga con la mirada, pero la pelirroja se limitó a ignorarla. Mac hizo lo mismo.

—Desde luego —dijo, y sonrió—. Volveré. Puedes contar con ello.

Capítulo 3

Mac llamó por segunda vez al timbre de la casa de Rachel. Esta ya había eludido sus llamadas el tiempo suficiente. ¿Acaso creía que con evitarlo desaparecería y olvidaría el hecho de que tenía un hijo?

Un hijo.

Mac se pasó una mano por el rostro. A pesar de que ya habían pasado unos días desde que se había enterado, aún lo conmocionaba pensar en ello. Probablemente porque nunca había planeado convertirse en padre, lo mismo que nunca había planeado casarse. Había desechado aquellas dos opciones hacía tiempo, decidido a evitar el tormento llamado amor. Después de todo, ya había visto lo que el amor podía hacer a la gente… incluso a gente buena como sus padres.

A los seis años ya era consciente de la tristeza de su madre cada vez que su padre tenía que salir a alguna misión. Cuando regresaba volvía a alegrarse… hasta que se iba de nuevo. Solía oír llorar a su madre por las noches, cuando creía que nadie la oía. Y cuando su padre no volvió de la última misión a la que acudió, su madre perdió la alegría para siempre. Se quedó viuda antes de cumplir cuarenta, con tres hijos a los que criar sola. A diferencia de sus hermanos, Mac había disputado al menos diez años de su padre. Sus hermanos apenas recordaban al capitán.

Finalmente había comprendido lo egoísta que fue la decisión de su padre de seguir siendo un SEAL. Pero aquello no impidió que él siguiera empeñado en llegar a pertenecer al cuerpo especial de la marina. Ni siquiera la muerte de su padre lo hizo cambiar en su empeño. Pero también decidió que nunca sería tan egoísta como su padre. Él nunca sometería a una mujer a la clase de sufrimiento que había visto padecer a su madre cada vez que su padre se ausentaba. Y no tenía ninguna intención de dejar que sus hijos crecieran sin padre, como les había sucedido a sus hermanos.

Era posible que algunos miembros de los SEAL sintieran que podían tener ambas cosa pero, tal y como él lo veía, había demasiados riesgos, demasiadas posibilidades de que las cosas pudieran ir mal. Era un riesgo que había decidido no correr y había mantenido con firmeza su decisión.

Hasta que había vuelto a New Orleans.

Entonces todo había cambiado. Quisiera o no, se había convertido en padre, lo que significaba que tenía una responsabilidad. Hacia P.J. y hacia Rachel. De ningún modo pensaba evadir aquellas responsabilidades. Lo había dejado todo resuelto en su mente la noche que se enteró de la existencia de P.J. Se casarían y formarían una familia. Lo cierto era que la idea le gustaba bastante. De casarse con alguien, no tenía ninguna duda de que habría elegido como esposa a Rachel. Ella había sido una mujer muy especial en su vida, y en lo

referente al sexo no tenía ninguna duda de que estaban hechos el uno para el otro.

Y en cuanto a P.J., solo anhelaba convertirse en un buen padre para él. Lo enseñaría a montar en bicicleta, a nadar, a jugar al béisbol, le explicaría los misterios de las chicas… Porque tenía intención de hacer lo que su padre fue incapaz de hacer por él: renunciar a su puesto en los SEAL.

A pesar del fresco aire de la mañana, el mero hecho de pensar en dejar los SEAL hizo que su frente se cubriera de sudor. Pero tampoco tenía muchas opciones, se recordó. Incluso sin la sorpresa de P.J., había muchas posibilidades de que tuviera que renunciar.

Su visita del día anterior al médico y los cirujanos del hospital de la marina había confirmado prácticamente todo lo que ya le habían dicho. Si la operación tenía éxito recuperaría toda su capacidad auditiva, si no, corría el riesgo de que disminuyera. Pero en aquellos momentos aquello carecía de importancia, ya que no tenía intención de seguir siendo un SEAL… no teniendo un hijo y, con un poco de suerte, una esposa.

Era la parte de la esposa la que iba a resultar complicada, admitió Mac, y volvió a llamar al timbre. Rachel no había parecido muy entusiasmada con la idea de casarse la noche que la había visto. Y lo cierto era que a él también le había pillado de sorpresa. Pero después de pensar detenidamente en ello, sabía que era lo que debían hacer. Rachel también comprendería que debían ofrecerle a P.J. un verdadero hogar con ambos padres. Lo que no sabía era qué sentiría por él una vez que mencionara su problema auditivo. La marina no lo quería a menos que estuviera en perfecto estado. ¿Sucedería lo mismo con Rachel?

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y la cerró en torno a la cajita que contenía el anillo de compromiso. «Lo primero es lo primero», se dijo. Y lo primero que debía hacer era convencer a Rachel de que debían casarse. Después se ocuparía del resto. Con aquel pensamiento en mente, llamó de nuevo al timbre.

—Ya voy, va voy —dijo una voz de mujer desde algún lugar del interior de la casa.

Mac no supo distinguir si se trataba de Rachel.

Unos momentos después abría la puerta una adormecida Chloe vestida con una bata llena de chillonas flores rosas.

—Dios santo, Mac, ¿qué haces aquí en plena noche?

—Yo… en realidad ya es por la mañana —con testó él, y de pronto comprendió que tal vez no había sido tan buena idea presentarse al amanecer en casa de Rachel para proponerle matrimonio.

—Pero no puede ser.

—Lo siento, pero me temo que sí.

—¿Estás seguro?

Chloe parecía tan sinceramente decepcionada que Mac lamentó no poder decirle otra cosa.

—Totalmente.

Chloe miró hacia el cielo y parpadeó.

—Supongo que me estás diciendo que ese pequeño rayo de luz que trata de atravesar esas nubes oscuras es el sol, ¿no?

—Exacto.

Chloe gimió y se apoyó contra la puerta.

—¿Qué hora es?

—Las seis y cinco.

—¡Las seis y cinco! ¿De la mañana?

Mac asintió y tuvo que reprimir una sonrisa al ver la expresión horrorizada de Chloe.

—No es de extrañar que me sienta como si acabara de pasarme un tanque por encima. Solo he dormido tres horas.

—Lo siento. No pretendía despertarte —dijo Mac, a punto de abofetearse por no haber pensado que en su afán por arrinconar a Rachel iba a molestar a Chloe.

—Olvídalo —dijo ella mientras reprimía un bostezo—. Rachel siempre me está riñendo porque soy una dormilona y me pierdo la mejor parte del día, así que voy a aprovechar para experimentar.

—Si pudieras…

—Pasa —interrumpió Chloe—. Voy a poner una cafetera.

—Gracias, pero no quiero molestarte —dijo Mac. Lo único que quiero es hablar con Rachel.

—No es ninguna molestia. Aún no he tomado café, y si voy a intentar disfrutar de estas horas de la mañana, más vale que lo tome —un golpe de viento recorrió el porche—. Ahí fuera hace frío y ni siquiera llevas una chaqueta. Será mejor que pases antes de que pilles una neumonía o algo parecido.

—Estoy bien, en serio. Si pudieras avisar…

—Oh, vamos —sin pensárselo dos veces, Chloe lo tomó de la manga y tiró de él hacia el interior.

Mac suspiró y se dejó llevar hasta la cocina. Allí permaneció en silencio mientras Chloe preparaba el café y servía dos tazas. Entregó una a Mac y señaló la leche y el azúcar que estaban sobre la mesa. Cuando él negó con la cabeza, ella procedió a servirse cinco cucharadas de azúcar en su taza. Tras remover la mezcla, se llevó la taza a los labios, cerró los ojos y dio un largo trago.

Mac la observó, fascinado, temiendo que se atragantara. En lugar de ello, Chloe abrió los ojos y suspiró.

—Después de todo, creo que viviré —murmuró, y le dedicó una sonrisa. A continuación ocupó una silla ante la mesa y palmeó la que

estaba a su lado—. Y ahora siéntate y cuéntame qué haces aquí a unas horas tan intempestivas de la mañana.

—Necesito ver a Rachel.

—Ah, así que por fin te has hartado de que te evite, ¿no?

Mac sintió que se ruborizaba. De manera que no se había equivocado. Rachel había estado evitándolo tanto allí como en el hospital.

—Te agradecería que le dijeras que estoy aquí.

—Lo haría encantada… si Rachel estuviera aquí. Pero no está.

Mac comprendía que Chloe quisiera proteger a su amiga, pero no tenía intención de irse hasta que viera a Rachel.

—Sé que Rachel es tu amiga y aprecio que quieras protegerla, pero te aseguro que no pretendo molestarla. Solo quiero hablar con ella.

—Si estuviera aquí te lo diría. Pero no está.

Cada vez más frustrado, Mac dejó su taza sobre la mesa y se levantó.

—Resulta que sé que aún no se ha ido al trabajo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo sabes, teniente? —preguntó Chloe, divertida.

—Llevó aparcado ahí fuera desde las cuatro de la mañana y Rachel no ha salido todavía de la casa.

—Tienes razón. No ha salido. Pero no lo ha hecho porque no está aquí. Ha ido a pasar el fin de semana con sus padres.

—¿Y qué hace su coche aparcado ante la casa? —preguntó Mac, que aún no estaba convencido.

—Se ha llevado el mío porque el otro día tuvo un pinchazo y aún no había tenido tiempo de ir a reparar la rueda. Yendo con el niño no podía arriesgarse a sufrir un pinchazo sin rueda de recambio, así que le ofrecí mi coche.

Mac se sintió como si de pronto lo hubieran dejado sin aire y volvió a sentarse.

—Se ha ido para librarse de mí, ¿verdad?

—Creo que quería pasar unos días alejada de aquí para poder pensar con calma —dijo Chloe con suavidad—. Lo pasó muy mal cuando te fuiste hace dos años. De no ser por P.J., no se cómo habría salido adelante.

—Yo no sabía lo del bebé —dijo Mac.

—Lo sé. Yo quise que te lo contara, le dije que debería hacerlo, pero Rachel decidió que era mejor no hacerlo. Creo que se había convencido de que todo había acabado entre vosotros y que contarte lo de su embarazo solo complicaría las cosas para ambos. Entonces te presentaste aquí de pronto y… creo que se ha sentido muy conmocionada al verte.

—No era lo que pretendía —dijo Mac—. Pero lo cierto es que… no

lograba olvidarla. Deseaba tanto verla… Y cuando vine aquí hace unas noches y me enteré de la existencia de P.J.…

Chloe le palmeó la mano.

—Imagino que no era lo que esperabas. Probablemente debí hablarte del niño cuando viniste esa noche a buscar a Rachel. Y lo más seguro es que lo hubiera hecho si hubiera estado despierto. Pero ya que no lo estaba, no me pareció adecuado anunciarte de pronto que eras padre. Pero ahora ya lo sabes.

—Sí, ahora lo sé.

Chloe lo miró atentamente.

—Y ahora que has vuelto a ver a Rachel y te has enterado de la existencia de P.J., ¿qué piensas hacer al respecto?

—Quiero casarme con ella y ser un padre para el niño.

Chloe sonrió abiertamente.

—Sabía que no me había equivocado respecto a ti —se levantó y fue hasta la encimera para rellenar su taza—. Siempre he considerado uno de mis fuertes la habilidad para conocer a la gente tal y como es, y supe desde el principio que eras un buen tipo.

—Yo… gracias —murmuró Mac, y dio un sorbo a su café.

—Y creo que eres justo lo que necesita Rachel, solo que ella aún no se ha dado cuenta —dijo Chloe mientras volvía a sentarse.

—Por eso he venido aquí esta mañana. Para pedirle que se case conmigo.

—Lo suponía. Pero me temo que vas a necesitar algo más que unas palabras bonitas y un anillo para convencerla. De momento está muy cautelosa… y con razón. Sufrió mucho cuando te fuiste.

—Ya me he dado cuenta. Y también estará pensando en el niño.

—Eso es cierto, y yo misma te pegaría un tiro si pensara que fueras a hacerle daño.

—No tengo intención de hacer sufrir a Rachel ni al niño —aseguró Mac.

Chloe asintió.

—Lo sé, pero convencer a Rachel de eso no es tu único problema. Tienes competencia.

Mac entrecerró los ojos.

—Se llama Alex Jenkins —continuó Chloe—. Es médico en el hospital en que trabaja Rachel.

Mac se quedó helado. Dejó la taza sobre la mesa para no estrujarla con su puño.

—¿Hasta qué punto es seria la relación?

—No tanto como a Alex le gustaría —contestó Chloe en un tono claramente irónico.

—No te cae bien.

—Es atractivo, rico y un tipo lo suficientemente majo si te gustan

los de estilo «sangre azul». Pero ni a Rachel le conviene él ni a él ella. No se quieren. No hay chispa entre ellos. Si se casa con Alex, no creo que duren ni un mes —dijo Chloe en tono apasionado—. Cualquier ciego podría ver que no están hechos el uno para el otro, pero no ese idiota de Alex. Tiene una imagen de como cree que debería ser la esposa perfecta y Rachel encaja con ella a la perfección. ¿Y por qué no iba a ser así? Rachel es la dama perfecta; bella, dulce, cálida… Es todo lo que Alex cree querer…

La voz de Chloe se quebró en la última frase, haciendo que Mac saliera de la bruma de celos y pesar en que estaba sumido. Miró a la mujer que estaba sentada ante él. Su pelo corto y negro estaba totalmente revuelto, y en sus ojos marrones brillaban las lágrimas. Fueron estas las que lo asustaron. Nunca había sido capaz de enfrentarse a las lágrimas de una mujer. Lo hacían sentirse, débil, inútil, un fracaso.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, esforzándose por reprimir su propia frustración—. ¿Sabe el tal Alex que estás enamorada de él?

—No estoy… —Chloe tragó saliva y al parecer decidió no negar que Mac tenía razón—. No, no lo sabe. Y como se te ocurra sugerirle algo, te mato.

—Comprendo —dijo Mac, y era cierto. A pesar de su actitud bravucona, Chloe Chancellor era una mujer orgullosa—. ¿Y Rachel? ¿Sabe lo que sientes?

Chloe negó con la cabeza. Luego suspiró.

—Nunca se lo he dicho. Si lo supiera, se que me dejaría el camino libre.

—¿Y es eso lo que quieres?

—No supondría ninguna diferencia. En lo que concierne a Alex, tan solo soy una artista excéntrica. No encajo con su perfil de una esposa. Y no puedo decir que lo culpe. ¿Tú me imaginas como esposa de un médico?

Mac miró la colorida bata de Chloe y sus pies desnudos, con las uñas pintadas de color plata y estrellitas azules. Sonrió.

—Creo que serías una esposa perfecta para un médico. Eres amable, divertida y brillante. Contigo cerca, el médico nunca correría peligro de aburrirse.

Chloe rió. La amenaza de las lágrimas había pasado.

—Gracias, teniente. Necesitaba algo así.

—Siempre a su servicio, señorita.

—De acuerdo. Y ahora, ya basta de mis problemas. Lo que necesitamos es centrarnos en los tuyos, fundamentalmente en cómo convencer a Rachel de que se case contigo. Tal y como lo veo, creo que debemos empezar por hacerle pasar algún tiempo contigo. Hay que hacerle ver que es contigo con quien deben estar P.J. y ella. Y

para lograrlo vamos a tener que utilizar a P.J.

Mac se puso serio.

—No pienso amenazar a Rachel con pedir la custodia del niño para que se case conmigo.

—¿Quién ha dicho nada de amenazar? Estoy hablando de la oportunidad de pasar tiempo con P.J. para obligar a Rachel a estar contigo.

—Parece una buena idea, pero no sé si así vamos a obligar a Rachel a estar conmigo. Todo lo que tiene que hacer es dejarme pasar a recogerlo o llevármelo al hotel.

—Eso si estuvieras viviendo en un hotel —Chloe tomó su taza de café y miró a Mac por encima del borde con una sonrisa traviesa en los labios—. ¿Qué te parecería trasladarte aquí?

Mac parpadeó.

—¿Aquí? ¿Quieres decir que dejarías que me quedara?

—¿Por qué no? Imagino que estarás gastando un buen montón de dólares en el hotel en que te alojas. Esta es una casa grande. Hay dos dormitorios libres. Me parece que alquilarte uno de ellos para que puedas pasar más tiempo con tu hijo es lo más decente que puedo hace ¿no te parece?

—Lo más decente, desde luego —dijo Mac, y sonrió.

—Por supuesto, eso significará que Rachel y tú os encontraréis a menudo. No es fácil vivir en la misma casa sin verse. Pero ya que ambos sois adultos, estoy segura de que os las arregleréis. Así que, ¿qué dices, teniente?

—¿Cuándo puedo trasladarme?

Rachel detuvo el coche frente a la casa y apagó el motor. Qué agradable era volver a casa, pensó mientras se soltaba el cinturón y abría la puerta.

Necesitaba un descanso, admitió. Entre el horario asfixiante del hospital y la aparición de Mac, se había quedado exhausta, tanto física como emocionalmente. Sabía que había sido cobarde por su parte evitar las llamadas de Mac y luego irse de la ciudad como lo había hecho, pero no esperaba que el mero hecho de volver a verlo haría revivir tantas emociones en ella. No quería volver a enamorarse de Mac McKenna. Ya lo había pasado suficientemente mal la última vez que había tenido que recuperarse de aquel mal. Y estaba tan segura de haberlo superado… hasta aquella noche en el porche. Por unos momentos, mientras Mac la sostenía entre sus brazos y la besaba, había sentido que se debilitaba. Casi había creído que aún tenían una posibilidad de salir adelante.

Hasta que recordó la última vez que se creyó aquel cuento de

hadas y el dolor que lo siguió. Por fortuna, en esta ocasión había tenido más sentido común. La visita a sus padres era exactamente lo que necesitaba, y un poco de descanso y tiempo para poner las cosas en perspectiva en lo referente a Mac. Pero por agradable que hubiera sido la estancia en casa de sus padres, también lo era volver a la suya.

Abrió la puerta trasera y sonrió al mirar a su hijo, que se había quedado dormido durante el trayecto de dos horas desde la costa. Era tan dulce, tan encantador… Jamás se arrepentiría de la época que pasó con Mac. ¿Cómo iba a hacerlo si el resultado había sido aquella preciosidad?

—Ya estamos en casa, cariño —susurró, y procedió a desatarlo de la silla. Después se inclinó para tomarlo en brazos y dio un paso atrás para salir del coche.

—¿Necesitas ayuda?

Rachel alzó la cabeza tan rápido que se golpeó contra el borde superior del marco de la puerta.

—¿Rach? Estás bien? —preguntó Mac mientras ella hacía una salida no especialmente elegante del coche.

—Estoy bien —espetó, a pesar de que el golpe le había hecho ver las estrellas—. ¿Qué haces aquí? —preguntó sin alzar la voz, para no despertar al niño.

—Te he visto llegar y he pensado que te vendría bien que te echara una mano. Parece que el pequeño está dormido —dijo Mac mientras cerraba la puerta del coche.

—Ha tenido un día muy ajetreado —replicó Rachel, aún demasiado conmocionada por la presencia de Mac corno para darse cuenta de lo estúpida que sonaba.

—Parece bastante pesado. ¿Por qué no dejas que lo lleve yo dentro?

Antes de que Rachel pudiera poner alguna objeción, Mac tomó al niño en brazos y se encaminó hacia la casa. Ella se apresuró tras él.

—Te he preguntado que qué hacías aquí.

—¿Me abres la puerta, por favor? Chloe no está en casa. Ha tenido que salir un momento. Yo estaba trabajando en la parte trasera.

¿Que estaba trabajando en la parte trasera? Rachel abrió la puerta y siguió a Mac al interior.

—Su cuarto está arriba. Es la segunda…

—Sé cuál es —dijo Mac, y avanzó por la casa con una familiaridad que inquietó de inmediato a Rachel.

Entró antes que él en la habitación del niño para retirar el edredón.

—Es un tipo realmente sólido —murmuró Mac.

«Como su padre», pensó Rachel mientras observaba cómo lo dejaba su padre sobre el colchón.

—¿Le quito los zapatos?

Rachel asintió y contempló cómo hacía lo que había dicho con una delicadeza que nunca dejaba de sorprenderla, dado el tamaño y la profesión de Mac. Mac era un SEAL, y los SEAL eran considerados soldados de élite, lo mejor de lo mejor. Sin embargo, allí estaba, quitando los calcetines a su hijo con aquellas manos letales y sin embargo delicadas como las de un cirujano. Fue esa delicadeza lo primero que lo atrajo de él cuando lo conoció. Llegó a grandes zancadas a la sala de urgencias con unos vaqueros cortados y un bronceado que ya habría querido para sí una estrella de cine. A pesar del corte que tenía en la mano, su única preocupación eran los dos adolescentes que habían sido ingresados unos minutos antes a causa de un accidente mientras practicaban el esquí acuático. Al parecer, el timón de la lancha había sufrido una avería que había hecho que el conductor saliera despedido y la lancha había quedado dando vueltas a toda velocidad en torno a la chica que practicaba el esquí.

Rachel supo de inmediato que Mac había sido el héroe de aquella historia. Según le confirmaron, nadie excepto él se atrevió a saltar al agua para sortear la embarcación y salvar a la chica.

A pesar de sus protestas, aceptó que un médico le diera unos puntos en la mano… pero solo si Rachel aceptaba tomar café con él en su rato de descanso. Ella aceptó, por supuesto. También aceptó cenar aquella noche. Y antes de que llegara el fin de semana estaba colada por él.

—¿Rach?

Rachel miró a Mac, que la contemplaba con expresión expectante.

—¿Qué?

—He preguntado si bastará con este edredón tan fino —susurró él.

—Sí. Pronto se despertara para comer. Entonces lo bañaré y le pondré el pijama.

Mac asintió y miró a P.J. indeciso, deslizó un dedo por su manita. La ternura del gesto hizo que el corazón de Rachel se inflamara. De inmediato se recordó que no eran solo sus emociones lo que estaba en juego allí. También tenía que pensar en su hijo.

—Tenemos que hablar, Mac.

Como intuyendo su estado de ánimo, se irguió y se apartó de la cama de P.J.

—Por supuesto. Avísame cuando estés lista —dijo y, sin esperar su respuesta, salió del dormitorio.

Rachel fue a seguirlo, pero un gemido del niño la retuvo. Tras comprobar que volvía a dormirse, encendió el intercomunicador, salió de la habitación y fue en busca de Mac.

Lo encontró llevando el último paquete que quedaba en el coche.

—No tenías por qué haberte molestado —lo reprendió, y quiso

abofetearse por la dureza de su tono—. Me refiero a que iba a hacerlo yo.

—He pensado en ahorrarte la molestia. ¿Dónde quieres que deje esto? —preguntó Mac a la vez que señalaba el corral portátil que Rachel había llevado a casa de sus padres.

—Hay un armario a la derecha de las escaleras. Lo guardo ahí, pero yo puedo…

Mac la ignoró y fue hasta el armario con el corral bajo un brazo y la bolsa de viaje de Rachel en el otro.

—No estaba seguro de qué hacer con la bolsa de los pañales y la de la compra y las he dejado en el vestíbulo.

—Gracias —Rachel se sentía cada vez más inquieta viendo la familiaridad con que Mac se movía por la casa.

—No hay problema —Mac cerró la puerta del armario y se reunió con ella en el rellano de las escaleras, donde hizo una seña con la mano para que lo precediera.

Cuando llegaron abajo, Rachel se encaró con él.

—¿Quieres hacer el favor de decirme qué está pasando?

—¿Que qué está pasando? —repitió Mac, todo encanto e inocencia.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué crees que vas a lograr presentándote aquí de este modo?

La sonrisa se esfumó al instante del rostro de Mac.

—Esto aquí porque tú estás aquí y porque también está mi hijo. Quiero formar parte de su vida y de la tuya. Estoy aquí porque espero convencerte de que me des otra oportunidad. Quiero otra oportunidad Rach —dijo a la vez que se acercaba a ella, hipnotizándola con sus ojos azules—. Quiero una oportunidad para hacer las cosas.

Fue la última frase la que rompió el embrujo.

—¿Te refieres a que vas a hacer una mujer honesta de mí? —preguntó Rachel, a punto de estallar.

—Yo no lo habría expresado así, pero sí. Quiero casarme contigo y daros a P.J. y a ti mi apellido.

Rachel apretó los dientes.

—Como ya he dicho, agradezco tu ofrecimiento, pero no, gracias. Por si no te has fijado, P.J. y yo ya tenemos un apellido, el mío. Hasta ahora nos ha ido perfectamente con el apellido Grant, y no veo motivo para cambiar eso.

—No retuerzas mis palabras, Rachel —protestó Mac, y la siguió al ver que se encaminaba hacia la puerta principal.

—Ha sido un día muy largo y me gustaría deshacer el equipaje antes de que P.J. se despierte para comer. Así que, si no te importa, me gustaría que te fueras.

—Pero no entiendes. Yo…

—Entiendo que te vas… ahora —Rachel abrió la puerta y se

encontró ante una sorprendida Chloe que, cargada de bolsas de la compra, estaba a punto de llamar al timbre con el codo.

—Rachel, querida, ya has vuelto. Teniente, cariño, échame una mano, por favor.

—Yo te ayudo —dijo Rachel, y tomó un par de bolsas—. Mac se va.

Chloe parpadeó.

—¿Que se va? ¿Adónde?

—De vuelta a su hotel, o a donde quiera, pero se va.

—Pero Rachel… —empezó Chloe.

—Se que tienes buena intención, pero mantente al margen de esto, Chloe. Adiós, Mac —dijo Rachel con firmeza, y lo habría empujado si hubiera pensado que tenía alguna oportunidad de mover a un hombre sólido como una montaña.

—¿No se lo has dicho? —preguntó Chloe.

—No he tenido oportunidad.

—¿Decirme qué? —preguntó Rachel con el ceño fruncido.

—Que me he trasladado aquí hace dos días.

Capítulo 4

—Rachel, querida, se razonable —rogó Chloe.

Rachel se volvió hacia ella como una exhalación.

—Estoy siendo razonable. No quiero que Mac esté aquí, y no deberías haber dejado que se trasladara sin hablar conmigo primero.

—Tiene razón —dijo Mac—. Lo mejor será que me…

—Cállate, cariño —interrumpió Chloe.

—Sí, cállate —repitió Rachel—. Esto es algo entre Chloe y yo.

Mac estuvo a punto de decir que él era el tema sobre el que estaban discutiendo, pero la mirada asesina que le lanzaron ambas mujeres le hizo optar por permanecer en silencio.

—No te atrevas a utilizar como excusa el hecho de que yo no estuviera —dijo Rachel, volviendo a dirigirse a su amiga—. Eso que hay ahí es un teléfono y sé que tú sabes cómo usarlo. Deberías haberme llamado.

—¿Para qué? ¿Para que me dijeras que no le dejara trasladarse? —replicó Chloe, irritada—. ¿Por qué crees que no te llamé?

Rachel dejó escapar un bufido y golpeó el suelo con un pie.

—¡Eres imposible!

—Gracias, cariño —dijo Chloe con calma.

—¡No era un cumplido!

—Si te tranquilizaras un poco, estoy segura de que comprenderías que he dejado trasladarse aquí al teniente porque es la solución perfecta para tu problema.

—¡El problema es que se haya trasladado aquí! —espetó Rachel—. Y la única manera que veo de solucionar el problema es que suba, haga su maleta y se marche.

—Tiene razón, Chloe —dijo Mac—. Aprecio tus esfuerzos por ayudarme, pero puede que no haya sido buena idea trasladarme aquí. Dados los sentimientos de Rachel, creo que lo mejor será que me vaya. Voy por mis cosas —hizo una pausa y miró a Rachel—. Si te parece bien, te llamaré para que arreglemos las cosas de manera que pueda ver a P.J. —a continuación se volvió con intención de irse antes de que la discusión acabara convirtiéndose en una pelea.

—No se te ocurra moverte, Mac —ordenó Chloe. Él se detuvo al escuchar su tono acerado—. Después de todas las molestias que me he tomado para ayudarte no pienso permitir que te vayas así como así. No hasta que esto quede aclarado.

—Está aclarado —dijo Rachel—. Mac se va.

—No se va —replicó Chloe.

—Creo que…

—Cállate —espetaron ambas mujeres a la vez.

—Esta sigue siendo mi casa y he invitado a Mac a quedarse —informó Chloe a Rachel.

—Tienes razón. Esta es tu casa —Rachel suavizó su tono, pero alzó levemente la barbilla—. Has sido tan generosa conmigo y con P.J. permitiéndonos vivir aquí que a veces olvido que esta no es nuestra casa. Y por supuesto, eres libre de invitar a quedarse en ella a quien quieras —se volvió hacia Mac y, en el mismo tono, añadió—: No es necesario que te vayas. Nos iremos P.J. y yo.

—No tienes por qué hacer eso —dijo Mac de inmediato—. Me voy yo.

Chloe masculló una maldición.

—No te atrevas a hacerme esto, Rachel Grant. Esta es tu casa tanto como la mía, y lo sabes muy bien. ¿Por qué…?

Su voz se rompió y Mac sintió que su frente se cubría de sudor al ver que sus ojos se llenaban de lágrimas. Estaba calculando el tiempo que necesitaría para hacer su equipaje y salir corriendo de allí cuando las dos mujeres empezaron a abrazarse y a hablar a la vez.

—¿No sabes que estaría perdida sin ti y sin P.J. en casa? —dijo Chloe—. Te quiero, tonta. Y también a ese pequeño monstruo tuyo. Sois mi familia.

—Lo siento, Chlo —dijo Rachel, y sorbió por la nariz.

Fue aquello lo que impulsó a Mac definitivamente hacia la puerta. Y lo primero que pensaba hacer cuando llegara al hotel era llamar a su madre para darle las gracias por haberle dado solo hermanos.

—Ah, no, teniente —dijo Chloe de inmediato—. No voy a dejar que te vayas después de todos los líos que has causado. Vuelve aquí.

—Con todos mis respetos, creo que debería irme.

—Hazlo y lo consideraré un insulto personal.

—Vamos, Chloe, déjalo en paz —dijo Rachel—. Ya le has oído. Quiere irse.

—¿Es eso cierto, teniente? ¿Quieres irte?

—Creo que sería lo más conveniente.

—¿Para quién?

—Para todo el mundo.

—¿Incluyendo a tu hijo?

—Especialmente por mi hijo —replicó Mac.

—¿En serio? Así que cuando me has dicho que querías ser un auténtico padre para él, que querías pasar tiempo con él para llegar a conocerlo y tratar de compensarlo por los dieciocho meses que te has perdido de su vida, ¿no hablabas en serio?

—Claro que hablaba en serio —replicó Mac, molesto—. Pero lo que no quiero es perturbar su vida y su entorno. Dados los sentimientos de Rachel hacia mí, creo que mi estancia en la casa perturbaría la vida del niño. Sigo queriendo verlo, por supuesto. Lo único que sucede es que no podré pasar tanto tiempo con él como esperaba.

—Supongo que tienes razón —dijo Chloe en un tono que puso a Mac en guardia—. Supongo que después de las primeras veces que vengas a recogerlo no llorará cuando lo lleves a alguna lúgubre habitación de hotel para que pueda estar contigo.

Mac frunció el ceño.

—No quiero hacerlo llorar. Me limitaré a visitarlo aquí. Si no te importa, podemos quedarnos en el patio trasero.

—Pero no puedes hacer eso —dijo Chloe inocentemente—. Tú mismo has dicho que tu presencia aquí hace que Rachel se sienta incómoda. No. No estoy segura de que P.J. vaya a acostumbrarse a eso. Y si se lleva su manta y su oso favorito, lo más probable es que no llore demasiado cuando lo acuestes.

—Podría traerlo de vuelta para su siesta y pasar a recogerlo luego —lo último que quería Mac era hacer infeliz a su hijo.

Chloe negó con la cabeza.

—Eso tampoco funcionaría. Lo más probable es que lo confundiera aún más. No. Tú y Rachel tenéis razón. Puede que lo mejor sea que el niño se acostumbre a andar yendo y viniendo mientras aún es joven.

—Déjalo, Chloe. Ya has dejado bien claro tu punto de vista —dijo Rachel, y a continuación miró a Mac—. Si quieres quedarte aquí hasta que vuelvas a incorporarte a tu unidad, puedes hacerlo.

—Gracias.

—Y en cuanto a ti —dijo Rachel a la vez que apuntaba a Chloe con un dedo acusador—, sé lo que te traes entre manos, y puedes ir olvidándote, porque tu plan no va a funcionar.

—¿Se puede saber de qué estás hablando, querida? —preguntó Chloe.

—Estoy hablando de tu intento de jugar a casamentera. Y no te molestes en negarlo —añadió al ver que su amiga iba protestar—. Crees que si Mac y yo pasamos un par de semanas bajo el mismo techo volveremos a estar juntos, pero te equivocas. No va a pasar nada entre nosotros. Y ahora, si me disculpáis, voy a ver cómo está mi hijo.

Mac se quedó mirando la puerta por la que había salido Rachel hasta que Chloe tiró de su brazo.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Oh, Mac, tenía razón. Aún está loca por ti.

Él la miró, perplejo.

—Yo diría que está loca por librarse de mí. Y. para serte sincero, no puedo decir que la culpe. Tal vez debería trasladarme al hotel.

—¡No puedo creerlo! ¿Dónde está tu espíritu de lucha?

—No quiero pelear con Rachel. Ya le he hecho suficiente daño.

—No tienes que pelear «con» Rachel, teniente. La cuestión es saber si estás dispuesto a pelear «por» ella. Así que, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a quedarte a pelear por ella y por tu hijo, o vas a arrojar la toalla y vas a permitir que se case con un hombre al que no quiere porque

cree que P.J. necesita un padre?

Mac se quedó helado al imaginar a Rachel con otro, o a su hijo llamando padre a otro hombre. Si Rachel se casaba con alguien iba a ser con él, se dijo con firmeza.

Una vez tornada la decisión, sonrió.

—Eres una maravilla, Chloe Chancellor. Gracias —dijo y, antes de darle tiempo a reaccionar, plantó un sonoro beso en sus labios. Luego se volvió y subió las escaleras silbando.

—Ya estoy en casa, Chloe —dijo Rachel cuando entró en la casa unos días más tarde. Tras colgar su abrigo y tomar el correo de la mesita del vestíbulo, se encaminó hacia el cuarto de estar—. ¿Me has oído, Chloe? Estoy en casa.

Al no obtener respuesta, apartó la vista del correo y vio que el cuarto de estar estaba vacío. Un tanto sorprendida, pues Chloe había quedado en recoger a P.J. de la guardería, se encaminó hacia la cocina, convencida de que encontraría allí a su amiga y a su hijo. No estaban allí, pero al entrar captó el olor de algo cocinándose.

—Dios te bendiga, Chloe —murmuró cuando alzó la tapa y vio unas albóndigas cociéndose en una espesa salsa de tomate. Aspiró profundamente y notó que la boca se le hacía agua. El gruñido de su estómago le recordó que aquel día ni siquiera había podido almorzar en el hospital. La tostada y el café que había elegido tomar de desayuno para no tener que compartir otra vez la cocina con Mac no habían bastado para contener su hambre.

Al menos, aquella era una comida que no tendría que compartir con él, pues, según le había dicho Chloe, Mac había dicho que iba a pasar el día fuera. Con un poco de suerte, P.J. y ella podían cenar temprano y desparecer en su dormitorio antes de que Mac volviera a casa.

Frunció el ceño al darse cuenta de que parecía cobarde evitar a Mac como lo estaba haciendo. Pero enseguida se recordó que la supervivencia debía ser su meta principal. Porque, a pesar de lo que le había dicho a Chloe, temía que el plan de su amiga estuviera funcionando. Cada vez que veía a Mac con P.J. y comprobaba lo bien que se llevaban le resultaba más y más difícil no imaginar lo que sería tener una verdadera familia. Además, estaba el deseo de Mac por ella. Él no se molestaba en disimular el hecho de que la deseaba. En todo caso, la carga eléctrica que había entre ellos era aún más fuerte que dos años antes. La combinación de aquello y el evidente afecto de P.J. por Mac estaba haciendo que cada vez le resultara más difícil no darle la segunda oportunidad que le había pedido. Sin embargo, ¿cómo iba a hacerlo sabiendo que Mac estaba actuando impulsado por su sentido

del deber hacia P.J., y no porque la amara? La realidad era que no podía. De lo contrario, no sería capaz de mirarse al espejo al día siguiente.

Al darse cuenta de que llevaba un buen rato perdiendo el tiempo ante las albóndigas, cuando debería haber estado buscando a P.J. y a Chloe, cubrió el recipiente con la tapa y se encaminó hacia las escaleras. Acababa de salir al pasillo cuando un movimiento captó su atención a través de una de las ventanas que daba a la parte trasera. Al fijarse vio a Mac y a P.J. en el suelo del jardín, en medio de un montón de hojas de arce y roble. Más bien, Mac estaba sentado en el centro del montón de hojas mientras el niño dejaba caer hojas sobre él sin dejar de reír.

Rachel sintió que se le hacía un nudo en la garganta al ver que su hijo gritaba encantado cuando Mac lo tomó en brazos y echó un puñado de hojas sobre su cabeza. Luego, riendo, ambos se dejaron caer y rodaron sobre las hojas.

Los ojos de Rachel se llenaron de lágrimas ante la sencilla belleza de la escena, y comprendió cuántos momentos como aquellos se había perdido Mac debido a que ella no le había hablado de la existencia de P.J.

Emocionada, cerró los ojos. Quería a su hijo. Él era su mundo. Sin embargo, Mac tenía razón. Ella podía darle muchas cosas a P.J, podía cubrir sus necesidades físicas y casi todas las emocionales, pero no podía darle momentos como aquel, momentos entre padre e hijo.

Al oír un golpecito contra la pared de la casa, Rachel abrió los ojos y vio que su hijo se había acercado a la ventana y trataba de tirarle unas bellotas. Miró la versión en miniatura de Mac y empezó a reír. Tras otros dos intentos fallidos por parte de P.J., abrió la ventana.

—Hola, guapo. ¿Qué te traes entre manos?

—Ayudado papá.

Rachel arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí? Me parece a mí que papá y tú habéis montado un buen lío con las hojas.

Mac alzó las manos con expresión inocente.

—A mí no me mires. Ha sido él, que ha empezado tirándome bellotas y cuando se ha cansado ha empezado con las hojas.

—Me pregunto de dónde habrá sacado la idea —bromeó Rachel.

—Me temo que en eso puedo haberlo influido un poco.

—Seguro que sí —dijo Rachel, y volvió a reír. Era agradable reír. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que apenas se había reído durante aquella semana. Por el repentino oscurecimiento de la mirada de Mac, sospechó que él también se había dado cuenta.

—Mami juega.

Rachel miró a su hijo.

—Oh, cariño, me temo que no puedo. Aún estoy con el uniforme. Juega con papá.

—Mami juega.

—Vamos, Rach —dijo Mac—. Hace una temperatura muy agradable aquí fuera. Ponte unos vaqueros y te enseñaremos cómo recogen hojas los hombres.

Rachel ladeó la cabeza.

—No sabía que las mujeres las recogían de otra forma.

Mac soltó un bufido y P.J. lo imitó de inmediato.

—Por supuesto que hay diferencia —dijo Mac—. Las mujeres hacen esos pequeños montones de hojas que luego hay que andar recogiendo por todo el jardín. Sin embargo, los hombres hacemos un solo montón y nos ahorramos la mitad de tiempo, ¿verdad, colega? —preguntó a P.J.

—Verdad, lega.

—Y cuando terminamos hacemos esto.

Mac tomó al niño bajo el brazo como si fuera una pelota de béisbol y se dejó caer de espaldas sobre la hierba. Los gritos de alegría del niño resonaron en el aire otoñal.

—¡Ota vez, papi! ¡Ota vez! —exclamó a la vez que empezaba a botar sobre el pecho de Mac.

—Apiádate de mí, Rach. Sal y échame una mano antes de que este jovencito me aplaste.

Rachel dudó, indecisa entre el deseo de reunirse con ellos y la vocecita interior que le advertía que se estaba metiendo en aguas profundas.

Tras darse otro revolcón con el niño, Mac la miró.

—Vamos, Rach. Ven con nosotros.

Media hora después, tras sufrir varios revolcones sobre la hierba, a Rachel le dolía la mandíbula de tanto reír, tenía hojas por todas partes y sospechaba que iría encontrando diversos moretones en su cuerpo a lo largo de los días siguientes.

—Creo que ya está —dijo Mac—. Voy a llevar al cobertizo las bolsas que hemos llenado de hojas. Si Chloe y tú decidís que queréis utilizarlas de compost para las flores, decídmelo. Yo puedo ocuparme de eso mientras estoy aquí.

—Parece buena idea —Rachel apartó un mechón de pelo de su mejilla.

—Un momento —Mac se acercó a ella, sacó un pañuelo del bolsillo trasero de sus vaqueros y lo pasó con delicadeza por su mejilla. Estaba tan cerca que Rachel pudo ver la sombra de su incipiente barba, su boca, sensual y carnosa, sus largas y oscuras pestañas. Y también pudo oler el aroma mezcla de hojas, hierba y sudor que desprendía su piel.

Cuando lo miró a los ojos vio en ellos el obvio reflejo del deseo y

contuvo el aliento mientras esperaba.

—Rach —Mac susurró su nombre como si fuera una oración y empezó a inclinar la cabeza hacia ella.

Rachel ya estaba anticipando el calor de su boca, su sabor… cuando P.J. gritó.

Capítulo 5

—No se cómo he podido ser tan descuidado —dijo Mac, furioso consigo mismo porque P.J. se había caído y se había cortado en un dedo con uno de los rastrillos que había quedado en el suelo.

—Ha sido un accidente, Mac. Los accidentes ocurren. Además, P.J. es un tipo duro, ¿verdad, corazón?

—Duro —repitió el niño mientras su madre le curaba la herida sobre la encimera de la cocina. Ya había dejado de llorar y parecía muy entretenido con la operación.

—Ya está —dijo Rachel tras ponerle una tirita, y luego le besó la punta del dedo—. Ha quedado como nuevo.

P.J. alzó su dedo y lo contempló con auténtica admiración.

—No sabes cuánto lo siento —dijo Mac de nuevo.

—No te preocupes —dijo Rachel—. No es la primera vez que tiene un accidente, y estoy segura de que no será la última. Además, este no ha sido nada aparatoso.

—Pues a mí me lo ha parecido. Se me ha helado la sangre cuando lo he oído gritar.

—Te comprendo perfectamente. Desde que empezó a caminar me he llevado unos sustos de muerte. Deberías haberme visto cuando se cayó y se dio con la boca contra el borde de la mesa.

—Uf —Mac se contrajo al pensarlo.

—Desde luego que «uf». Cualquiera habría creído que la enfermera era Chloe. Yo estuve a punto de desmayarme cuando vi sangre saliendo de su boquita.

—Lo comprendo perfectamente. A mí me habría pasado lo mismo.

La mirada y la sonrisa que Rachel dedicó a Mac hizo que este anhelara poder pasar muchos momentos como aquel. Ella apartó la mirada de inmediato, como si hubiera sentido lo mismo.

—Supongo que ambos tendremos que endurecernos, porque este pequeño parece especialista en meterse en problemas, ¿verdad, cariño?

P.J. sonrió y alzó su dedo.

—Dedo.

—Eso es, dedo —dijo Rachel, y volvió a besarle la punta.

—Papi, dedo —P.J. acercó su dedo a Mac.

Mac sintió una intensa emoción al oír que lo llamaba «papi». No sabiendo muy bien cómo enfrentarse a aquella clase se sentimientos, permaneció en silencio mientras besaba la punta del dedo de su hijo.

—¿Mejor? —preguntó Rachel.

—Mejor —dijo P.J. y cuando su madre fue a tomarlo en brazos, añadió—: No, papi.

Mac sintió que se derretía por dentro. Y cuando tomó al niño en brazos y este lo rodeó con sus bracitos por el cuello, supo que estaba

perdido. En aquel momento se preguntó cómo había podido pensar alguna vez que quería pasar por la vida sin tener hijos. Tenía la garganta tan atenazada por la emoción que no se atrevió a decir nada.

Rachel debió percibir lo que estaba sintiendo, porque lo miró con cautela.

—Se está haciendo tarde. Tengo que ocuparme de preparar su comida.

—Por supuesto —dijo Mac, y le entregó al niño—. Chloe ha dicho que a P.J. le gustan los espaguetis, así que he preparado unas albóndigas.

—¿Tú has preparado las albóndigas?

—Sí. ¿Hay algún problema con que cocine?

—No. En absoluto. Simplemente creía que las había preparado Chloe.

Mac se acercó a comprobar cómo estaban sus albóndigas.

—Tenía que asistir a una reunión y le he dicho que yo me ocuparía de cocinar.

—Comprendo.

Satisfecho con el espesor de la salsa, Mac cubrió el recipiente de las albóndigas y fue al horno a cerciorarse de que los espaguetis que había metido dentro seguían calientes.

—Parece que P.J. ha heredado tu afición a la comida italiana.

—Probablemente porque se me antojó mucho mientras estaba embarazada —dijo Rachel—. No sabía que supieras cocinar.

—Probablemente porque pasamos muy poco tiempo en la cocina —dijo Mac, y ella se ruborizó—. Pero lo cierto es que mis habilidades culinarias son muy escasas. Los espaguetis con albóndigas son una de mis pocas especialidades.

—Huelen muy bien —dijo Rachel, y Mac notó que evitaba mirarlo.

—Y saben aún mejor. Todo está listo. Tengo la ensalada en la nevera.

—¿Dijo Chloe cuánto iba a tardar?

—No. Pero estoy seguro de que no le importará que comamos sin ella —al ver que Rachel dudaba, Mac añadió—: Es solo la comida, Rach. Y P.J. tiene que comer.

—Comer —repitió el niño, y señaló su silla.

Mac rió.

—Parece que el asunto ha quedado zanjado.

Rachel sonrió.

—Eso parece. Voy a poner la mesa.

Media hora después, con su vaso de vino en la mano, Mac observaba a Rachel mientras esta se esforzaba por limpiar las manos y

el rostro de P.J. Cuando vio que tomaba otra servilleta de papel, rió.

—Me alegra que al menos uno de los dos encuentre esto divertido —dijo ella.

—Lo siento, pero es que, más que comer la comida, parece que se la ha puesto. ¿Estás segura de que ha llegado a meterse algo en el estómago?

El comentario hizo reír a Rachel, y parte de la tensión que reflejaban sus ojos cuando se habían sentado a comer había desaparecido.

—Eso espero. De lo contrario vamos a tener noticias suyas pronto. Nuestro hijo no tiene ningún reparo en hacerte saber cuándo tiene hambre.

«Nuestro hijo».

Mac repitió aquellas palabras en su mente y sintió una mezcla de orgullo y emoción. Y se dio cuenta de que, por primera vez desde que había despertado en el hospital tras la explosión, había pasado unas cuantas horas sin preocuparse por lo que iba a hacer con su vida si se veía obligado a renunciar a su profesión.

—¡No, P.J.!

Mac volvió a mirar a Rachel y rompió a reír al ver que P.J. estaba dando palmadas sobre su plato y esparciendo los restos de espaguetis y tomate de su plato sobre sí mismo y sobre su madre.

Raquel lo taladró con la mirada.

—Lo siento —dijo Mac. Pero al ver que Rachel tenía una mancha de tomate en la punta de la nariz y un trozo de espagueti pegado en la mejilla, estropeó su disculpa volviendo a reír.

Consciente de que había hecho algo divertido, P.J. volvió a palmotear sobre el plato, haciendo que su madre diera un grito.

Incapaz de contenerse, Mac rió aún con más fuerza.

—Veamos si esto también te parece divertido —dijo Rachel y, sin pensárselo dos veces, le arrojó un trozo de pan.

El pan golpeó a Mac de lleno en la frente, cayó al plato y roció de tomate su camisa de marino.

Rachel se llevó una mano a la boca, horrorizada.

—¡Oh, Dios mío! No puedo creer lo que acabo de hacer.

—Yo tampoco —dijo Mac. A continuación pasó un dedo por una de las manchas de tomate de su camisa y luego se lo lamió—. Supongo que ahora es mi turno —sonriente, tomó un trozo de pan de la mesa.

—¿No querrás dar mal ejemplo al niño, verdad, Mac? —preguntó Rachel a la vez que se echaba atrás en la silla.

Sin molestarse en responder, Mac le lanzó el trozo de pan. Dando muestras de unos reflejos envidiables, Rachel lo atrapó en el aire y volvió a lanzárselo de inmediato.

Mac se agachó justo cuando la puerta de la cocina se abría.

—¿Qué diablos está pasando…?

El tipo que se asomó a la puerta se quedó en silencio al recibir de lleno en la camisa el impacto del trozo de pan.

—¡Alex!

De pronto, la sonrisa se esfumó de los labios de Mac al ver al hombre rubio que se hallaba en la entrada de la cocina y miraba a Rachel como si acabaran de salirle dos cabezas.

—¿Qué está pasando aquí, Rachel? —preguntó Alex—. ¿Qué le ha pasado a tu ropa? ¿Y qué es eso que tienes en la cara?

Rachel se puso colorada como un tomate. Se frotó la mejilla con la manga y lo único que logró fue esparcir un poco más el tomate.

—Lo siento. Yo… nosotros…

—Oh, vamos, Alex. Anímate —ordenó Chloe, que entró en aquel momento—. Por el aspecto de la cocina, creo que nos hemos perdido una buena juerga.

—Solo tú pensarías que algo tan infantil es divertido —dijo Alex.

Chloe se colocó ante él.

—Ese ha sido siempre tu problema, Alex. Estás tan ocupado haciendo honor a tu respetable apellido que nunca has aprendido a divertirte.

—No como tú, que has hecho de la diversión tu principal forma de vida —replicó Alex.

—Si esa es tu forma de decir que se cómo pasármelo bien, tienes razón.

—Oh, te considero una experta. De hecho, podrías dar un cursillo en Tulane sobre el tema.

—Gracias por el cumplido, querido —dijo Chloe a la vez que palmeaba la mejilla de Alex—. Si quieres que te de algunas lecciones, dímelo. Estaré encantada de enseñarte.

A continuación, Chloe se volvió hacia Mac.

—Supongo que sabes que llevas algunos espaguetis adornando tu camisa, ¿no, querido?

—Ya me había dado cuenta.

—¿Vas a explicarme que está pasando aquí, Rachel?

Algo oscuro y primitivo se agitó en el interior de Mac al escuchar el tono posesivo con que Alex se dirigió a Rachel. Dio un paso hacia él.

—Acabamos de comer —dijo—, y, como ya ha observado Chloe, estábamos en medio de una buena pelea.

—¿Y tú quién eres?

—Mac. Mac McKenna.

—¿Tú eres el huésped de Chloe?

—Eso es. ¿Algún problema?

Alex dedicó a Chloe una mirada reprobatoria y, por primera vez

desde que la conocía, Mac vio que la pelirroja se ruborizaba.

—No. Lo único que sucede es que cuando Chloe mencionó que había venido a visitarle un viejo amigo de la familia tuve la impresión de que se refería a alguien de más edad.

—Siento decepcionarte… ¿era Alec?

—Alex —corrigió el otro hombre—. Doctor Alex Jenkins. Soy un buen amigo de Rachel. Y de Chloe, por supuesto.

Mac estrechó la mano que le tendió Alex.

—Pues eso es algo que tenemos en común, porque yo también soy amigo de Rachel, y de Chloe.

A P.J. no le hacía ninguna gracia que lo estuvieran ignorando y comenzó a hacerse notar.

—¡Aíba! ¡Aíba! —exclamó a la vez que alzaba los brazos.

—Ya voy, cariño —dijo Rachel, y se acercó a él.

—Mami no. Papi. Quero papi —insistió el niño.

—P.J.…

—No te preocupes Rachel. Ya hemos pasado por esto antes. El niño no sabe lo que dice, y a mí no me importa. Si le limpias las manos y la cara, lo tomaré en brazos encantado.

—Siento decepcionarte —dijo Mac entre dientes—, pero creo que P.J. no se refería a ti.

Como para probar sus palabras, el niño alargó los brazos hacia él.

—¡Aíba, papi!

El especial afecto que Mac había empezado a sentir por el niño se transformó en aquel momento en puro amor.

—Papá está aquí mismo, amigo —dijo, y tomó al niño en brazos haciendo caso omiso de sus mutuos adornos de tomate y espaguetis.

Alex entrecerró los ojos y deslizó la mirada de Mac a P.J. y otra vez a Mac.

—Nos parecemos mucho, ¿verdad? —dijo Mac, orgulloso con el niño en brazos mientras miraba al hombre que, según Chloe, tenía intenciones de casarse con Rachel—. Lo siento, Alex. ¿Había olvidado mencionar que también soy el padre de P.J.?

La situación parecía extraída de la peor pesadilla de Rachel. Su antiguo amante anunciando abiertamente al hombre con el que salía en la actualidad que no solo era el padre de P.J., sino que además vivía bajo el mismo techo con ella.

—Lo siento, Alex. Por tus pantalones, por todo.

—Olvídate de mis pantalones Rachel. ¿Por qué no me habías hablado de McKenna? ¿Creías que habría preferido no enterarme?

—Quería decírtelo, pero todo ha resultado tan confuso desde la llegada de Mac… Siento que hayas tenido que enterarte de este modo.

—Supongo que debería haberme dado cuenta de que algo te preocupaba, pero la verdad es que apenas nos hemos visto últimamente. Por eso he aceptado la invitación de Chloe para pasar a tomar café después de la reunión que hemos tenido.

—Gracias por ser tan comprensivo —dijo Rachel, aunque en realidad estaba pensando en su hijo y en el hombre que estaba arriba con él. Cuando se dio cuenta de que no había oído una palabra de lo que le había dicho Alex, dejó de simular—. Discúlpame, Alex, pero tengo que ir a ver cómo está P.J. Por favor, quédate y toma el café que te ha prometido Chloe —se volvió a mirar a su amiga—. ¿Te importa, Chloe?

—En absoluto —aseguró su amiga.

—Pero Rachel…

—Vamos, cariño. Ocúpate de P.J. —dijo Chloe a la vez que tomaba a Alex del brazo—. Yo me ocuparé de Alex.

—Gracias, Chlo.

—¿Había olvidado mencionarte que hoy al mediodía he preparado una tarta de manzana? —preguntó Chloe—. ¿Qué te parece si te sirvo un trozo con el café y luego veo lo que se puede hacer con tus pantalones?

Rachel subió las escaleras decidida a echar una buena reprimenda a Mac por haberla humillado como lo había hecho. Aunque llegara a cumplir los cien años nunca olvidaría la expresión de Alex cuando Mac le había dicho que era el padre de P.J. Y, para arreglar las cosas, P.J. había rodeado con sus bracitos una de las piernas de Alex para despedirse y le había pringado los pantalones de tomate y espaguetis.

Y todo por culpa de Mac, que había sido el que había sugerido que P.J. abrazara a Alex tras dar un beso de buenas noches a su tía Chloe.

Pero no iba a salirse así como así con la suya, se dijo Rachel con firmeza mientras se encaminaba hacia el baño, desde donde llegaban las risas de P.J.

Cuando se asomó por la puerta entreabierta, vio que Mac estaba arrodillado ante la bañera, de espaldas a ella, sin camisa.

—De acuerdo, muchachote, déjame ver esos dedos.

La imagen que proyectaba bañando a P.J., combinada con las risas del niño, estuvo a punto de lograr que la determinación de Rachel se disolviera en el aire como humo. Pero enseguida recordó el bochorno que acababa de pasar por culpa de Mac y entró en el baño con paso firme.

—Supongo que estarás orgulloso de ti mismo, Mac McKenna.

Mac debía haberla oído llegar, porque no pareció sorprenderse de su presencia en el baño.

—Lo cierto es que sí, lo estoy.

Su respuesta desconcertó a Rachel.

—¿Ni siquiera tienes la decencia de sentirte un poco culpable por lo que has hecho? —preguntó.

—¿De qué me tengo que sentir culpable? ¿De haber conseguido limpiar a este renacuajo? Tenía espaguetis hasta en las orejas.

Rachel gruñó, frustrada.

—No estoy hablando de P.J., y lo sabes. Estoy hablando de cómo te has portado abajo, de tu comportamiento con Alex. Ya ha estado mal el modo en que le has dicho que eras el padre de P.J., pero utilizar luego al niño como lo has hecho para…

Mac volvió la cabeza y la miró, enfadado.

—Ni he utilizado a P.J., ni jamás se me ocurriría utilizarlo para nada —replicó.

—De acuerdo. Puede que no lo hayas utilizado, pero lo has animado a abrazar a Alex sabiendo que estaba pringado de tomate. Ha sido un comportamiento muy infantil por tu parte.

—De acuerdo, amigo, agacha la cabeza para que pueda aclararte el jabón —dijo Mac. A continuación, con la delicadeza que no dejaba de maravillar a Rachel, se puso a aclarar a P.J. con el teléfono de la ducha—. Para tu información, solo he tratado de tener un detalle. No quería que el tipo se sintiera rechazado por P.J. Podría haber decidido no malgastar los abrazos de mi hijo en él, sobre todo después de haber oído que lo llamaba papá.

Rachel permaneció un momento en silencio, sin saber muy bien qué pensar de su respuesta. Hacía que todo sonara muy razonable pero ella había sentido su rechazo hacia Alex.

—Además —dijo Mac—, ¿cómo iba a saber que el tipo llevaba un traje de Armani?

Rachel se mordió el labio inferior. De eso no podía culparlo, porque ella tampoco había sabido que era un Armani hasta que Chloe lo había dicho.

—Ya está, P.J. Será mejor que te saque antes de que te arrugues como una pasa —Mac envolvió al niño en una toalla, lo colocó sobre la alfombrilla y empezó a secarlo—. ¿Me alcanzas un pañal?

Una vez con el pañal puesto, vistió al niño para acostarlo. Aquel era un ritual del que siempre se había ocupado Rachel, excepto los días que tenía guardia y lo hacía Chloe.

—Aún no sé por qué estás tan enfadada conmigo —dijo Mac—, pero si crees que es culpa mía que se hayan ensuciado los pantalones de ese tipo, puede enviarme la factura de la tintorería.

—Esa no es la cuestión, Mac.

—Entonces, ¿por qué no me aclaras cuál es la cuestión?

—La cuestión es que….

Mac tomó al niño en brazos y se volvió hacia Rachel. Esta se quedó muda y la boca se le secó al instante. La visión de Mac desnudo de cintura para arriba con los vaqueros bastante bajos en sus caderas hizo que desapareciera de su mente todo pensamiento excepto uno. Mac estaba como un tren. Incluso aún más de lo que recordaba… con aquellos hombros de deportista, aquel estómago duro como una tabla, el bronceado de su piel, la mata de oscuro vello que se perdía por la cintura de sus vaqueros… Se fijó en una cicatriz que no es taba en su hombro derecho dos años atrás.

—¿Rachel?

—¿Qué?

—Creo que estabas a punto decir algo.

—Sí, estaba a punto —replicó ella, tratando de mostrarse indignada. ¿Pero cómo iba a hacerlo con aquel monumento delante? —. Olvídalo —dijo finalmente—. Hay que acostar a P.J.

—Yo lo haré.

—No hace falta que te molestes —Rachel se inclinó hacia el niño —. Vamos, cariño. Es hora de dormir.

P.J. se aferró a la pierna de Mac.

—Ven con mamá, P.J. —dijo Rachel en tono más firme—. ¿No quieres que mamá te lea un cuento y te arrope?

—Papi lee.

Mac se arrodilló junto al niño.

—Tienes que hacer caso a tu mamá, ¿de acuerdo, amigo?

Cuando P.J. hizo un puchero, Rachel se rindió.

—De acuerdo, Mac. Acuéstalo tú.

—¿Qué te parece si lo hacemos juntos?

Pero mientras el niño se dormía escuchando el cuento que le leyó su padre, Rachel no pudo evitar preocuparse por el apego que P.J. empezaba a sentir por Mac. ¿Qué pasaría cuando se fuera? Porque estaba segura de que se iría. Su marcha es tuvo a punto de destrozarla dos años atrás. ¿Cómo le afectaría a P.J.?

—Creo que está dormido —dijo Mac.

—Sí —Rachel besó al niño en la frente y a continuación salió de la habitación con Mac.

—Es un gran muchacho —dijo Mac—. Has hecho un buen trabajo con él. Solo lamento no haber podido echarte una mano. Estoy seguro de que no ha sido fácil.

—No tengo ningún pesar al respecto, Mac.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. Rachel, yo…

—No removamos el pasado, Mac. Lo hecho, hecho está —inquieta, Rachel se acercó a la ventana del descansillo y contempló el cielo de la noche mientras buscaba las palabras adecuadas—. Me preocupa más el futuro de P.J. y cómo puedas influir en él.

—No estoy seguro de lo que tratas de decir, pero te aseguro que tengo intención de asumir mis responsabilidades financieras hacia P.J.

Mac se situó tras Rachel y ella pudo sentir el calor de sus manos incluso antes de que las apoyara sobre sus hombros. Se preparó contra el impacto que ejercía sobre sus sentidos y se contrajo para no responder cuando sus labios le acariciaron el cuello.

Mac la hizo volverse y, muy despacio, acercó su boca a la de ella hasta que solo los separó un aliento.

—Si me dejas, me gustaría responsabilizarme de los dos —dijo, y antes de que Rachel pudiera responder, la besó. Con la misma delicadeza que le había visto utilizar con P.J., la persuadió para entreabrir los labios, la saboreó, hizo que lo saboreara…

Repentinamente consciente de lo que estaba pasando, Rachel lo apartó de su lado de un empujón.

—¿Rach? ¿Qué sucede?

—¡No! —ella alzó una mano para impedir que volviera a acercarse —. No me toques, por favor. Cuando lo haces no puedo pensar con coherencia.

Mac sonrió.

—Eso no es problema. Tú ejerces el mismo efecto sobre mí. ¿Qué te parece si los dos dejamos de pensar con coherencia?

—Mac, por favor, hablo en serio. Tenemos que hablar. No me había dado cuenta de la rapidez con que P.J. se ha apegado a ti.

—Yo también siento un gran apego por él —dijo Mac, serio—. No creo que eso sea un problema.

—¿Y qué sucederá cuando te vayas? ¿Cómo crees que afectará tu marcha a P.J.? Un día estás aquí y al siguiente te habrás ido. No lo comprenderá.

—¿Quién ha dicho que me voy?

—Ambos sabemos que, antes o después, te reincorporarás a tu unidad.

Algo destelló en la mirada de Mac, pero desapareció con tal rapidez que Rachel se preguntó si lo habría imaginado.

—Lo que te he dicho lo he dicho en serio. P.J. es mi hijo y tengo intención de responsabilizarme de él. De él y de ti, si me dejas.

La sinceridad de las palabras de Mac conmovió a Rachel, pero también le produjo un gran dolor, pues las había dicho impulsado por el sentido del deber, no porque la amara.

—Yo puedo cuidar de mí misma. Y también de P.J. No estoy hablando de dinero. Estoy hablando del apego que P.J. está desarrollando por ti.

—No era solo dinero lo que estaba ofreciendo.

—Por favor, Mac, no te pongas en ridículo y me insultes ofreciéndome de nuevo matrimonio. Lo creas o no, no quiero ser la

causa de que hagas un sacrificio tan grande.

—No pongas palabras en mi boca, Rachel. No sería así, y lo sabes.

—Lo que sé es que casarte nunca ha sido tu sueño, que nunca ha formado parte de tus planes. No era lo que querías hace dos años y no es lo que quieres ahora.

—¿Cómo puedes, saber cuál es mi sueño y lo que quiero?

—Se que tu sueño es ser un SEAL. Es lo que siempre has querido, y el hecho de que sea realidad significa que en tu vida no hay sitio para nadie más porque estás decidido a no ser como tu padre, un hombre que, según tú, descuidó sus responsabilidades familiares porque no estaba dispuesto a renunciar a ser un SEAL.

La expresión de Mac se endureció.

—Yo no soy mi padre, jamás te pediría que pasaras por lo que pasamos mi madre y nosotros. Di que estás dispuesta a casarte conmigo y renunciaré a mi puesto.

—Oh, Mac —susurró Rachel, con el corazón en cogido porque sabía que Mac hablaba en serio, y porque aquello sería lo peor que podía hacer.

—Te doy mi palabra, Rachel —dijo él a la vez que la tomaba por la barbilla—. Acepta casarte conmigo y dejaré la marina. Conseguiré un trabajo normal y seré el típico hombre que trabaja de nueve a cinco para luego volver a casa contigo y con P.J.

Rachel alzó una mano y la presionó brevemente contra la de él antes de retirársela del rostro.

—Lo siento, Mac. No puedo. Arreglaremos las cosas para que puedas ver a P.J. lo más a menudo que sea posible… pero lo nuestro ha acabado.

Capítulo 6

—Los resultados de las pruebas son muy parecidos a los esperados, teniente —explicó el capitán médico Hayes. Señaló las placas de rayos —. El daño de la explosión afectó al tímpano del oído derecho. La pérdida de audición es de casi el sesenta por ciento. El oído izquierdo está en perfecto estado.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Como ya le expliqué cuando hablamos la última vez, es un procedimiento relativamente sencillo. Después de operario con anestesia local, y tras una pequeña estancia en el hospital para recuperarse, lo enviaríamos a casa. Necesitará que alguien conduzca por usted, pues su equilibrio se verá afectado durante un día o dos.

—¿Cuánto tiempo tendrá que pasar para saber si la operación ha funcionado?

—Es difícil decirlo con exactitud, pero suele haber una evidencia de mejora en pocos días. Tendría que venir una semana después para hacerse unas pruebas.

—¿Y no hay mejoría?

El capitán Hayes se apoyó contra el respaldo de su silla.

—En ese caso no se puede hacer nada, a menos que esté dispuesto a ponerse algún aparato.

—No, no lo estoy.

Aquella no era una opción para Mac. Tal y como estaban las cosas, no podía seguir siendo un SEAL si no se operaba, y ni siquiera en ese caso lo tenía garantizado. Pero lo cierto era que la opción de seguir siendo un SEAL va no existía para él. A pesar de la negativa de Rachel a casarse con él, sabía que estaba ganándole terreno. Y no tenía intención de renunciar a aquella batalla hasta que Rachel fuera su esposa. Y eso significaba mantener la promesa que le había hecho y renunciar a su trabajo. El mero hecho de pensar en elle hacía que se le contrajera el estómago, pero tendría que aprender a vivir con ello. Nunca haría lo que hizo su padre. Rachel siempre podría contar con él cuando lo necesitara.

—¿Teniente?

—Lo siento, señor —dijo Mac—. ¿Qué estaba diciendo?

—Como ya le he explicado antes, la operación no carece de riesgos. Existe la posibilidad de que el procedimiento falle. Si es así, su capacidad auditiva podría empeorar.

—Lo comprendo, señor, y estoy preparado para seguir adelante con la operación.

—Entiendo que quiera operarse debido a su apego a los SEAL, pero debe pensar en las posibles consecuencias si la operación no tiene éxito. Hay más cosas en la vida que la marina.

—Lo sé, señor. Ya he pensado en ello.

—Muy bien. En ese caso, estos son los formularios que debe firmar. La enfermera le dirá qué día de la semana tengo libre para practicarle la operación.

Mac firmó los papeles y se los devolvió al médico.

—Gracias, señor.

—¿Teniente?

—¿Sí, señor?

—He visto en su ficha que no está casado.

—Así es. Estoy soltero. Al menos de momento. Espero que eso cambie pronto.

—Y su novia… ¿está de acuerdo en que se opere?

—No lo he hablado con ella.

—En ese caso, deje que le dé un consejo. Háblelo con ella. Merece saber lo que podría pasar.

—Estoy seguro de que Rachel estará de acuerdo con mi decisión de operarme, señor —explicó Mac.

El doctor Hayes arqueó una ceja.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Después de más de veinte años de matrimonio he aprendido a no asumir nada en lo que concierne a mi mujer. Puede que su dama lo sorprenda. Siga mi consejo, teniente. Hable con ella.

Durante el viaje de regreso a casa Mac llegó a la conclusión de que el médico tenía razón. Tal vez debía explicarle la situación a Rachel.

Él no tenía miedo de la operación. Esperaba recuperar su capacidad auditiva pero, si no era así, lo asumiría. Pero no sería justo esperar que Rachel también lo asumiera. Antes de convencerla de que se casara con él, como tenía la firme intención de hacer, Rachel merecía conocer la verdad de su situación. Después de todo, la armada no lo quería con aquella incapacidad física, y existía la posibilidad de que Rachel tampoco. La mera posibilidad lo llenó de temor, pero la única forma de averiguar cómo reaccionaría era diciéndoselo.

Diez minutos después aparcaba su coche tras el de Rachel. Al menos estaba en casa y no tratando de evitarlo como había hecho desde que se besaron en el dormitorio de P.J. Y él no la había presionado desde entonces porque había sentido que Rachel necesitaba tiempo para asimilar lo que estaba sucediendo entre ellos. En lugar de ello, había tratado de demostrarle con pequeños detalles que no era como su padre. Él era un hombre del que podía fiarse para resolver los pequeños problemas diarios, como reparar su rueda de repuesto pinchada, hacer las estanterías que quería poner en el cuarto de P.J., cortar y almacenar leña para el invierno que se avecinaba…

Había hecho de todo, excepto decirle que no debía tener miedo de

darle una oportunidad porque estaba allí para quedarse. Había llegado el momento de decírselo. Y también había llegado el momento de hablarle del problema de su oído y averiguar lo que sentía al respecto. El capitán Hayes tenía razón. Aquello era algo que debía compartir con la mujer de su vida. Y quería que Rachel fuera esa mujer. Con aquel pensamiento en mente, salió del coche y subió las escaleras del porche de dos en dos.

Por una vez se alegró de encontrar la puerta abierta.

—¿Rachel? ¿P.J.? —llamó al entrar en la casa. Ya que era la hora de comer se encaminó hacia la cocina, pero no encontró a nadie en ella. Tampoco había nada calentándose en el fuego ni en el horno. Frunció el ceño y fue hacia el cuarto de estar—. ¿Rach? —cuando asomó la cabeza al interior también lo encontró vacío.

Estaba a punto de subir a la segunda planta cuando el sonido de la risa de una mujer llegó hasta él. Cruzó el cuarto de estar y fue hasta la puerta que daba al porche trasero. Desde allí vio a Chloe charlando con Alex Jenkins, que vestía de esmoquin. Mac supo al instante que estaba allí para salir con Rachel. Los celos le hicieron apretar los puños con fuerza. Una de las primeras cosas que pensaba hacer cuando Rachel aceptara casarse con él era pedirle que mandara al doctor a paseo. Con un poco de suerte, Alex volvería su atención hacia Chloe. Pero ese era problema de Chloe, decidió. Lo que él quería en aquellos momentos era encontrar a Rachel. Con aquello en mente, se volvió para irse antes de que lo vieran.

—¡Teniente!

—Maldita sea —murmuró Mac al darse cuenta de que había esperado demasiado.

—¡Teniente! —volvió a llamar Chloe, que hizo una seña para que se reuniera con ellos.

Mac no vio otra opción que saludar, de manera que abrió la puerta y salió al porche.

—Qué apuesto estás con tu uniforme —dijo Chloe, y sus labios, pintados de un intenso rojo, se curvaron en una sonrisa—. Y cuántas medallas llevas —murmuró con voz ronca a la vez que deslizaba un dedo por ellas.

Mac sabía que Chloe estaba montando aquel numerito en beneficio de Alex, y no porque tu viera ningún interés por él. Mientras la veía en acción se alegró de que fuera Alex Jenkins quien tuviera que tratar con ella… aunque aún no lo supiera. Por las miradas que el buen doctor dirigía a Chloe, estaba convencido de que se sentía atraído por ella.

—¿Habías visto alguna vez tantas medallas, Alex? —preguntó ella.

—No —contestó el médico secamente.

—¿Sabías que Mac pertenece a los SEAL, el cuerpo especial de la

marina?

—Ya me lo habías dicho.

—Por una vez pienso que tenemos suerte de contar con bravos guerreros como el teniente para mantenernos a salvo.

—Por si no lo has notado, nuestro país no está en guerra en estos momentos —dijo Alex.

—El doctor tiene razón —dijo Mac—. Pero nosotros los SEAL nos consideramos pacifistas. Desafortunadamente, a veces tenemos que luchar para conservar la paz.

—Y es un trabajo tan noble el que hacéis —dijo Chloe.

—Gracias —Mac inclinó la cabeza hacia ella y susurró—: Creo que te estás pasando un poco.

Chloe respondió echando la cabeza atrás y riendo, con lo que obtuvo otra mirada de desaprobación de Alex.

—¿No vas a ofrecerle algo de beber al teniente, Chloe?

—Por supuesto. Estaba tan deslumbrada por su uniforme que había olvidado por completo mis modales —dijo Chloe, fingiéndose arrepentida—. ¿Qué quieres beber, Mac? Yo estoy tomando vino, y Alex su whisky de siempre. Pero en el bar hay muchas más cosas.

—Gracias, pero paso. Estaba a punto de subir. Supongo que encontraré arriba a Rachel y a P.J.

—Rachel se está preparando —dijo Alex—. Ella y yo tenemos planes para esta tarde.

«No por mucho tiempo», pensó Mac.

—En ese caso iré a ver si necesita que le eche una mano con P.J.

—No le hace falta —dijo Alex en un tono claramente retador.

Chloe censuró sus palabras con una mirada.

—Lo que quiere decir Alex es que P.J. no está aquí. Ya que tanto su madre como yo vamos a salir, Rachel ha decidido que pase la noche en casa de Brenda, su canguro.

—¿Y por qué no me ha dicho nada? —preguntó Mac.

—Supongo que Rachel no ha sentido la necesidad de consultar contigo el asunto —dijo Alex.

—En ese caso, voy a tener que recordarle que soy el padre de P.J., y eso significa que tengo derecho a saber qué pasa con mi hijo.

—Cierto —Alex dio otro sorbo a su whisky—. Pero supongo que comprenderás que Rachel esté acostumbrada a tomar las decisiones sobre P.J. sola. Después de todo, hasta que has aparecido ha tenido que asumir toda la responsabilidad de los cuidados del niño.

—Pero ahora ya no está sola —dijo Mac y, por cómo se tensó la mandíbula de Alex, supo que había dado en la diana.

Chloe captó enseguida la tensión reinante.

—¿Qué os parece si entramos? —dijo—. Está empezando a refrescar —esperó a que Alex le abriera la puerta y pasó al interior—.

Alex, cariño, ¿te importaría servirme otro vino? —al ver que Mac se disponía a salir de la habitación, se interpuso en su camino—. ¿Adónde crees que vas?

—Arriba —replicó él en tono cortante. Luego, con más suavidad, añadió—: Tengo que hablar con Rachel.

—Puede que este no sea el momento más adecuado. ¿Qué te parece si subo arriba a comprobar qué la está entreteniendo?

—Lo que me está entreteniendo es la condenada cremallera de este vestido —murmuró Rachel cuando Chloe entró en su habitación—. No sé por qué dejé que me convencieras para comprar este vestido. Además de haber sido muy caro, es imposible ponérselo sin ayuda.

—Deja de protestar y date la vuelta —dijo Chloe, y le subió la cremallera con destreza—. Ya está. Mírate en el espejo —ordenó.

Rachel parpadeó al ver su reflejo. El sencillo diseño del vestido de tafetán sin mangas hacía maravillas con su figura, realzaba una diminuta cintura y un escote que no recordaba tener. Y su tono zafiro y plata hacía que su piel reluciera. Chloe había acertado sugiriéndole que llevara el pelo sujeto en un moño alto, reconoció mientras observaba su imagen.

—Por eso dejaste que te convenciera —le recordó Chloe—. Estás preciosa, Rachel. Mac va a tragarse la lengua cuando te vea.

—¿Mac está aquí? —preguntó Rachel, y podría haberse abofeteado por el entusiasmo que reflejó su voz.

—Sí, ya está aquí. Y está guapísimo de uniforme.

—En ese caso, será mejor que vaya a decirle que P.J. va a pasar la noche con Brenda.

—Ya lo sabe. Se lo ha dicho Alex.

Rachel imaginó la situación.

—Comprendo.

—Me pregunto si realmente comprendes, Rachel.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que después de veros a ti a Mac estas dos últimas semanas es bastante obvio que aún hay algo entre vosotros.

—Estás equivocada, Chlo. Admito que siento cariño por él. Después de todo, es el padre de P.J. Pero ya no existe lo que hubo en el pasado entre nosotros.

—Lo siento, cariño, pero creo que estás tan colada por él como él por ti.

—¿Sabes lo que pienso? Que esa vena romántica tuya te está haciendo ver cosas que no existen —replicó Rachel—. Mi relación con Mac es historia. Ambos hemos seguido adelante con nuestras vidas —al menos, ella lo estaba intentando, añadió para sí.

—Puede que tú hayas seguido, pero puedo asegurarte que tu teniente no. De hecho, por lo que acabo de ver abajo hace unos minutos, diría que Mac tiene la impresión de que entre vosotros hay mucho más que P.J.

El corazón de Rachel latió más deprisa.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de la testosterona que ha estado volando abajo antes de que subiera. Prácticamente he tenido que arrojarme sobre tu teniente para que no le arrancara la cabeza a Alex.

—¿Mac iba a atacar a Alex? ¿Pero por qué?

Chloe movió la cabeza.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho? Mac te sigue queriendo y, si eres sincera contigo misma, reconocerás que a ti te sucede lo mismo.

¿Tendría razón?, se preguntó Rachel. ¿Habría estado engañándose a sí misma creyendo que ya lo tenía superado?

—Me alegra que tengas el sentido común de no discutir —dijo Chloe.

—¿Serviría de algo?

—No. Pero antes de que bajemos tengo que decirte algo más, Rach. Luego prometo callarme, ¿de acuerdo? —cuando Rachel asintió, Chloe dijo—: Tienes que decidir a quién y qué quieres. Y si es a Mac a quien quieres, tienes que liberar a Alex. No está bien que lo utilices.

—Pero no lo estoy utilizando —se defendió Rachel.

—Puede que no intencionadamente —replicó Chloe—. Pero no lo amas. Y si sigues viéndolo le harás creer que hay un futuro para vosotros, cosa que no sería justa. Oh, sé que tiene esas absurdas ideas sobre lo que quiere en una esposa, pero es un buen hombre, Rachel. Merece ser amado por quién y cómo es. Y nunca va a encontrar a la persona que le conviene mientras siga pendiente de ti.

Rachel comprendió en aquel instante que Chloe estaba hablando de sí misma. Se habría dado de tortas por no haberse dado cuenta antes. Apoyó una mano en el brazo de su amiga.

—Estás enamorada de él —al ver que Chloe no lo negaba, preguntó—: ¿Por qué no me lo habías dicho?

Chloe se encogió de hombros.

—Porque Alex no me ve de ese modo. Además, hasta que apareció Mac no me convencí de que no querías a Alex. Esperaba que no fuera así —admitió con una sonrisa—. Pero tengo razón, ¿verdad? No amas a Alex.

—No, no lo amo —contestó Rachel, y al hacerlo se dio cuenta de que nunca llegaría a amarlo.

Al oír el timbre de la puerta, Chloe dijo:

—Ese debe ser Derek. Vamos, será mejor que bajemos.

—¡Espera Chlo!

Chloe se detuvo en la puerta.

—¿Qué?

—Si estás enamorada de Alex, ¿por qué sales con Derek Smallwood? Sabes que a Alex no le cae bien.

—Exacto —dijo Chloe, y sonrió traviesamente.

Rachel rió.

—Eres una mujer perversa, Chloe Chancellor.

—Lo sé —contestó Chloe, y sus ojos brillaron—. Y ahora, vamos. No puedo esperar a ver cómo se le salen los ojos de las órbitas a tu teniente cuando te vea con ese vestido.

Mac conservó los ojos en las órbitas, pero por poco. Cuando Rachel entró en el cuarto de estar, el vaso que estaba a punto de llevarse a los labios quedó paralizado a medio camino. Y sus ojos… Por primera vez en su vida Rachel comprendió lo que era ser devorada por una mirada. Y ella tampoco se quedó corta al verlo en uniforme. No era posible que Mac le pareciera aún más atractivo que dos años antes, pero así era.

—Estás preciosa —dijo Alex.

—Yo… gracias —murmuró Rachel, y no pudo evitar una punzada de culpabilidad al darse cuenta de que ni siquiera se había fijado en Alex al entrar en la habitación. No era de extrañar que Chloe estuviera tan segura de que no quería a Alex. Si no hubiera tenido tanto miedo de confiar en sus propios sentimientos, tal vez lo habría visto por sí misma. Pero Chloe tenía razón. Aunque Alex le gustaba y disfrutaba con su compañía, no lo amaba. Y Alex merecía algo mejor.

Chloe entró un momento después y presentó a Derek a Mac.

—Deberíais ver la Harley Davison de Derek. Es una maravilla.

—Como tú, muñeca —dijo el *playboy* dos veces divorciado a la vez que deslizaba una apreciativa mirada por el cuerpo de Chloe. Pasó un posesivo brazo por su cintura—. ¿Estás lista para ir de fiesta?

—Estoy lista.

—En ese caso, mi carroza aguarda.

—Chloe, espero que tengas el suficiente sentido común como para no andar de acá para allá en la parte trasera de una moto —dijo Alex.

—No te preocupes, doc —dijo Derek—. Tengo un casco extra para ella.

A continuación, la pareja se marchó.

—Todo el mundo sabe lo imprudente que es Derek —murmuró Alex con el ceño fruncido.

—Ya conoces a Chloe —dijo Rachel—. Siempre ve el lado bueno de la gente.

—Lo que necesita es un hombre que sepa llevarla. Es una mujer inteligente y con talento. Ya es hora de que deje de andar jugueteando y siente la cabeza.

Rachel tuvo que contenerse para no preguntar si se refería a sí mismo.

—¿Quién sabe? Puede que Derek sea el hombre adecuado para ella.

—Lo dudo —dijo Alex con desdén.

—Siento interrumpir esta fascinante conversación sobre Chloe —dijo Mac—, pero necesito hablar con Rachel un momento.

El pulso de Rachel se aceleró cuando su mirada de encontró con la de él. Repentinamente nerviosa, dijo:

—Si estás molesto porque no te había dicho que P.J. va a pasar la noche en casa de Brenda, lo siento, pero no te he visto en toda la tarde.

—Lo sé. Pero no es de P.J. de quien quiero hablar, sino de nosotros —Mac miró a Alex con impaciencia—. ¿Podemos hablar a solas?

Alex dio un paso adelante.

—Me temo que eso va a tener que esperar, McKenna. Rachel y yo tenemos planes para la tarde.

—Tiene razón —dijo Rachel antes de que Mac pusiera alguna objeción—. Este no es un buen momento. Alex va a recibir un premio esta noche y tenemos que irnos. ¿No puedes esperar hasta después?

Tras un largo silencio, Mac dijo:

—De acuerdo.

Alex pasó un brazo por los hombros de Rachel.

—¿Lista?

—Sí —susurró Rachel—. Buenas noches, Mac.

Mac asintió.

—Oh, McKenna —añadió Alex mientras salían de la habitación—, no te molestes en esperarnos levantado.

Capítulo 7

—Esta noche no ha salido como esperaba —dijo Alex a Rachel mientras contemplaban las aguas del Mississippi.

—Lo siento, Alex —dijo ella. Aunque le hubiera gustado achacar su actitud distraída a la conversación que había tenido con Chloe, lo cierto era que Mac había tenido ocupados sus pensamientos durante toda la tarde—. Sé que esta noche en la que has recibido el premio Humanitarian era muy importante para ti. Merecías mejor compañía. Deberías haberte ido con tus amigos a celebrarlo como querían. Yo podría haber vuelto en un taxi a casa.

—En primer lugar, señorita Grant, contar con tu compañía ha sido lo más agradable que podría haberme pasado. Has sido tan encantadora como siempre —aseguró Alex—. Y en segundo lugar, prefiero estar contigo que bebiendo por ahí con un montón de «estirados», como los llamaría Chloe.

Y así era como Chloe habría descrito todo el asunto, pensó Rachel, y sonrió al imaginarla en una habitación llena de individuos bien intencionados pero también pomposos.

—Y en tercer lugar, mi madre me enseñó que siempre debía acompañar hasta su casa a la chica que hubiera aceptado salir conmigo.

—¿Incluso cuando la chica es tan divertida como un dolor de muelas?

Alex rió.

—¿No lo sabías? Se supone que los banquetes en los que se entregan premios no son divertidos.

—Solo estás siendo amable.

—Tal vez un poco —confesó Mex—. Lo que quería decir cuando he dicho que las cosas no han salido como esperaba esta noche, me estaba refiriendo al hecho de que planeaba sugerir que diéramos un paseo en coche de caballos por Jackson Square durante el que pensaba pedirte que te casaras conmigo.

—Oh, Alex —dijo Rachel al darse cuenta de que Chloe tenía razón. Había sido injusta con Alex. Sin poder evitarlo, rompió a llorar—. Lo siento, lo siento. No me había dado cuenta. Yo… no puedo casarme contigo.

Él la dejó llorar, escuchó su disculpa y no dijo nada cuando Rachel le dijo que no lo amaba. Cuando lo peor pasó, le alcanzó su pañuelo.

—¿Mejor?

—Sí —contestó Rachel, y sorbió por la nariz—. Gracias.

Cuando fue a devolverle el pañuelo, Alex dijo:

—Puedes quedártelo.

—Debes pensar que soy una persona horrible.

—Al contrario. Creo que eres una mujer admirable. Sospecho que

ese es el motivo por el que no me había dado cuenta hasta esta noche de que quería casarme contigo por todos los motivos equivocados, y no por el más importante. No te amo.

—¿No?

—No.

Rachel sintió un intenso alivio.

—Pero eso es maravilloso —dijo, y a continuación abrazó a Alex.

Él rió y le palmeó la espalda.

—Ahora que nos hemos librado de eso —dijo cuando se separaron—, debería decirte que también me he dado cuenta de cuál, o más bien de quién, es mi problema. Sé cómo pienso tratar con ella. ¿Pero qué me dices de ti? ¿Qué vas a hacer respecto a tu teniente? —frunció el ceño—. Porque estás enamorada de él, ¿no?

Rachel contempló un momento las aguas del inmenso río que cruzaba la ciudad apartó un mechón de pelo de su frente.

—Sí, estoy enamorada de él —admitió. Ya no tenía ningún sentido seguir negándoselo a sí misma o a Alex.

—Él no lo sabe, ¿no?

Rachel negó con la cabeza.

—Y no tengo intención de decírselo.

—¿Te importa si pregunto por qué? Es evidente que siente algo por ti.

—Siente que tiene responsabilidades conmigo a causa de P.J. —explicó Rachel. Al ver que Alex alzaba una ceja, suspiro—. Y me desea… físicamente. Pero Mac no me ama.

—¿Estás segura? Ha habido un momento esta noche en que casi he temido que fuera a golpearme. Y cuando has salido conmigo, parecía tan perdido que casi he sentido lástima por él. El deseo no vuelve a un tipo tan loco de celos como para que quiera romper en dos a su rival. Y el deseo no deja a un hombre como muerto cuando cree que ha perdido a la mujer que quiere. Para que se den esas reacciones tiene que haber sentimientos muy fuertes implicados.

—Lo que sucede es que Mac no está acostumbrado a perder —dijo Rachel.

—Tal vez deberías darle una oportunidad.

—No funcionaría. Sería un error —explicó Rachel. Un error que no podía permitirse si quería conservar su corazón de una pieza—. Si aprendí algo cuando Mac y yo estuvimos juntos fue que hace falta algo más que buen sexo para que una relación funcione.

—Ya que nuestra relación nunca ha llegado tan lejos, tendré que aceptar tu palabra al respecto —dijo Alex, y sonrió—. ¿Estás lista para volver a casa?

Rachel asintió.

—Gracias por ser tan comprensivo.

—No hay duda de que esta ha sido una tarde especial. He descubierto que no amo a la mujer con la que creía que quería casarme y que ella no me corresponde.

—No pareces muy decepcionado.

—Lo cierto es que me siento aliviado —confesó Alex mientras entraban en el coche.

—¿Y quién es ella?

—¿Ella?

—La mujer de la que estás enamorado.

Alex hizo una mueca mientras se incorporaba al tráfico.

—Si te lo digo vas a pensar que estoy loco.

—Inténtalo.

—Chloe. ¿Puedes creerlo? No podemos estar más de cinco minutos en la misma habitación sin discutir, pero ya ves; creo que estoy enamorado de ella.

—¿Por qué iba a pensar que estás loco? A fin de cuentas, os conocéis hace tiempo.

—Y hemos pasado casi todo ese tiempo discutiendo.

—Puede que todas esas peleas se debieran a vuestra mutua atracción. Lo que no entiendo es cómo no me había dado cuenta antes. En cualquier caso, felicidades.

—No hay que precipitarse —dijo Alex—. Aunque Chloe estuviera interesada en mí, cosa de la que no estoy convencido, ¿imaginas lo que sería mi vida con Chloe como compañera?

—¿Divertida? ¿Interesante? ¿Impredecible?

Alex rió.

—Probablemente, me escupirá cuando le pida que se case conmigo.

—Oh, yo no estaría tan segura. Pero solo hay una forma de averiguarlo —añadió Rachel, feliz al saber que el sueño de su amiga se iba a hacer realidad.

—Tienes una vena realmente cruel en tu personalidad, Rachel Grant. Creo que voy a disfrutar viendo sufrir a tu teniente.

Rachel prefirió no responder. Después de todo, no tenía intención de hacer sufrir a Mac; ni siquiera creía que pudiera hacerlo. A pesar de lo que pudiera pensar Alex, Mac no estaba enamorado de ella.

—Vaya, vaya. Parece que Mac ha decidido esperamos levantado a pesar de todo —dijo Alex un momento después.

—¿Qué? —Rachel se dio cuenta en aquel momento de que acababan de entrar en su calle.

—Creo que es él el que está gastando el suelo del porche.

Rachel miró hacia la casa y vio a Mac caminando de un lado a otro del porche como un oso enjaulado. Al instante, los nervios volvieron a atenazar su estómago.

—Creo que ha llegado la hora de darle un toque a tu teniente.

—¿Un toque? ¿Qué piensas hacer, Alex? —preguntó Rachel, ansiosa.

¿Cuánto tiempo se tardaba en cenar?, se preguntó Mac por enésima vez mientras caminaba de un lado a otro del porche esperando la llegada de Rachel a casa. Miró su reloj por enésima vez y frunció el ceño al ver que era casi media noche.

Frustrado, cerró los ojos y trató de no imaginar a Rachel con Alex. Al oír que se cerraba la puerta de un coche, se volvió como una exhalación.

—Maldita sea —murmuró. Ni siquiera había oído al coche acercándose. Su jefe tenía razón. En aquel estado no podía seguir ejerciendo su profesión. Su problema auditivo lo convertía en un peso muerto. Si la operación no salía bien tendría que renunciar. Pero eso ya no importaba porque va había decidido hacerlo.

Y aunque el oído no le funcionara bien, los ojos sí, pensó mientras veía que Rachel se acercaba. Al fijarse en Alex notó que se había quitado la corbata y que se había desabrochado el botón superior de la camisa. Aquello lo enfureció.

—Mac —Rachel se detuvo a los pies de la escalera—. ¿Qué haces aquí a esta hora de la noche?

—Esperarte —dijo él entre dientes.

—Ha sido todo un detalle por tu parte, pero supongo que recordarás que te dije que no hacía falta que nos esperaras levantado —dijo Alex.

Mac tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no lanzarse sobre él.

—Tenemos que hablar, Rachel.

—Yo… sí, sí. ¿Por qué no entras? Estaré contigo en un momento.

Mac no se movió.

Alex rió.

—Querida, me temo que el teniente no se fía de dejarme a solas contigo. ¿No es así, Mac?

—Lo has captado a la primera, amigo.

—Me estás abochornando, Mac —dijo Rachel—. He dicho que entraré enseguida. Quiero despedirme de Alex.

Mac se cruzó de brazos.

—Prefiero esperar aquí. No te preocupes por mí y despídete del doctor —ya lo tenía decidido. Si a Alex se le ocurría besar a Rachel, aunque solo fuera en la mejilla, era hombre muerto.

Tras lanzarle una mirada de advertencia, Rachel se volvió de nuevo hacia Alex.

—He pasado una tarde encantadora —dijo.

—Yo también —Alex sonrió mientras tomaba su mano y la besaba—. No olvides nuestra conversación.

—No la olvidaré —murmuró Rachel—. Y gracias de nuevo.

Mac, que estaba dispuesto a abalanzarse sobre él si la besaba, contempló impotente cómo era Rachel la que se ponía de puntillas y besaba a Mac en los labios. El beso duró un abrir y cerrar de ojos, pero Mac se sintió como si acabaran de lanzarle un directo al estómago.

—Buenas noches, querida. Mañana te llamo y quedamos para ir a ver los anillos.

—Y un cuerno —espetó Mac a la vez que bajaba como un rayo las escaleras—. El único anillo que va a llevar Rachel es el mío.

—¿Cómo te atreves? —dijo ella a la vez que se interponía en su camino—. ¿Quién diablos te crees que eres, Mac McKenna?

—Soy el hombre con quien vas a casarte —contestó Mac, y en ese mismo momento se dio cuenta de que hablaba en serio.

—¡Ni hablar! —espetó Rachel.

—No parece que a la dama le haga mucha ilusión la idea, teniente.

—Tú mantente al margen de esto.

—Me temo que no puedo. Siento un gran cariño por Rachel y no podría permitir que se casara con alguien como tú. Está mucho mejor con un caballero.

—¿Con alguien como tú? —dijo Mac en tono irónico.

—Exacto.

—Pues veamos cómo se siente un caballero con uno de mis puños en su cara —replicó Mac, deseoso de borrar la ufana expresión del rostro del doctor—. Aparta, Rachel.

—No.

—Muy bien, como quieras —Mac la tomó por la cintura y se dispuso a apartarla.

Rachel lo rodeó con los brazos por el cuello.

—Para, Mac —ordenó—. Estás haciendo el tonto.

—Y muy bien, por cierto —añadió Alex.

—¡Maldita sea, Rachel! ¡Suéltame para que pueda partirle la cara!

—No.

Viendo que no tenía alternativa, Mac la tomó en brazos. En aquel momento se encendieron las luces de la casa y se abrió la puerta. Una adormecida Chloe se asomó a la puerta vestida tan solo con una camiseta que colgaba peligrosamente de uno de sus hombros.

—¿Tenéis idea de la hora que es? Algunos de nosotros estamos tratando de dormir.

—Chloe —Alex dejó de sonreír a la vez que decía su nombre—. Yo… tú… estás en casa.

—Por supuesto que estoy en casa. Vivo aquí, ¿recuerdas? Además, ¿en qué otro sitio iba a estar? ¿Y por qué lo preguntas?

—Yo… yo… por nada. Por nada. Solo creía…
—Bájame, Mac —dijo Rachel.
—Ni hablar, corazón —Mac miró al doctor, que boqueaba y balbuceaba mientras miraba a Chloe como un pez atrapado en un anzuelo. Entonces miró a la mujer que sostenía en brazos. Decidiendo que ya tenía lo que quería, se encaminó hacia la puerta.
—Disculpa, Chloe.
Cuando Chloe se apartó para dejarlo pasar, las luces se encendieron en la puerta de la casa contigua.
—¿Chloe? ¿Rachel? ¿Sois vosotras?
—Oh, Dios mío, ya lo habéis logrado. Habéis despertado a la señora Brezinsky —Rachel gimió y enterró el rostro en el hombro de Mac.
—Ahora se va a enterar todo el barrio de esto —murmuró Chloe.
—¿Chloe? —volvió a llamar la señora Brezinsky, y la puerta mosquitera empezó a abrirse.
—Date prisa y méteme dentro, Mac —ordenó Rachel.
—Lo que usted diga, señorita —dijo Mac, y entró en la casa.

—Ya puedes bajarme.
Si Mac oyó a Rachel, no dio indicios de haberlo hecho. Su expresión permaneció impasible mientras seguía avanzando por la casa con ella en brazos. Dos años atrás, durante el tiempo que estuvieron juntos, Rachel habría jurado que había conocido todos los posibles estados de ánimo de Mac; orgulloso y serio cuando hablaba de su trabajo, valiente y considerado cuando trataba con otros, juguetón, amoroso y tierno con ella. Pero siempre, incluso enfrentado al peligro, controlaba sus emociones.
Hasta aquella noche. Aquella noche, Mac no había dado muestras del férreo autocontrol que Rachel había admirado, envidiado e incluso odiado, alternativamente. Aquella noche había sido el ejemplo vivo de un hombre celoso. Tanto que incluso había amenazado a Alex. Para Rachel no tenía sentido. Pero tampoco lo tenía la enfadada determinación que sentía en él en aquellos momentos.
Había asumido que Mac iba a llevarla al cuarto de estar, pero cuando vio que se dirigía a las escaleras y comenzaba a subirlas, su corazón latió más deprisa. Aunque no tenía ningún miedo de él y sabía que nunca la forzaría a hacer nada contra su voluntad, no las tenía todas consigo.
—Puedo subir las escaleras sola, y apreciaría que me dejaras en el suelo. Ahora.
Su imperioso tono fue recibido con un nuevo silencio. Mac siguió avanzando con paso firme hacia el dormitorio de Rachel.

—Pensaba que querías hablar —dijo ella, repentinamente nerviosa ante la perspectiva de estar a solas con Mac en su dormitorio.

Él se detuvo ante la puerta y, finalmente, la miró.

—Quiero hablar. Y vamos a hablar.

La determinación que captó en su mirada hizo que el estómago de Rachel se encogiera.

—Esto no me parece buena idea, Mac.

Él fue directo a la cama y la dejó sobre ella. Luego, sin decir nada, fue hasta la puerta.

Rachel se quedó consternada cuando vio que echaba la cerradura.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó y, dados los intensos latidos de su corazón, le sorprendió la firmeza con que surgió su voz.

—Creo que es evidente —dijo Mac, y avanzó hacia ella—. Por una vez quiero un poco de intimidad. En esta ocasión vamos a terminar nuestra conversación sin ser interrumpidos.

—Bien. ¿Quieres hablar? Hablemos. Pero vamos a hacerlo abajo —Rachel se levantó de la cama para ir hacia la puerta, pero Mac se interpuso en su camino.

—Si bajamos, existen muchas posibilidades de que acabe dando un puñetazo a tu amigo Alex. Ya que dudo que después tuvieras ningún deseo de hablarme, sugiero que nos quedemos aquí.

Exasperada, Rachel se cruzó de brazos.

—Bien. Cuanto antes acabemos, mejor. ¿Qué es lo que estás tan ansioso por decirme?

—Varias cosas. Pero empecemos por el buen doctor.

—¿Qué pasa con Alex?

Mac dio un paso hacia Rachel, de manera que las puntas de sus botas entraron en contacto con las puntas de los zapatos de ella.

—No vas a casarte con él.

—Ah, ¿no?

—No.

Aunque Rachel va había llegado a la misma conclusión, la actitud de Mac hizo salir a relucir su genio.

—Dame alguna buena razón por la que debiera escucharte.

—Voy a darte tres. En primer lugar, no lo amas. En segundo lugar, creo que sigues enamorada de mí. Y en tercer lugar, solo pienso permitir que te cases con un hombre: conmigo.

—Buena charla, teniente. Desafortunadamente, estás equivocado en los tres puntos —mintió Rachel, y tuvo la satisfacción de ver la expresión consternada de Mac—. Y ahora, si me disculpas, voy a ver cómo está Chloe. Ella…

Él la tomó por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Tú no amas a Alex. Si lo amarás, no habrías reaccionado como lo

hiciste cuando te besé.

Con un aplomo que asombró a la propia Rachel, respondió:

—Eres un amante muy hábil. Es natural que yo…

Mac hizo un ruido mezcla de gruñido y gemido y a continuación tomó la boca de Rachel en la suya. En aquella ocasión no hubo seducción ni persuasión. Solo hubo necesidad, una necesidad cercana a la desesperación, que quemaba y consumía con la intensidad de la emoción que había detrás.

Rachel fue incapaz de apartarlo de su lado. En lugar de ello, deslizó las manos por su pecho hasta enlazarlas tras su cuello y se entregó por completo al beso.

Cuando Mac alzó la cabeza, Rachel vio que sus ojos reflejaban el mismo pánico que había saboreado en su beso. La miró corno un hombre miraría un vaso de agua en pleno desierto y apoyó una mano en su mejilla.

—No vas a casarte con él —dijo.

Ella volvió el rostro en su mano y le besó la palma.

—No, no voy a casarme con Alex.

—Porque no lo amas.

Rachel miró a Mac a los ojos y vio en ellos una mezcla de temor y triunfo.

—Porque no lo amo —repitió.

—Di el resto, Rachel. Di que me amas. Una vez me lo dijiste. Vuelve a decírmelo ahora.

Rachel lo amaba, pero el instinto de conservación y las cicatrices que le quedaban de lo sucedido dos años atrás mantuvieron las palabras en cerradas en su corazón. En lugar de decir nada, tomó a Mac de la mano y lo condujo hasta la cama, donde trató de decírselo mientras le besaba el rostro, los labios, mientras desabrochaba los botones de su camisa y saboreaba su carne. Y también se lo dijo con sus manos mientras le soltaba el cinturón. Cuando le bajó la cremallera y presionó una de ellas contra su tensa hombría, Mac gimió.

Un momento después la estaba besando en los ojos, en el lóbulo de la oreja, en la comisura de los labios, en la barbilla. Luego fue descendiendo por su cuello hasta sus hombros desnudos, hasta la tierna piel del comienzo de sus pechos. Rachel estaba tan absorta con las sensaciones que despertaba en ella su boca que no notó que le había bajado la cremallera hasta que el vestido cayó a sus pies. De pronto se sintió expuesta, vulnerable, y utilizó las manos para cubrir el encaje negro de su sujetador.

—No —dijo Mac con voz tierna y mirada ardiente—. Deja que te vea —le apartó las manos con delicadeza. Sus ojos se oscurecieron cuando la miró—. Eres tan hermosa… Más aún de lo que recordaba. Y

no ha habido un solo día durante estos dos años en que no haya cerrado los ojos y te haya visto. Te he echado tanto de menos, Rachel.

—Demuéstramelo —susurró ella.

Y así lo hizo Mac.

Soltó el cierre delantero del sujetador y desnudó los pechos de Rachel para disfrutar de ellos con sus ojos, con sus caricias, con su boca. Cuando tomó en la boca uno de sus pezones y lo mordisqueó delicadamente, ella gritó su nombre.

Sin apartar la boca del pezón de Rachel, Mac la tumbó sobre la cama. Ella se aferró a la sábana con ambas manos mientras él trasladaba su atención al otro pecho. Cuando creía que no iba a poder soportar más placer, Mac empezó a descender, a saborearla, a explorar con la lengua la delicada piel de su vientre, de su ombligo. Y mientras él continuaba con su tierno asalto a los sentidos de Rachel, el ardor crecía más y más en ella.

Finalmente, Mac tomó las braguitas que cubrían su feminidad y se las quitó.

Alzó la cabeza y la miró con ojos ardientes.

—Pareces una diosa pagana —murmuró, y ella no se había recuperado aún del placer que le produjeron sus palabras cuando Mac presionó los labios con delicadeza sobre el centro exacto de su placer.

Rachel dio un gritito ahogado y, cuando fue a apartarse, él susurró:

—Por favor. Deja que te dé placer.

Y se lo dio, con su lengua, con sus dientes, con sus labios.

Rachel sintió que su cuerpo se incendiaba mientras la boca de Mac seguía con su tierno asedio. Cuando el primer espasmo de placer la recorrió, entrelazó sus manos en el pelo de Mac y gritó su nombre.

Apenas había recuperado el aliento cuando él sustituyó su boca con sus dedos y volvió a hacerla volar.

—Mac, por favor —rogó, pues necesitaba demostrarle que también lo amaba a pesar de que no pudiera decir las palabras.

Mac ascendió hacia ella y la besó apasionadamente en los labios.

—Quería ir despacio, quería que esto fuera muy especial para ti —susurró contra los de ella—. Pero te deseo demasiado, Rach. No puedo esperar.

—Entonces no esperes —susurró ella.

De inmediato, Mac se puso en pie, se desnudó y sacó un preservativo del bolsillo de su pantalón. Cuando fue a abrirlo, ella lo tomó de sus manos y lo abrió con los dientes. Luego lo deslizó a lo largo del tenso miembro de Mac y con una audacia que la sorprendió a ella misma, lo guió hasta su centro.

Un sonido casi animal escapó de la garganta de Mac cuando la penetró. Entonces empezó a moverse dentro de ella, cada vez más hondo, con más fuerza, hasta que una nueva tormenta comenzó a

formarse en el interior de Rachel… más grande, más intensa, más peligrosa que la anterior. El sonido de la agitada respiración de Mac, la pasión que reflejaban sus ojos, alimentaron el deseo que corría por las venas de Rachel y alejaron la soledad en la que había vivido desde que él le había hecho el amor por última vez. Se aferró a sus hombros y tuvo que morderse el labio inferior para no decirle que lo amaba.

—Abre los ojos para mí, Rachel —el tono de la voz de Mac fue una mezcla de orden y ruego—. Quiero… necesito verte cuando vuelva a hacerte mía.

Rachel abrió los ojos y vio su propia necesidad reflejada en los de Mac. Y cuando él volvió a penetrarla y la primera oleada de placer la recorrió, se obligó a mantener su mirada y vio la expresión de triunfo de Mac ante el primer estremecimiento de su cuerpo.

—Mía —dijo él—. Eres mía.

Dominada por las intensas sensaciones que habían conquistado su cuerpo, Rachel se aferró a él y lo arrastró consigo hacia las agitadas aguas del deseo. Y cuando oyó que gritaba su nombre y la seguía hacia lo más alto, hizo eco de sus palabras:

—Mío. Eres mío.

Y entonces ya no pudo pensar más. Todo lo que pudo hacer fue sentir mientras ella y Mac se sumergían aún más profundamente en aquella poderosa tormenta de placer.

Capítulo 8

Mac despertó como siempre solía hacerlo, al instante y totalmente despejado. De inmediato, una sonrisa curvó sus labios.

Después de hacer el amor una vez de forma casi frenética, Rachel y él lo habían hecho una segunda vez antes de caer exhaustos.

Miró a la mujer acurrucada a su lado. Aunque aún no había amanecido, no tuvo dificultades para verla. Con tan solo la sábana cubriéndola y los ojos cerrados en un profundo sueño, la encontró incluso más deseable que la noche anterior, cuando le había dicho que parecía una diosa pagana. Sin poder evitarlo, cedió al impulso y la besó en la frente. Rachel hizo unos ruiditos, se arrimó a él… e hizo que el deseo volviera recorrer sus venas.

Y mientras la miraba sintió también un anhelo que iba más allá de lo físico, una necesidad emocional que lo inquietó. Estaba familiarizado con el deseo, sabía cómo manejarlo. Eran las emociones, aquella mezcla de anhelo y temor que sentía, lo que no sabía cómo controlar.

Y era aquella falta de habilidad para controlar sus emociones en lo concerniente a Rachel lo que más temía. La quería a ella y también a P.J., y quería tenerlos a ambos. Pensó en la operación. Con una esposa y un hijo, seguir siendo un SEAL no era una opción. De manera que no tenía sentido seguir adelante con la operación.

Por la mañana le hablaría a Rachel de su problema auditivo. Y aunque los SEAL no lo quisieran en aquel estado, Rachel sí lo aceptaría. Las dudas que hubiera podido tener al respecto habían quedado resueltas la noche anterior, cuando ella se lo había llevado a la cama.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Rachel se movió a su lado y abrió los ojos.

—Lo siento, cariño —dijo Mac, y tragó saliva al ver que la sábana se había deslizado de uno de los hombros de Rachel y había dejado expuesto uno de sus deliciosos pechos—. No quería despertarte.

—No importa —susurró ella, adormecida—. ¿Qué hora es?

—Poco más de las cuatro de la mañana.

Rachel gimió.

—Había olvidado que, a diferencia del resto de los mortales, tú necesitas dormir muy poco para funcionar —dijo, y apoyó la cabeza sobre el hombro de Mac.

—No todos podemos ser superhéroes —bromeó él a la vez que ella pasaba una mano por su cintura. Cuando además colocó una pierna entre las suyas, Mac tuvo que contenerse para no volver a tomarla en aquel mismo instante.

—Vuelve a dormir —dijo, y se resignó a la tortura de limitarse a seguir abrazándola.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien —mintió él.

Rachel deslizó la mano hacia abajo por el estómago de Mac y, al descubrir su estado de excitación, lo miró.

—Ahora comprendo por qué me parecías tan tenso. ¿Qué te parece si te ayudo a relajarte? —murmuró, y empezó a besarlo en el pecho.

—Um, Rachel, querida —dijo él con voz ronca—. Te aseguro que eso no va hacer precisamente que me relaje.

—¿No? —Rachel lo miró un momento con expresión traviesa. Luego apartó la sábana que los cubría y siguió deslizando sus labios por el vientre de Mac, que estuvo a punto de dar un bote en la cama cuando deslizó la lengua por su miembro—. Tienes razón —dijo, y rió —. Esto no parece estar ayudando a que te relajes. ¿Quieres que pare?

Mac gruñó.

Rachel volvió a reír.

—Tomaré eso por un no.

Mac se preguntó cómo se las había arreglado para sobrevivir sin escuchar aquella risa durante dos años. Tras llegar a la conclusión de que durante ese tiempo solo había estado vivo a medias, todo rastro de pensamiento abandonó su mente cuando Rachel lo tomó de lleno en su boca.

Unos minutos, cuando estaba a punto de enloquecer de placer y deseo, ella se colocó a horcajadas sobre él y se hundió lentamente sobre su palpitante miembro.

Más tarde, con Rachel entre sus brazos y los primeros rayos de sol entrando por la ventana, Mac comprendió que, por primera vez en dos años, volvía a sentirse completo.

—Huele de maravilla —dijo Rachel mientras se sentaba a la mesa de la cocina aquella mañana. La boca se le hizo agua al ver el beicon frito, las tortitas, los huevos revueltos y las tostadas—. ¿Tú no vas a comer? —preguntó al ver que Mac no se había servido.

—Ya he comido… hace dos horas.

Rachel se ruborizó.

—Normalmente no duermo tanto.

Mac se sirvió café en una taza y se sentó en la silla que había junto a la de ella.

—Eso es porque normalmente duermes cuando te vas a la cama, y anoche no lo hiciste —le recordó con una sonrisa satisfecha en los labios.

En lugar de responder, Rachel probó una tortita y gimió.

Mac rió.

—¿Significa eso que te gusta?

—Significa que he muerto y he ido al cielo. No recuerdo la última vez que tomé unas tortitas tan buenas —Rachel rompió un crujiente trozo de beicon con los dedos—. Chloe mataría por un desayuno como este. Debería subir a despertarla para compartirlo.

—No está aquí —dijo Mac, y a continuación tomó una de las tostadas de Rachel y la devoró de dos bocados.

La taza que ella estaba a punto de llevarse a los labios quedó suspendida a medio camino.

—Por supuesto que está en casa. Chloe nunca se levanta antes de las once.

—Su coche no está.

Al ver que Mac estaba mirando el plato de beicon, Rachel tomó el plato vacío que había a su lado, dividió su desayuno y se lo alcanzó.

—Gracias —dijo él con una sonrisa—. Supongo que preparar todo esto me ha abierto el apetito.

—Eso parece.

Mac engulló un trozo de beicon.

—Creo que está con Jenkins.

Rachel pensó en ello y esperó que Mac tuviera razón. Sentada allí con él, tras la noche que habían pasado juntos, le costaba asimilar que su vida hubiera cambiado tanto en veinticuatro horas.

—¿Te molesta? —preguntó él.

—¿Qué?

—Lo de Chloe y Jenkins.

Rachel ladeó la cabeza al ver la intensidad de la expresión de Mac.

—¿Por qué iba a molestarme?

—Chloe me dijo que Alex y tú llevabais seis meses saliendo juntos —confesó él, serio—. Anoche, parecía que ibas muy en serio antes de que… antes de que yo…

—¿Antes de que sacaras a relucir tu expresión de cavernícola y me llevaras arriba para hacerme salvaje y apasionadamente el amor?

Mac tomó a Rachel de la mano y la estrechó en la suya.

—Estuve a punto de volverme loco imaginándote con él. Cuando lo besaste… supongo que perdí el control.

—Oh, Mac. Las cosas nunca fueron por ese camino entre Alex y yo. Quiero decir que él y yo nunca… —Rachel se interrumpió y respiró profundamente—. No ha habido nadie desde que estuve contigo.

—En ese caso ya somos dos.

Rachel parpadeó.

—Pero han pasado más de dos años…

—Te aseguro que soy muy consciente de ese hecho.

—¿Pero por qué? Se que has participado en algunas misiones especiales de los SEAL en países muy lejanos, pero seguro que también había mujeres.

—Las había, desde luego, pero yo no estaba interesado —admitió Mac—. Pero tampoco ha habido nadie para mí desde entonces.

Anonadada y la vez encantada, Rachel no supo qué decir. Por su mente pasaron un montón de pensamientos, pero el más importante fue que Mac se había mantenido célibe porque la amaba. Anhelaba casi con desesperación que se lo dijera y, aquella noche, a la vez que ella reprimía el deseo de decirle que lo amaba, había rogado para que él lo hiciera. Pero no lo había hecho. Y tampoco aquella mañana, cuando habían vuelto a hacer el amor.

—Ya que no estás comiendo, ¿debo asumir que has terminado con tu desayuno?

Rachel salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de que había olvidado por completo su desayuno. Miró la comida que tan hambrienta le había hecho sentirse hacía unos momentos, y luego a Mac.

—No, no deberías asumir tal cosa. Aún estoy en ello —dijo, y pinchó con el tenedor un trozo de huevo para demostrarlo. Entonces vio el plato vacío de Mac y pensó que tal vez quería más—. Pero si sigues con hambre, no me importaría compartir algunas tortitas más contigo.

—Es un detalle muy dulce por tu parte y agradezco la oferta —Mac se inclinó hacia ella y la besó concienzudamente—. Pero no es de comida de lo que estoy hambriento.

El pulso de Rachel se aceleró al apreciar la ardiente intensidad de su mirada. Cuando se apoyó contra el respaldo de su silla dirigió la vista de un modo inconsciente hacia su abultada entrepierna.

—No puedes hablar en serio.

—Claro que hablo en serio. Te deseo, Rachel Grant. Ahora mismo. Dentro de una hora, de una semana, de un año, de diez. Te deseo todo el rato. Incluso cuando estoy dentro de ti no me basta, porque ya te estoy deseando de nuevo.

Rachel se quedó sin aliento al oír la declaración de Mac. La anticipación hizo que su corazón se desbocara mientras esperaba a que por fin le dijera que la amaba.

—Así que, ¿qué dices, bombón? ¿Quieres inaugurar la cocina, o vamos arriba?

La decepción laceró el corazón de Rachel e hizo que se diluyera parte de su alegría anterior. Adoptando una actitud de *savoir faire* muy alejada de sus sentimientos, le palmeó la mejilla.

—Lo siento, marinero, pero ya he tenido una buena ración de ti. Sin embargo, este festín… no me lo perdería por nada del mundo.

Un destello de frustración e inquietud cruzó la mirada de Mac, pero enseguida sonrió a la vez que tomaba su taza.

—Y pensar que mi madre juró que un día le daría las gracias por

haber insistido en que aprendiera a cocinar…

—No sabía que tu madre fuera la responsable de tu talento en la cocina. Había asumido que era algo que habías aprendido en la marina.

—No. Todo fue idea de mamá.

—Nunca hablas mucho de ella o de tus hermanos. Aparte de que tu padre también pertenecía a los SEAL y de que murió cuando tenías diez años, apenas sé nada de tu familia. Háblame de ellos —dijo Rachel.

La sonrisa se esfumó del rostro de Mac.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que tú quieras contarme. ¿Por qué no empiezas diciéndome dónde viven y a qué se dedican?

—Todos viven en Texas. Mi madre es la encargada de una pensión en Dallas. Uno de mis hermanos es un experto en ordenadores y el otro es físico y trabaja en la universidad.

Rachel se puso mantequilla en una tostada.

—¿Por qué quiso tu madre que aprendieras a cocinar?

Mac dudó un momento antes de contestar.

—Yo tenía diez años cuando murió mi padre. Mi hermano Josh tenía cinco y Mick cuatro. El primer año fue muy duro para nosotros. Especialmente para mi madre. Nunca he conocido a dos personas que se amaran como mis padres. Lo eran todo el uno para el otro. Cuando papá murió, mamá no quiso seguir viviendo sin él.

—Pero te tenía a ti. Ya tus hermanos.

—Sí. De lo contrario, no sé qué habría hecho.

Lo cual explicaba por qué Mac siempre huía de la palabra «amor» como lo hacía. Rachel comprendió que, para él, el amor estaba asociado con la pérdida y el dolor.

—En ese caso es una suerte que os tuviera. Así aún conservaba una parte de vuestro padre.

—Supongo que sí. El caso es que nos trasladamos de vuelta a Texas, donde tenía familia y amigos. Uno de estos le ofreció ocuparse de dirigir la pensión. Creo que el trabajo salvó a mi madre de perder el juicio y la ayudó a superar de algún modo la muerte de mi padre.

—¿Y cómo te llevó todo eso a aprender a cocinar?

Mac hizo una mueca.

—Desafortunadamente, mi madre estaba muy ocupada y no le parecía bien que nos alimentáramos de pizza y comida precocinada, de manera que decidió que, como yo era el mayor, debía aprender a cocinar.

—Parece una mujer muy especial.

—Lo es. Creo que te gustaría, y estoy seguro de que va a adorarte. Y va a volverse loca con P.J. Lleva años deseando tener nietos.

Rachel tragó saliva.

—¿Sabe que P.J. existe?

—Sí. La llamé después de averiguarlo. Está deseando conoceros a los dos.

Aquello hizo que los nervios atenazaran de inmediato el estómago de Rachel.

—¿Va a venir tu madre a New Orlean pronto?

—Está tratando de despejar su agenda. Con el Día de Acción de Gracias tan cerca, va a tener que hacer algunos malabarismos. ¿Has terminado?

—Um, sí. Gracias. Estaba delicioso.

—De nada —Mac tomó su plato y el de Rachel y los llevó al fregadero.

—Yo me ocupo de recoger. Ya que tú has cocinado, es lo menos que puedo hacer.

—Olvídalo —dijo Mac, y le lanzó una mirada por encima del hombro que hizo que Rachel permaneciera quieta donde estaba—. Mi madre también me enseñó a fregar y recoger. Solo tardaré unos minutos en tenerlo todo limpio. Tú termínate el café.

Ella hizo lo que le había dicho mientras pensaba en el viaje que iba a hacer la madre de Mac para conocerla a ella y a P.J. En realidad solo iba a conocer a su nieto, se recordó. Pero no pudo evitar preguntarse qué pensaría de la mujer que había mantenido en secreto durante dieciocho meses que tenía un hijo de Mac.

—¿A qué viene esa cara tan seria?

Rachel alzó la mirada se dio cuenta de que Mac estaba ante ella.

—Estaba pensando en la visita de tu madre. Me pregunto qué pensará de mí.

Mac le acarició la mejilla y luego se inclinó para besarla en los labios.

—Pensará que soy un tipo afortunado por tener a P.J. como hijo y a ti como mi futura esposa. Ya tengo el anillo. Lo compré nada más enterarme de la existencia de P.J. Quise dártelo al día siguiente, cuando vine aquí, pero tú no querías ni oír hablar de ello —metió la mano en uno de los bolsillos de su pantalón, sacó una cajita de joyería y la abrió para mostrar un encantador diamante solitario montado en un anillo de oro. A su lado había un anillo de bodas a juego.

—Oh, Mac, es precioso, pero…

—Cásate conmigo, Rachel. Quiero que tú, P.J. y yo formemos una familia real.

«Nada de amor», pensó Rachel. El que pudiera comprender que la perspectiva de enamorarse asustara a Mac no hacía que le resultara más fácil aceptar el hecho de que él no se permitiera enamorarse de ella.

—No quiero esperar más de lo que ya hemos esperado —continuó Mac—, así que, a menos que quieras una gran boda, he pensado que podíamos organizar una pequeña ceremonia con tu familia, mi madre y hermanos y algunos amigos cercanos. Podríamos casarnos aquí o, si lo prefieres, podemos ir a Mississippi a casarnos en la iglesia de tu padre.

Aún conmocionada, alzó la mirada de la mano en la que Mac trataba de ponerle el anillo.

—Nunca he dicho que fuera a casarme contigo, Mac —dijo a la vez que retiraba la mano.

—Pero anoche…

—¿Crees que lo de anoche ha hecho que las cosas cambien?

Toda la ternura y alegría se esfumaron de la mirada de Mac.

—¿Vas a decirme que no, que lo de anoche no significó nada para ti?

—No. No voy a mentirte. Significó mucho para mí —admitió Rachel—. Tú significas mucho para mí. Siempre ha sido y será así —y ella sabía que seguiría amando a Mac el resto de su vida aunque no la correspondiera. Pero lo que no iba a hacer era casarse con él. Eso sería un error terrible para ambos.

—En ese caso no veo el problema. Sentimos un gran cariño el uno por el otro, Rachel. Tú misma lo dijiste. Y no hay duda sobre nuestra compatibilidad sexual. Además, no hay que olvidar que tenemos un hijo que nos va a mantener unidos durante el resto de nuestras vidas. Eso es más de lo que tienen muchos matrimonios.

—Pero para mí no es suficiente.

Capítulo 9

Mac miró a la mujer que solo hacía unas horas había hecho el amor con él apasionadamente. En aquellos momentos no había nada apasionado ni amoroso en su expresión distante. Miró el anillo que aún sostenía en la mano y luego los ojos grises de Rachel.

—Hablas en serio —dijo, y se preguntó qué habría ido mal. Estaba convencido de que Rachel aceptaría casarse con él después de aquella noche.

—Sí, hablo en serio. No voy a casarme contigo, Mac.

Frustrado, Mac arrojó el anillo en la mesa y se pasó la mano por el pelo. Como siempre hacía cuando estaba inquieto y confuso, comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿Pero por qué? Al menos dame una explicación.

—Porque el buen sexo y un hijo no son motivos suficientes para que dos personas se comprometan a pasar su vida juntas. Y eso es lo que el matrimonio sería para mí. Un compromiso de por vida.

—¿Acaso crees que no lo sé? Yo estaría aceptando el mismo compromiso —Mac se acercó a ella y dijo con suavidad—: No me casaría contigo solo por P.J. y el sexo. Sabes que siento un gran cariño por ti y que siempre ha sido así. ¿Tienes idea de lo duro que fue para mí irme como lo hice?

—Pero no te costó mucho decirme que me buscara otro, que no eras el hombre adecuado para mí… —la voz de Rachel se rompió y en sus ojos brillaron las lágrimas.

Mac alzó una mano para acariciarla.

—Rachel, cariño…

—No —dijo ella, y la mano de Mac quedó suspendida en el aire—. Te amé y me rompiste el corazón. ¿Tienes idea de cómo me sentí cuando me dijiste que no me querías?

—Nunca te dije eso.

—Puede que no con esas palabras, pero dejaste bien claro que no había sitio para mí en tu vida. Recuerdo claramente la charla que me diste aquella noche sobre la imposibilidad de ser un SEAL y tener una familia. Me dijiste que yo merecía un marido que regresara a casa cada noche, que merecía tener una familia, que debía olvidarte y buscar un buen hombre que pudiera ofrecerme las cosas que tú no podías.

Mac podría haberse abofeteado mientras Rachel le echaba en cara sus palabras.

—Lo siento —murmuró, y en aquella ocasión ella dejó que frotara las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas—. No llores, nena, por favor. Nunca quise hacerte daño.

—Pero me lo hiciste, Mac. Y no voy a permitir que vuelvas a hacérmelo casándote conmigo solo por tu empeño en hacer lo correcto

por P.J.

—Te he dicho que P.J. es solo parte del motivo por el que quiero casarme contigo —Mac tomó ambas manos de Rachel en las suyas y la miró a los ojos—. ¿No sabes que estoy loco por ti? ¿Que siempre lo he estado?

—Entonces, ¿por qué no me pediste que me casara contigo hace dos años?

—Las cosas eran distintas entonces.

Rachel liberó sus manos de un tirón.

—¿En qué eran distintas? Somos las mismas personas, Mac. Tú sigues siendo un SEAL y, según tus propias palabras, siendo un SEAL uno no debería tener familia. ¿Qué ha cambiado ahora para que opines lo contrario?

—Que no voy a seguir siéndolo durante mucho tiempo. Voy a renunciar a mi trabajo —decir aquellas palabras en alto aún le dejaba un profundo vacío interior.

Rachel se dejó caer en la silla, conmocionada por su declaración.

—¿Por qué? Te encanta ser un SEAL. ¿Cómo puedes plantearte la posibilidad de renunciar?

—Hay dos razones. La primera es que te amo a ti y a nuestro hijo y me gustaría que formáramos una familia —Mac se sorprendió al comprobar lo fácil que había sido decir las palabras, admitir que la amaba—. Pero lo que dije sobre la incompatibilidad de ser un SEAL y tener una familia es cierto. Cuando mi padre murió juré que nunca haría pasar a nadie por lo que pasaron mi madre y mis hermanos —Mac se calló con la esperanza de que su declaración de amor hubiera facilitado las cosas para que Rachel le dijera que ella también lo amaba.

—No estoy de acuerdo en que tengas que renunciar a un trabajo que adoras para poder tener una familia. Pero de momento vamos a dejar eso. ¿Cuál es la segunda razón?

Decepcionado por su respuesta, Mac respondió:

—Que no pasé mi último examen físico. Ya no valgo para ser un SEAL.

Rachel ladeó la cabeza y lo miró, confundida.

—No entiendo. ¿Cómo no vas a valer? Estás en plena forma.

Mac se pasó una mano por el rostro.

—Es mi oído. En la última misión en la que participe tuve que poner un explosivo que estalló accidentalmente antes de tiempo. La onda expansiva afectó a mi tímpano.

—Oh, Mac —dijo Rachel, sin apenas darse cuenta, lo rodeó con los brazos por la cintura—. Cuánto lo siento.

Él la abrazó, aspiró su aroma y disfrutó de la sensación de tenerla presionada contra sí.

Ella se echó un poco atrás y lo miró.

—¿Hasta qué punto te perjudicó la explosión?

—He perdido el cincuenta por ciento de la capacidad auditiva de mi oído derecho. De manera que, como verás, la opción de seguir siendo un SEAL no existe. Hay que estar en perfectas condiciones físicas para hacer ese trabajo. De lo contrario, podría poner en peligro al resto de los miembros de mi equipo.

—De todos modos no me parece bien. ¿Y no se puede hacer nada al respecto? Tal vez, si vieras a un especialista…

—Ya he visto a varios especialistas. De hecho, ese es el motivo por el que he venido a New Orleans, para acudir al hospital de la base naval. Hay un especialista que ha conseguido recuperar algunos casos como el mío a base de cirugía.

—Entonces, ¿pueden operarte?

—Sí, pero he decidido no hacerlo.

Rachel miró a Mac como si se hubiera vuelto loco.

—¿Pero por qué? Podrías volver a ejercer tu profesión… —frunció el ceño—. ¿O hay algún riesgo en la operación?

—Lo hay. El éxito suele ser de un sesenta por ciento, pero también existe la posibilidad de que el problema empeore.

—¿Estás hablando de una sordera total si la operación falla?

—No. Solo perdería un poco más de oído.

—Pero no comprendo. Si existe la posibilidad de que recuperes tu oído y vuelvas a ser un SEAL, ¿por qué no vas a operarte?

Mac dudó mientras buscaba las palabras adecuadas para explicar su decisión.

—Ya te he dicho que no encaja con mis planes. Además, ¿por qué arriesgarse a que las cosas empeoren sin necesidad? El problema que tengo en el oído no supondrá ningún obstáculo para conseguir un trabajo normal. Gracias a mi preparación, podría optar por diversas especialidades.

Rachel lo miró con escepticismo.

—Estoy segura de que no tendrás ningún problema para encontrar un trabajo. ¿Pero por qué ibas a querer buscarlo si ya tienes el que siempre has querido?

—¿No has escuchado lo que te he dicho, Rachel? Quiero que nos casemos, que formemos una familia. Pero incluso sin eso, ya te he explicado que no hay cabida para mí en los SEAL. Yo va he aceptado ese hecho, así que, ¿por qué no puedes aceptarlo tú? ¿O es que tú tampoco quieres cargar con alguien que tiene un defecto físico?

Rachel alzó la barbilla con gesto desafiante y apoyó un dedo con fuerza contra el pecho de Mac.

—No me vengas con esas, Mac McKenna. Te amaba hace dos años y, aunque solo Dios sabe por qué, sigo amándote ahora y

probablemente siempre lo haré.

—Rachel…

—Déjame terminar. No me creo las razones que me has dado para no someterte a esa operación. Nunca te ha asustado correr riesgos. Más bien al contrario. Así que, ¿a qué viene ese repentino acto de cobardía por tu parte?

—Ya te lo he dicho; no le veo sentido a seguir adelante con la operación. Además, eso carece de importancia. Lo que importa es que nada se interpone entre nosotros para que nos casemos.

Rachel negó con la cabeza.

—No puedo casarme contigo, Mac.

—¿Pero por qué? —preguntó él, desconcertado—. Hace un momento has reconocido que me querías.

—Sí, te quiero —dijo Rachel con tristeza.

—Y yo te quiero a ti, así que, ¿cuál es el problema?

—El problema es que tú no me amas, Mac. Al menos, no como yo quiero y merezco ser amada. Si lo hicieras no estarías escabulléndote. Porque eso es lo que estás haciendo al no querer someterte a la operación.

—Mi decisión de no operarme no tiene nada que ver con lo que siento por ti.

—No te das cuenta, ¿verdad?

—¿De qué no me doy cuenta? —pregunta Mac, que se sentía como si estuviera nadando en agua movedizas.

—Es esa absurda idea que tienes de que no posible ser un SEAL y tener además una familia. Te has convencido a ti mismo de que n puedes tener ambas cosas, de manera que optando por no operarte no te ves obligado a elegir. La elección está hecha por ti y yo te consigo de rebote.

—Eso no es cierto.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿por qué no te operas?

—Ya he tratado de explicártelo.

Rachel negó enérgicamente con la cabeza.

—Has encontrado una excusa. Porque si te operaras y recuperaras el oído, ya no habría motivos para que renunciaras a tu profesión. Pero si no haces nada la decisión está tomada por ti. No puedes seguir siendo un SEAL, de manera que puedes casarte conmigo. A pesar de que agradezco tu oferta, no me conformo con ser la segunda elección.

—Eso no es cierto.

—Entonces demuéstralo. Sométete a la operación, permanece en los SEAL y cásate conmigo. Forma un hogar con P.J. y conmigo.

—Aunque me operara y las cosas salieran bien, renunciaría a ser un SEAL para casarme contigo. Ya te he dicho que no tengo ninguna intención de hacerte pasar por lo que mi padre hizo pasar a mi madre.

No sabes lo que su muerte supuso para ella. Si mi padre no hubiera sido tan egoísta, si la amaba de verdad, habría dejado los SEAL como yo quiero hacerlo.

—Puede que no lo dejara porque tu madre lo amaba lo suficiente como para no pedirle que renunciara a algo tan importante para él. Lo mismo que yo nunca te pediría que renunciaras a algo tan importante para ti.

Sin saber cómo reaccionar, Mac dijo:

—Eso es porque no conoces los riesgos y peligros que corro en mi trabajo. No sabes lo que sufrió mi madre. Se moría de preocupación por mi padre. Por las noches, cuando creía que no la oíamos, no paraba de llorar.

—Tienes razón. No sé lo que sufrió tu madre. Pero tú tampoco lo sabes, Mac. En realidad no. Solo eras un niño.

—Era lo suficientemente mayor para ver lo infeliz que hizo mi padre a mi madre, para ser consciente de su tristeza cuando papá murió.

—¿Y antes de que muriera? ¿Supongo que también la hizo feliz, no? ¿Lamenta tu madre tanto haberse casado con tu padre como tú pareces pensar?

—Nunca se lo he preguntado —contestó Mac—. No me ha hecho falta. Vi por lo que pasó.

—Puede que no vieras las cosas con tanta claridad como crees porque tú también estabas sufriendo. Puede que haya llegado el momento de que le preguntes a tu madre lo que siente. Pregúntale si volvería a casarse con tu padre otra vez si pudiera hacerlo. Puede que te sorprenda su respuesta.

—De acuerdo. Si te hace feliz, hablaré con mi madre. Pero el asunto es que te quiero lo suficiente como para no pedirte que vivas con la preocupación que ella vivió.

—No tendrías que pedírmelo, porque ya habrías tomado la decisión por mí.

—Rachel…

—¿Y qué pasaría si te atropellara un coche al cruzar la calle?

—¿Qué tiene que ver eso con que no quiera someterme a la operación y con que esté dispuesto a renunciar a mi trabajo?

—Todo. Y nada —dijo Rachel, y suspiró—. Amar a alguien es el verdadero riesgo, Mac. No el que seas o no un SEAL. Seguro que me preocuparía si salieras en una misión, y no pararía de rezar para que regresaras sano y salvo. Pero sabría que estabas haciendo lo que querías hacer. Si de verdad me amaras, sabrías que ya habría corrido el mayor riesgo de todos amándote.

—En ese caso, corre otro riesgo —rogó Mac—. Cásate conmigo.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —replicó Mac, dolido y enfadado por el rechazo de Rachel.

—No quiero —contestó Rachel—. Tenías razón hace dos años. Merezco un hombre que me ame, un hombre que elija vivir conmigo en lugar de conformarse con hacerlo porque teme ir tras lo que quiere. Y, sobre todo, merezco un hombre que confíe en que el amor que compartimos es lo suficientemente fuerte como para superar los obstáculos que surjan. Quería que ese hombre fueras tú, Mac. Siento de veras que no pueda ser. Y ahora, si me disculpas —añadió con toda la amabilidad que podría haberse esperado de una desconocida, y no de la mujer con la que Mac acababa de pasar la noche—, tengo que ir a recoger a P.J. a casa de su canguro.

—Espera —dijo él al ver que se disponía a salir de la cocina—. Te quiero. Podemos resolver esto.

Rachel negó con la cabeza.

—¿Y P.J.? —preguntó Mac, asustado.

—No voy a tratar de mantenerte alejado de P.J. Solo comunícame hasta qué punto quieres verte involucrado en su vida y lo hablaremos.

—Esta conversación no ha acabado. No estoy dispuesto a perderos —dijo Mac cuando Rachel le dio la espalda para salir.

Y se prometió que, de algún modo, lograría que las cosas se arreglaran entre ellos. Solo tenía que pensar el modo de conseguirlo.

—¿Papi? —preguntó P.J. cuatro días después al oír que se abría la puerta de entrada.

—Lo siento, cariño —dijo Chloe cuando entró en la cocina—. Solo soy tía Chloe.

Lo tomó en brazos, lo abrazó y lo besó.

—¿Papi? —volvió a preguntar el niño, y miró de nuevo hacia la puerta.

Rachel sintió que se le hacía un nudo en la garganta ante la evidente nostalgia del niño por su padre.

—Papá no está aquí, P.J. Él… ha tenido que irse unos días. Aquí está tu zumo de manzana —dijo, y Chloe dejó al pequeño en el suelo para que pudiera tomar su vaso.

P.J. alzó la vista hacia su madre y preguntó, esperanzado:

—¿Lleta?

—No hay galletas. Es casi la hora de comer.

Chloe se arrodilló, susurró algo junto al oído del niño que lo hizo reír y este fue recoger su osito del suelo.

—¿Alguna noticia del teniente? —preguntó Chloe.

Rachel suspiró.

—Después de la última conversación que tuvimos pasó un rato con

P.J. por la mañana y me dijo que se iba unos días.

—Después de lo que contaste, es posible que haya decidido someterse a la operación. Tal vez esté en el hospital. Podría llamar yo y…

—Ya lo he hecho —admitió Rachel—. Esta mañana. Yo… necesitaba saberlo. Nunca había visto a Mac tan… desmoronado como cuando se fue de aquí.

—¿Y?

—Si ha estado en el hospital, ya no estaba allí cuando he llamado.

—¿Has preguntado si había estado allí recientemente?

—No me lo han querido decir, no puedo culparlos. A fin de cuentas, no soy ni su esposa ni su novia.

Chloe se acercó a Rachel y la abrazó y acarició su pelo como si fuera una niña.

—Pero eres la madre de su hijo, y la mujer que lo ama. Oh, querida, ese orgullo tuyo se te va a atragantar algún día.

—Quién fue a hablar —Rachel se pasó una mano por el rostro para tratar de recuperar la compostura—. ¿Quién estuvo enamorada de su vecino toda la vida pero hizo todo lo posible para que el hombre pensara que le desagradaba?

Chloe hizo una mueca de disgusto.

—Esperaba que fuera como un proceso gripal y se me pasara.

—Y supongo que fue por eso por lo que lo alentaste a salir con tu mejor amiga, ¿no?

—No esperaba que el muy memo estuviera a punto de pasar una crisis de la madurez y decidiera precisamente entonces que quería una esposa —se defendió Chloe.

—Hablando de esposas, ¿qué tal tus planes de boda?

—No preguntes —replicó Chloe—. Entre mi madre y la de Alex me van a volver loca. De hecho, pienso pasar el fin de semana tratando de convencer a Alex para que nos fuguemos.

Rachel abrazó a su amiga, feliz porque al menos una de ellas tuviera ante sí un brillante futuro con el hombre al que amaba.

—Me alegro por ti y por Alex, Chlo. De verdad.

—Lo sé. Ojalá te hubieran ido a ti bien las cosas con el teniente. Nunca hubiera creído que era tan poco perseverante.

Rachel acudió de inmediato en defensa de Mac.

—No creo que lo sea. La verdad es que tampoco le di demasiadas opciones. No quiero ser una segunda opción para él. Si me hubiera amado de verdad, lo habría comprendido.

—Puede que fueras demasiado dura con él, cariño. Después de todo, es posible que Mac hubiera decidido que había llegado el momento de dejar la marina. Lo del oído podría ser simplemente una excusa.

—No —insistió Rachel—. A Mac le encanta ser un SEAL. Es su vida. Pero, a causa de su padre, se le ha metido en la cabeza que no se puede estar casado y seguir siendo un SEAL a la vez. Si hubiera aceptado su proposición y le hubiera dejado renunciar, habría sido como dejar morir una parte de él. No podía hacerlo. Además, siempre habría temido que llegara el día en que se arrepintiera de su decisión y empezara a odiarme.

El timbre sonó y P.J., que estaba jugando en el suelo con su oso, se puso de pie de inmediato.

—Papi —dijo y señaló la puerta.

—Empiezo a pensar que el verdadero error que cometí fue dejar que Mac entrara en la vida de P.J. tan fácilmente. ¿Qué voy a decirle si su padre decide no volver? —preguntó Rachel mientras tomaba al niño en brazos y se encaminaba hacia el vestíbulo precedida de Chloe, que abrió la puerta.

—Vaya, vaya, vaya. Mira a quién tenemos por aquí —Chloe lanzó a Rachel una mirada de complicidad.

—¡Papi!

Cuando P.J. empezó a retorcerse en sus brazos, Rachel lo dejó en el suelo. El niño corrió hacia Mac, que vestía su uniforme de gala. Verlo le produjo una mezcla de intenso alivio e inquietud.

—Hola, amigo —el rostro de Mac se iluminó cuando vio a su hijo. Se agachó, abrió los brazos y recibió a P.J. entre ellos—. Te he echado de menos, pequeño.

—Papi.

Mac se quitó la gorra, la puso en la cabeza del niño, se levantó e hizo el saludo militar. Cuando P.J. trató de imitarlo, las lágrimas atenazaron la garganta de Rachel.

—Petey. ¿Voy a tener que esperar todo el día para conocer a mi nieto?

Solo entonces miró Rachel más allá y vio a la elegante esbelta mujer que se hallaba tras Mac. Se fijo de inmediato en el parecido. Era la madre de Mac.

—Lo siento, mamá —dijo Mac, y se apartó a un lado para dejarla pasar—. Te presento a tu nieto, Peter James. P.J., esta es tu abuela Jane.

—Oh, es una preciosidad, Petey —la madre de Mac se agachó frente al niño—. Es precioso.

—Disculpad —dijo Chloe, y se acercó a ellos—. Soy Chloe Chancellor.

Jane se irguió y, tras secarse una furtiva lágrima, sonrió y estrechó la mano de Chloe.

—Me alegra conocerte. Soy Jane McKenna, la madre de Petey.

Capítulo 10

—¿Petey? —dijo Chloe, y Rachel no tuvo que ver la cara de su amiga para imaginar su expresión traviesamente burlona. La mirada que Mac le dedicó prometía venganza si volvía a usar su apodo—. ¿Qué ha pasado? ¿Has perdido tu llave?

—Ya que he estado fuera unos días me ha parecido mejor anunciarme antes de entrar.

—Y tú debes ser Rachel, querida —dijo Jane, sin hacer el más mínimo esfuerzo por ocultar su curiosidad.

—Sí, señora, lo soy.

—No sabes cuánto me alegro de conocerte por fin —dijo, y sorprendió a Rachel dándole un abrazo—. Petey me ha hablado tanto de ti. Casi siento que ya te conozco.

Rachel miró a Mac, que la observaba atentamente.

—Seguí tu consejo y fui a ver a mi madre para hablar de algunas cosas.

—Comprendo —dijo Rachel con cautela, consciente de la audiencia. Y por primera vez desde que Mac se había ido, empezó a pensar que aún había alguna esperanza para ellos.

—Ya que no parece que Petey y mi amiga tengan intención de salir del vestíbulo, ¿quiere pasar a sentarse, señora McKenna? —preguntó Chloe.

—Discúlpeme —dijo Rachel enseguida, avergonzada—. Pase, por favor. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? ¿Te, café, un refresco?

—Un café estaría muy bien, gracias. Y os agradecería que me tutearais —Jane se volvió hacia su hijo—. Petey, ¿te importa sacar del coche el regalo que he comprado para P.J.?

—¿Regalo? —repitió el niño de inmediato, y sus ojos brillaron.

—Y Chloe, querida, he hecho que Petey parara para elegir una flor de pascua que creo que quedará muy bien en tu porche. Tal vez podrías decirle dónde ponerla.

—Por supuesto —dijo Chloe.

Rachel notó que Mac miró a su madre y a Chloe, pero no se movió a pesar de que P.J. estaba tirando de su manga. Chloe lo tomó del brazo.

—Vamos, Petey. Hay que ir por la planta.

—Bruja —murmuró Mac mientras la seguía.

—Mac me ha dicho que eres enfermera, querida —empezó Jane McKenna.

—Sí, lo soy —dijo Rachel, y condujo a Jane a la cocina para prepararle el café.

Diez minutos después Rachel trataba de recordar si alguna vez había sido tan expertamente manipulada y decidió que no. Aunque no podía saber la clase de mujer que era Jane McKenna mientras Mac

crecía, la mujer que tenía ante sí no era el ser frágil e impotente que había imaginado.

—¿Sucede algo malo, querida? —preguntó Jane—. Pareces sorprendida.

—No, claro que no —dijo Rachel, avergonzada—. Solo estaba pensando que no eres en absoluto como esperaba.

—Espero que eso sea bueno.

—Oh, sí, lo es —y enseguida explicó que no esperaba que la madre de Mac fuera tan fuerte.

Jane rió.

—Creo que mi hijo también se ha sorprendido. Tenía muchas ideas confundidas sobre cómo me afectó la muerte de su padre. Es tan parecido a él… no solo en el físico y en su elección de profesión, sino en su forma de pensar. Mi marido era un hombre testarudo, y me temo que Petey… que Mac ha heredado esa característica. Una vez que se le mete algo en la cabeza es muy difícil hacerle cambiar de opinión.

—Lo sé —admitió Rachel.

—Estoy segura de ello —dijo Jane, y tomó una de las galletas que había puesto Rachel en un plato—. Solo espero que lo ames lo suficiente como para no renunciar a él.

Insegura de qué decir, Rachel permaneció en silencio.

—Lo siento, cariño —dijo la señora McKenna, y le palmeó la mano —. No pretendía avergonzarte. Pero es bastante obvio que estás enamorada de él.

—Sí, lo estoy. Pero a veces el amor no basta.

—Acepta la palabra de alguien que ha vivido un gran amor y a quien se lo arrancaron de repente. El amor es lo único que de verdad importa. No malgastes ni un minuto del tiempo que podáis compartir, querida, porque ninguno de vosotros puede saber si el día siguiente será el último.

—Está hablando de su marido. Mac me contó que lo perdió.

—Así fue —dijo Jane con tristeza—. Me alegra que sugirieras a Mac que hablara conmigo sobre la muerte de su padre. Como he dicho, tenía algunas ideas un tanto confundidas respecto a cómo me sentía, y creía que lamentaba haberme casado con su padre.

—¿Y es así? ¿Lo lamentaste? —preguntó Rachel sin poder evitarlo.

—Nunca. Pete McKenna era uno de los mejores hombres que he conocido. No cambiaría ni un minuto de los años que pasé con él por toda una vida con otro.

—Aún lo amas —dijo Rachel, y trató de imaginar lo que sería amar a alguien de ese modo incluso veinte años después de su muerte.

—Siempre. No pasa un día en que no piense en él y lo eche de menos —dijo Jane.

—¿Cómo lo soportas?

—Llevo una vida plena. Tengo a mi familia, y ahora, gracias a ti, un nieto encantador —la sonrisa que curvó los labios de Jane fue muy parecida a la de Mac—. También tengo un trabajo que me gusta y buenos amigos. Y, por supuesto, algunos recuerdos maravillosos.

Rachel pensó que ella tenía aquellas mismas cosas, P.J., su familia, buenos amigos y un trabajo que le gustaba. Y también tenía los recuerdos de los momentos mágicos pasados con Mac.

—Tú aún no tienes por qué conformarte con los recuerdos —dijo la señora McKenna como si hubiera leído sus pensamientos—. Espero por el bien de mi hijo y por el tuyo que sea así —se levantó al oír voces y la puerta principal cerrándose. Sonrió de nuevo y añadió—: Gracias por el café y la conversación.

—De nada —dijo Rachel mientras empezaba a recoger la mesa.

—Mamá —Mac entró en la cocina y miró con cautela a su madre y luego a Rachel—. ¿No quieres ver a P.J. jugando con su camión?

—Me encantaría —dijo Jane, y salió rápidamente de la cocina.

A solas con Mac por primera vez desde la escena de hacía unos días, Rachel no supo qué decir, sobre todo por lo emocional y confundida que se sentía tras hablar con su madre.

—Espero que no te haya acribillado a preguntas —dijo Mac finalmente.

—No lo ha hecho. Tu madre es una mujer encantadora. Me gusta.

—Gracias —como si él también se sintiera incómodo, Mac metió las manos en los bolsillos—. Siento haberla traído tan de repente, pero ha insistido en venir. No ha habido manera de disuadirla, a pesar de que casi todos los vuelos estaban completos a causa del día de Acción de Gracias. Si no hubiera habido una cancelación en el último minuto, habría tenido que traerla en coche.

—Casi había olvidado que mañana es el día de Acción de Gracias —dijo Rachel, más para sí misma que para Mac. Miró su reloj y vio que era más tarde de lo que pensaba. Tenía que estar en el hospital en treinta minutos—. Mac, yo…

—Rach, yo…

Ambos rieron. Mac dijo:

—Tú primero.

—Solo iba a decir que… tu oído —Rachel no se había fijado hasta aquel momento en el trozo de algodón que Mac llevaba en el oído—. ¿Te está dando problemas?

Mac se llevó una mano a la oreja como si hubiera olvidado que llevaba el algodón.

—No por mucho tiempo, espero. Me operé tres días después de hablar con mi jefe.

—¿Y oyes mejor?

—No lo sabré hasta dentro de unos días —contestó Mac, y sonrió, aunque Rachel percibió cierto nerviosismo en aquella sonrisa—. Pero si no es así, siempre podré ponerme algún aparato, ¿no?

—Por supuesto —dijo Rachel, y se entristeció un poco al pensar que Mac no debía estar pasándolo muy bien con aquel tema. Pero, consciente de que debía irse, dijo—: Me gustaría que me contaras cómo fue la operación, pero me temo que voy a tener que irme al hospital.

—¿No puedes buscar alguna sustituta? La operación es solo una de las cosas de las que quería hablarte. Estos días he tenido oportunidad de pensar mucho y me he dado cuenta de varias cosas respecto a mí mismo, algunas de las cuales no son especialmente agradables. También he tomado algunas decisiones respecto a mi futuro, pero me gustaría hablarlas contigo. Así que esperaba que pudiéramos hablar.

—Me encantaría poder hacerlo Mac, pero falta gente en el hospital debido al largo fin de semana que se avecina. Acepté trabajar esta tarde para poder pasar este fin de semana con mis padres.

—¿Quieres decir que vas a estar fuera cuatro días?

Al ver la decepción que reflejó la expresión de Mac, Rachel dijo:

—Ese era mi plan inicial, pero podría hacer algunos cambios —miró su reloj y gimió—. Pero ahora mismo tengo que ponerme en marcha.

—¿Qué te parece si te llevo al trabajo y luego voy a recogerte?

—Me parece muy bien —dijo Rachel—, mientras no te importe esperar hasta medianoche para recogerme.

Como regla, a Mac no le importaba esperar. La paciencia era algo que se ejercitaba a menudo en los SEAL. Pero las ocho horas que había tenido que esperar a que terminara el turno de Rachel habían sido las más difíciles de su vida.

Por eso había regresado al hospital tres cuartos de hora antes de la hora prevista. Tal vez, con un poco de suerte podría llevársela un poco antes.

Quería decirle tantas cosas, explicarle tantas cosas… Pero, por encima de todo, quería que lo creyera cuando le dijera que la amaba, porque era totalmente cierto. También quería compartir su vida con ella y con P.J.

Perdido en sus pensamientos aparcó en el aparcamiento del hospital. Se encaminaba hacia la entrada cuando sintió que algo no andaba bien. Tras un momento se dio cuenta de que era el silencio. Todo estaba demasiado tranquilo. No había empleados por los alrededores del hospital, y nadie entraba y salía de este. Aunque ya no era hora de visitas, siempre solía haber algunos visitantes que se

quedaban más tiempo.

Inquieto, subió las escaleras del hospital y frunció el ceño al encontrar la puerta abierta. Rachel le había dicho que, como medida de seguridad, siempre mantenían la puerta cerrada a partir de las nueve, pero que siempre había guardias de seguridad patrullando la planta baja que podían dejar pasar a quien lo necesitara.

Un rápido vistazo a su alrededor le bastó para comprobar que por allí no había ningún guardia de seguridad. Miró hacia el panel de control de los ascensores y vio que todos estaban parados y con la puerta abierta en la primera planta.

Su inquietud fue en aumento mientras volvía a salir. Manteniéndose en las sombras, rodeó el edificio en el que estaban las salas de urgencias, donde Rachel le había dicho que iba a estar aquella noche. Un rápido vistazo a la entrada reveló que allí tampoco había nadie.

Con todos los sentidos en estado de alerta, Mac examinó el muro exterior y vio en él una ventana alta. Agradeció en silencio haber optado por unas zapatillas deportivas en lugar de las botas y subió hasta ella por el muro de ladrillo sin hacer ruido. Cuando la alcanzó y miró hacia la sala, normalmente dividida en secciones por paneles para atender a los distintos pacientes, comprendió que había hecho bien preocupándose.

La mayoría de los paneles estaban arrincona dos junto a una pared, pero había varios por el suelo. Dos hombres y una mujer con batas de hospital estaban amontonados en un rincón con una enfermera, un enfermero y el que debía ser el empleado que atendía la recepción. Un joven muy delgado y de cabeza rapada los vigilaba con una pistola en cada mano. Dos guardias de seguridad se hallaban tumbados boca abajo con las manos esposadas a la espalda y amordazados. Un clon del joven rapado los apuntaba con otra pistola.

Cuando vio a Rachel, el corazón de Mac estuvo a punto de detenerse. Un joven nervioso, de mirada desorbitada, tenía un brazo en torno a su cuello y le apuntaba a la cabeza con un calibre treinta y ocho. Mac tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para no saltar por la ventana y destrozarlo con sus manos.

El joven gritó algo y, en su estado de agitación, aumentó la presión de su brazo en torno al cuello de Rachel. Mac decidió que no podía esperar más y estaba a punto de saltar cuando vio que Rachel tomaba el brazo del chico y tiraba de él para liberar la presión.

«Contrólate, McKenna. Necesitas salvarla, no hacer que la maten».

Mac apartó la mirada de Rachel para ver qué había hecho gritar al joven que la retenía. Entonces vio a un doctor inclinado sobre otro hombre que se hallaba tumbado en una camilla. Por la cantidad de sangre que había empapado las sábanas y el suelo, Mac supuso que

estaba mal herido y que no iba a durar mucho. El doctor también debía saberlo, porque las manos le temblaban mientras atendía al herido.

Tenía que sacar de allí a Rachel y a los otros antes de que alguno de aquellos miserables empezara a disparar. Saltó de la ventana al suelo y recorrió el perímetro del edificio en busca de otras entradas. Tras hacerlo llegó a la conclusión de que no había forma de entrar en la sala de urgencias sin poner en peligro a los rehenes. Pero, dado el estado del herido, temía que no le quedara mucho tiempo.

Acababa de decidir que lo único que podía hacer era entrar simulando una herida y confiar en tomar a los delincuentes por sorpresa, cuando se fijó en unos coches oscuros aparcados en la esquina. «Policías», pensó, a pesar de que los coches no llevaban ningún distintivo. Temiendo que si lo veían se creara algún tipo de confusión, rodeó el edificio y se acercó a los vehículos por detrás. Golpeó con los nudillos la ventanilla del primero y no pudo evitar sonreír cuando el detective de paisano dio un respingo en el asiento.

El detective bajó la ventanilla y se asomó con cara de pocos amigos.

—Lárguese, amigo —ordenó.

—¿Están aquí por los rehenes del hospital?

El policía entrecerró los ojos.

—¿Qué sabe de eso?

—Mi prometida está dentro y un hombre le está apuntando a la cabeza con una pistola. ¿Qué puede decirme de los tipos que han tomado los rehenes?

—Siento lo de su prometida, pero esto es un asunto policial. Estamos trabajando para liberarla a ella y a los demás. Lo mejor que puede hacer es irse y dejarnos hacer nuestro trabajo.

—De acuerdo, detective, vamos a intentarlo de nuevo —dijo Mac, impaciente—. Soy el teniente Pete McKenna, pertenezco a los SEAL y la mujer que está ahí dentro con el cañón de una pistola apuntándole a la cabeza es mi futura esposa. Voy a entrar ahí a sacarla. Y si usted sabe algo sobre el chico que la retiene, me vendría bien saberlo. Pero en cualquier caso voy a entrar a salvarla.

—Un momento —dijo el detective, y salió del coche. También lo hizo su acompañante, otro detective, aunque más joven—. Escuche, teniente…

—McKenna.

—Hutchinson —se presentó el detective—. Él es Jones.

Mac asintió.

—No tenemos mucho tiempo. El herido no va a sobrevivir, y las cosas se van a poner feas cuando muera. Así que, ¿qué puede decirme de esos pistoleros?

—Creemos que son los tres hermanos Boudreaux y un primo suyo. Pertenecen a una banda llamada Brotherhood. Han asaltado una tienda. Cuando se iban, la mujer del dueño les ha disparado y dice que ha herido a uno. Debe ser el de la camilla.

—¿Algo más?

—Hace veinte minutos ha llamado una enfermera del hospital. Ha dicho que los delincuentes habían llegado con un herido y habían tomado como rehenes a los miembros de la plantilla de urgencias. Si oyen una sola sirena de policía o ven movimientos sospechosos por la zona, empezarán a matar a los rehenes. Estamos esperando la llegada de una unidad SWAT. Ya deberían estar aquí.

—No podemos esperarlos —dijo Mac—. Ya he comprobado los posibles puntos de entrada. Probablemente, el mejor sea el de la zona en que el hospital recibe los suministros de material. Pero no hay manera de entrar sin poner a los rehenes en peligro. Yo voy a entrar por emergencias simulando que estoy herido. Trataré de sorprenderlos y desarmarlos.

—¿Acaso se ha vuelto loco? —preguntó Hutchinson—. Eso sería como cometer un suicidio. Por no mencionar lo que les sucederá a los otros.

—Sé lo que hago, Hutchinson.

—¿Sí? Ahí dentro hay tres hombres armados y usted ni siquiera lleva un arma. ¿Qué piensa hacer? ¿Desarmarlos con las manos?

—Y con los pies —dijo Mac, y sonrió cuando el otro hombre se quedó boquiabierto. Luego se encaminó hacia su coche seguido de los dos detectives.

—Esto es una locura, McKenna. No lo logrará —insistió Hutchinson.

Mac se detuvo y los dos hombres estuvieron a punto de chocar con él.

—Sé lo que hago, Hutchinson. Soy un SEAL y me he visto envuelto en incontables misiones de rescate peores que esta —pero ninguna había significado tanto personalmente.

—Tiene razón, Hutch —dijo Jones—. Vi un especial sobre los SEAL en la tele. Se supone que esos tipos son una especie de superguerreros.

—Esto no es una guerra —dijo Hutchinson.

—No, no lo es. Pero la mujer a la que quiero está ahí dentro, y pienso sacarla. Si quiere ayudarme, envíe a uno de sus hombres a la pared este. Allí hay una ventana. Asegúrese de que vaya en silencio y de que no lo vean. Desde allí puede controlar lo que sucede en la sala. Dígale que cuando yo dé la señal haga que el resto del equipo entre.

Antes de que pudieran retenerlo con más preguntas, Mac corrió hacia su coche. Era irónico, pensó tras arrancarlo y mientras se dirigía a toda velocidad hacia la entrada de emergencias. Después de tanto

preocuparse por la posibilidad de dejar viuda a Rachel, resultaba que era él quien podía quedarse solo.

Pero no tenía ninguna intención de permitir que sucediera aquello, se prometió mientras se revolvía el pelo y se sacaba la camisa del pantalón. Apagó el motor, salió del coche, dejó la puerta abierta y simuló una caída en la acera. Solo al verse enfrentado a la posibilidad de perder a Rachel comprendió que podía vivir sin ser un SEAL, que podía vivir sin oír. Pero lo que no podía hacer era vivir sin ella.

Y con aquel pensamiento en mente. Se rodeó la cintura con los brazos y entró en la sala de emergencias gritando:

—¡Ayuda!¡Que alguien me ayude!

Rachel contuvo el aliento al oír la voz de Mac.

—¿Pero qué diablos…? ¡Márchese de aquí ahora mismo! —gritó el tipo que la retenía, llamado Mick.

—Ayúdenme… ¡Tienen que ayudarme! —gritó Mac, con todos los síntomas de un hombre sufriendo un intenso dolor—. Es mi estómago. Creo… creo que me he envenenado con la comida.

—¡Si no sale de aquí ahora mismo va a acabar con el estómago lleno de plomo!

—En ese caso, dispare —dijo Mac, y se dobló sobre sí mismo a la vez que dejaba escapar un gemido—. Cualquier cosa tiene que ser… mejor que esto —a continuación, con una naturalidad que habría asombrado al mejor actor, cayó a los pies de Mick.

Rachel sintió que su captor se quedaba desconcertado. Retiró la pistola de su sien y la apuntó hacia Mac. Luego le dio un empujón con un pie, pero Mac permaneció inmóvil.

—¡Sammy ven a librarte de este tipo! —gritó Mick.

—Tal vez… debería ver cómo está —sugirió Rachel.

Mick tensó el brazo en torno a su cuello.

—Eso no es asunto tuyo. Vamos, Sammy, ven aquí.

—¿Y los guardias? —preguntó Sammy.

—No te preocupes por ellos —dijo Sammy, y a continuación se volvió hacia el otro pistolero—. Si se mueven, dispara.

En otras circunstancias, Rachel habría encontrado la situación graciosa, pensó mientras veía a Sammy tratando de levantar a un supuestamente inconsciente Mac para echarlo.

—Vamos, Sammy. ¿Cuál es el problema? Saca a ese tipo de aquí antes de que se despierte —ordenó Mick.

Sammy se frotó el sudor de la frente.

—No puedo hacerlo solo. O tú o Jimbo tendréis que ayudarme. Este tipo es más grande de lo que parece y pesa una tonelada.

—Echa una mano a Sammy, Jimbo.

—¿Y estos? —Jimbo movió la pistola con que apuntaba a los pacientes y a tres empleados del hospital.

—No te preocupes por eso. Date prisa y ayuda a Sammy.

Jimbo se reunió con Sammy y, mientras uno de ellos empezaba a alzar a Mac por los pies y el otro por los hombros, todo pareció suceder a la vez. Con la velocidad del rayo, Mac lanzó un pie contra la cabeza de Sammy. El golpe lanzó a este contra la pared, donde rebotó para caer al suelo. Una fracción de segundo después Mac golpeaba con el canto de la mano el cuello de Jimbo, que cayó hecho un guiñapo a sus pies. Sin detener su movimiento, giró sobre sí mismo a toda velocidad y Rachel oyó el sonido de un hueso al quebrarse cuando un pie conectó con la mano en que Mick sostenía la pistola, que cayó al suelo.

—¡Atrás! ¡Atrás o le parto el cuello! —gritó Mick, y presionó el brazo que aún mantenía en torno al cuello de Rachel.

Mac se quedó paralizado.

—Suéltala. ¿Quieres un rehén? Tómame a mí.

Mick rió, pero Rachel pudo oler su miedo.

—Me gusta el rehén que tengo. Y ahora, apártate o la mato. Lo juro —dijo, y probó su amenaza aumentando la presión del brazo.

Rachel tosió y comenzó a ponerse roja.

—De acuerdo —dijo Mac, y dio un paso atrás a la vez que alzaba las manos—. Me retiro. Pero no le hagas daño.

—Así que es tu chica, ¿no? —dijo Mick con chulería.

—Es mi vida.

Hubo algo en el modo que Mac dijo aquello, en la forma en que miró a Raquel, que hizo que ella supiera que era cierto. La amaba de verdad.

—Tu vida, ¿eh? Entonces, supongo que si aprieto un poco más y ella deja de respirar, moriréis a la vez, ¿no?

—Tócale un pelo y juro que te haré desear no haber nacido —dijo Mac en un tono mortalmente calmado.

Rachel sintió el escalofrío que recorrió el cuerpo de Mick, cosa que hizo que su brazo se tensara aún más. Tiró del brazo, temiendo que la matara sin ni siquiera intentarlo.

—Eh, ¿quién te crees que eres para amenazarme? Yo… yo soy el que tiene al rehén, amigo. Yo soy quien da las órdenes.

—No era una amenaza, «amigo» —murmuró Mac—. Era una promesa.

El brazo de Mick se tensó aún más. Rachel tenía que hacer algo. Soltó el brazo que la atenazaba y se quedó colgando a medias de él. De inmediato notó que el aire dejaba de entrarle en los pulmones. Sin respirar, balanceó ambos brazos y lanzó los codos con todas sus fuerzas hacia atrás.

Aquello fue todo lo que necesitó Mac para lanzar un velocísimo y contundente directo al rostro de Mick. Este soltó a Rachel y fue tambaleándose de espaldas hacia la pared. Y de pronto aparecieron un montón de policías que se ocuparon de Mick y sus hermanos.

—¿Estás bien? —preguntó Mac a la vez que rodeaba a Rachel con sus brazos, preocupado.

Ella asintió y tomó una bocanada de aire.

—Has sido muy valiente, mi amor, pero también muy estúpida —la reprendió Mac—. ¿Qué habría hecho si ese tipo te hubiera matado?

—No lo ha hecho —dijo Rachel, y apoyó una mano en su mejilla, conmovida por su enfado y la preocupación que reflejaban sus ojos.

—Pero podría haberlo hecho —Mac volvió el rostro y le besó la mano—. Tú eres mi vida, Rachel. Tú y P.J. Sin ti, nada importa —la estrechó con fuerza contra su pecho.

—Estoy bien, Mac.

—Lo sé, pero, por un momento…

—Estoy bien —repitió Rachel—, pero me gustaría ir a casa.

—Eso puede arreglarse.

Tras hablar con Hutchinson, Mac la llevó al exterior.

Rachel aspiró con ansia el aire fresco de la noche. Al alzar el rostro hacia el cielo vio una estrella fugaz y formuló un deseo.

—Acabo de darme cuenta de algo —dijo—. Es el día de Acción de Gracias.

—Tienes razón. Y, por una vez, me siento realmente agradecido. ¿Lista para ir a casa?

—Sí.

Tras abrir la puerta del coche para Rachel, Mac se situó tras el volante y arrancó.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó antes de ponerse en marcha—. ¿No quieres que vayamos al médico por si acaso?

Rachel sonrió con ternura.

—Estoy bien… excepto por un problema.

—¿Cuál?

—Esta noche me has salvado la vida. Y, según tengo entendido, cuando eso sucede estás en deuda con tu salvador. Así que, ahora que mi vida te pertenece, teniente, ¿qué piensas hacer con ella?

Mac sonrió.

—Bueno, P.J. se ha estado quejando últimamente porque no tiene hermanitos con los que jugar, así que más o menos le he prometido que nos casaríamos y nos pondríamos a ello de inmediato. Supongo que si te mantengo desnuda y te hago el amor cada vez que tenga oportunidad de ello, existen serias posibilidades de que funcione.

—Y todo eso es idea de P.J., ¿no?

—Él y yo hemos hablado de la parte de los hermanitos. Lo de

mantenerte desnuda y hacerte el amor es idea mía.

—¿Por qué no me sorprende?

Mac se volvió en el asiento hacia ella.

—Así que, ¿qué dices, Rach? ¿Vas a casarte conmigo y dejarme pasar los próximos setenta años demostrándote cuánto te amo?

—¿Y los SEAL, Mac?

—Si la operación funciona, me gustaría seguir. Si la pérdida de audición resulta irreversible, ya he hablado con mi superior. Puedo hacer otros trabajos en el cuerpo sin necesidad de renunciar. Pero eso depende de ti.

—¿Quieres decir que si acepto casarme contigo renunciarás sea cual sea el resultado de la operación? —preguntó Rachel, decepcionada al ver que Mac aún sentía la necesidad de elegir. No pudo evitar temer que algún día llegara a lamentar haberla elegido a ella.

Él la tomó por la barbilla y le hizo alzar el rostro.

—No, no es eso lo que he querido decir. Quiero ambas cosas. Pero el que me quede o no en la marina depende de cómo te sientas casada con un SEAL.

Rachel sintió que su corazón crecía.

—Te quiero, Mac. Y estaría mintiendo si dijera que no voy a preocuparme y que no voy a echarte de menos como una loca cuando no estés. Pero estaré bien porque eso es lo que tú quieres hacer, lo que tú eres.

—Lo que soy y estoy es locamente enamorado de ti, y tú eres lo que más quiero y necesito en el mundo.

—Me tienes, Mac. Siempre me has tenido.

—Y mientras sea así, mientras sepa que me amas, que os tengo a ti y a P.J. esperando cuando la misión acabe, no necesitaré otro motivo para asegurarme de volver a casa sano y salvo —Mac besó los labios de Rachel con la delicadeza de un orfebre—. Así que, ¿qué dices, señorita Grant? ¿Trato hecho? ¿Vas a casarte conmigo?

—Trato hecho, teniente.

Fin